
jazmín

Vuelve al pasado

Cuando Laura se enteró de que trabajaría para German Maitland, se quedó atónita. Nunca pensó que él llegaría a fijarse en ella.

German, además de haberse interesado por Laura, la deseaba con desesperación.

—Espero que no salgas herida —le advirtió su madre.

La joven no tardó en descubrir que German era un hombre conflictivo. ¡Y ella le había entregado su corazón!

CAPÍTULO 1

UUF! — JANICE se sentó en la silla frente a Laura, y arrojó su libreta de apuntes sobre la mesa —. ¡Creo que se me van a caer los dedos! — exclamó con tono cansado.

—¿Fue difícil? — preguntó Laura, compadecida.

—¡Difícil! Nunca pensé que tanta gente pudiera hablar al mismo tiempo y tan deprisa. ¡Menos mal que Dorothy regresa pronto! — suspiró, agotada.

Dorothy Palmer era la secretaria particular de James Courtney y Janice y Laura, sus asistentes. Dorothy se había puesto enferma el día anterior y tuvo que irse a su casa, pidiéndole a Janice que asistiera a la junta directiva esa mañana para que tomara apuntes.

—Si sólo faltó ayer — señaló Laura.

—Y volverá mañana, estoy segura. En todo el tiempo que he estado aquí, Doris nunca ha cogido más de dos días libres, por muy enferma que esté — Janice recogió su libreta de apuntes, con una mueca de disgusto —. Ahora tengo que mecanografiar estos datos, antes de que el señor Courtney me los exija a gritos.

—¿Quieres que lo haga yo? — se ofreció Laura con amabilidad.

—No, gracias. Me va a costar bastante trabajo entenderlo ¡y eso que lo he escrito yo! Te diré cómo puedes ayudarme. El señor Courtney pidió que le llevaran un poco de café a su oficina. ¿Me harías ese favor?

Laura se levantó de inmediato, alisando la falda de su sobrio traje negro. Bajo la ajustada chaqueta llevaba una blusa verde claro y su cabello castaño rojizo estaba sujeto sobre la nuca con un prendedor de concha. Optó por vestirse y peinarse de manera más formal después de haberla rechazado en varios empleos a causa de su apariencia juvenil. La ropa y el peinado la hacían aparentar más de los diecinueve años que tenía, infundiéndole la confianza necesaria para presentarse en la compañía del señor Courtney. Ese cambio de imagen le dio buenos resultados porque su solicitud de empleo y su entrevista habían tenido éxito.

Llevaba sólo tres semanas en la compañía, y hasta la fecha no había tenido casi relación con el señor Courtney. La perspectiva de servirle el café, esa tarde, la atemorizó.

—¿Ya sabes adónde tienes que ir? — Preguntó Janice.

—¡Eh... sí, ya sé! — respondió Laura y se dirigió al restaurante del personal.

—Llama primero, así tendrán el café listo cuando bajes.

—Sí, claro — cogió el teléfono y marcó el número.

—Dos tazas — murmuró Janice —. El señor Courtney está acompañado.

Laura hizo el pedido y escuchó la agitación en la cafetería al saber que el café era para el señor Courtney, quien ponía a casi todo el mundo en un estado de confusión, incluyéndola a ella misma y estaba segura de que las mujeres de la cafetería se esmerarían en preparar el aromático café y escoger sus galletas preferidas.

La primera vez que cogió la bandeja con el café se sorprendió por la presencia de las galletas. Doreen, la chica de la cafetería, le aseguró que al señor Courtney le encantaban esos dulces. A Laura le era difícil imaginar que a aquel hombre alto y distinguido le gustase algo; le había parecido una persona muy fría.

—Hoy tiene un visitante, ¿no es cierto? — preguntó Doreen.

—Sí — respondió Laura sonriendo.

—¿Aún no ha regresado Dorothy?

Laura se sorprendió por la velocidad con qué corrían los chismes por esa empresa.

—No — movió la cabeza, no queriendo participar en el cotilleo.

—¿Te gusta trabajar para el señor Courtney? — inquirió Doreen.

—A mí… sí.

—Buena persona. Un poco brusco, pero sabe lo que quiere.

—Sí, parece una excelente persona — respondió Laura evasiva. El señor Courtney le parecía algo más que «un poco brusco». Le asustaba la manera que tenía de vociferarle las órdenes. Gracias al cielo, no tenía mucho que ver con él. De haber trabajado directamente para James Courtney quizá no habría durado ni siquiera las tres semanas que llevaba allí. Janice y Dorothy eran las secretarias principales, así que su contacto con él se reducía al mínimo.

—Yo subiría esto ahora — recomendó Doreen.

Laura se sonrojó, saliendo rápidamente. La mayoría de los empleados consideraban al señor Courtney un apasionante tema de conversación, aunque no imaginaba qué esperaba Doreen que le contara sobre ese hombre. Además, James Courtney apenas si había notado su existencia, ¡mucho menos le haría confidencias!.

Janice levantó la vista cuando ella regresó a la oficina y comentó:

—Llévaselo enseguida, ya lo ha reclamado dos veces.

—¿No podrías tú?… — expresó consternada.

—No me pidas que lo haga, Laura. Tengo que terminar este trabajo. Además no te va a comer — expresó en tono burlón.

—Puede intentado — dijo Laura con una mueca.

—Entra. ¡Si dejas que se le enfríe el café, entonces sí te comerá!.

Laura respiró profundamente antes de llamar a la puerta de la oficina. El brusco «adelante» no fue muy alentador.

Los dos hombres que estaban dentro dejaron de hablar al instante. El que estaba sentado frente al escritorio se puso de pie, mientras que James Courtney permaneció sentado. La miraba con severidad, parecía disgustarle la interrupción.

A pesar de ser ya un sexagenario, James Courtney era un hombre atractivo, tenía el pelo color gris, la cara de rasgos marcados, los ojos azul claro y los labios delgados. Laura nunca lo había visto sonreír.

La joven buscó un lugar para colocar la bandeja, no había espacio sobre el escritorio.

—Permítame — intervino una voz varonil detrás de ella y el hombre se acercó para apartar algunos papeles.

Laura colocó por fin la pesada bandeja y se volvió para darle las gracias a la persona. Quedó muda por la sorpresa, era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Los ojos de él se abrieron más de lo debido, al no poder ella dejar de mirarlo.

Era aún más alto que James Courtney, tendría unos treinta y cinco años, su cuerpo delgado irradiaba poder y determinación y el rostro parecía más vigoroso al sostenerle la mirada. Los ojos grises cambiaban de color, brillando durante un momento con un resplandor plateado para volverse de pronto casi negros. La nariz era larga y recta y los labios bien delineados. El traje oscuro le quedaba a la perfección y la camisa blanca hacía resaltar aún más el bronceado de su cara y de sus fuertes y alargadas manos.

Laura estaba fascinada, el pelo negro le caía sobre el cuello de su camisa, dejándole el rostro despejado. Era como si el tiempo se hubiese detenido, permitiéndole la visión cautivadora de aquel hombre.

La situación resultaba ridícula, él quizá estada casado y tendría un par de hijos, por lo que no tendría el menor interés en ella ni aunque fuese soltero. La muda admiración terminó cuando él rompió el encanto.

—Muchas gracias, ¿señorita?...— la miró con curiosidad.

Su voz era tan atractiva como todo lo demás, profunda y grave y se estremeció al pensar qué se sentiría al hacer el amor con él. Se

sonrojó ante lo atrevido de sus pensamientos.

¡Santo cielo!, se portaba como una tonta, parada frente a él.

—Jamieson — murmuró con torpeza, reprochándose el temblor de su voz.

—¿Jamieson? — repitió él.

—Así es, señor — se pasó la lengua por los labios —. Laura Jamieson.

—Eso es todo, señorita Jamieson — James Courtney le dirigió por primera vez la palabra desde que entró en la oficina.

—Sí, señor — se volvió y salió apresurada de la habitación.

—Y dígale a su compañera que se dé prisa con esos apuntes — le gritó Courtney —. Dorothy no tarda tanto tiempo en pasármelos a máquina.

—Sí señor — continuaba mostrándose como una tonta. James Courtney no sabía que Dorothy entregaba pronto los documentos porque tenía a Janice y a ella misma para ayudarla a mecanografiar.

Las tres juntas trabajaban en armonía. Como secretaria particular del señor Courtney, Dorothy, que era una mujer mayor, era justo que dejara a las más jóvenes la tediosa tarea de mecanografiar.

Laura salió rápidamente de la habitación y suspirando, cerró la puerta, dándose cuenta de que estaba temblando. Aquel hombre, cuyo nombre ni siquiera conocía, la había afectado más que cualquier otra persona.

Janice interrumpió su trabajo para mirada.

—¿Te sientes bien? Estás un poco pálida, ¿no estarás incubando la gripe?

—Eh... no... me... me siento bien — se sentó detrás de su escritorio —. Ese hombre, el que acompaña al señor Courtney, ¿quién es?

—Uno de los miembros de la junta directiva, supongo — se encogió de hombros —. ¿Cómo es? Quizá podría decirte su nombre si me lo describes.

Aquella cara fuerte y arrogante acudió de inmediato a su mente, cada rasgo había quedado en su memoria... ¿y también en su corazón?

Apartó ese pensamiento de su mente. Ya había hecho bastante el ridículo como para creer además que la inquietante atracción que había experimentado fuese amor. Éste llegaba despacio, con la familiaridad, no en una fracción de segundo y no con un extraño.

—¿Y bien? — preguntó Janice, deseando continuar trabajando.

Laura se esforzó por hacer una descripción racional.

—Muy alto, de pelo negro, con ojos grises. ¡Ah!... y está muy bronceado, como si acabara de volver de vacaciones.

—Así es — Janice sonrió, asintiendo.

—¿Así es?

—Por supuesto — la otra chica volvió a afirmar: — Volvió anteayer de las Bahamas. El hombre que acabas de describir es German Maitland.

—¿Ah sí? — trataba de no aparentar un excesivo interés, pero notó que había fracasado cuando vio a Janice sonreír.

—No te preocupes, todas hemos pasado por lo mismo.

—¿De qué hablas? — preguntó Laura resentida.

—De enamorarse de German Maitland, ya ninguna nos sirvió de nada. Él no siente el más mínimo interés por nosotras.

—No estoy enamorada de él — expresó Laura indignada —. Yo simplemente... pues... me preguntaba quién era. ¿Trabaja aquí? Nunca le había visto.

—Estaba en las Bahamas. Y hace algo más que trabajar aquí, ocupará la presidencia cuando el señor Courtney se retire el próximo año.

—¿No es un poco joven para ese cargo? El señor McNee tiene una edad más apropiada para el puesto — Laura estaba asombrada.

—Su edad será más apropiada, pero el señor McNee no es el yerno del señor Courtney y en cambio German Maitland sí lo es.

—No sabía que el señor Courtney tuviese una hija — German Maitland se alejó aún más de su órbita, ¡si es que alguna vez había entrado en ella!

—No, ya no tiene, murió hace un par de años.

—¡Oh, cuánto lo siento! — dijo Laura afligida —. Con razón no le interesan las mujeres al señor Maitland.

—Eso no fue lo que dije — corrigió Janice —. Sólo mencioné que no le interesaban las secretarias. Con las actrices es otra historia.

—¿Las actrices? — Laura parecía sorprendida.

—Una actriz en particular. ¿Has oído hablar de Olga Wilde?

Al instante recordó a la sensual actriz. Alta, de cabello color ébano y ojos azules, era una mujer muy hermosa. La admiraban por su belleza perfecta y su calidad histriónica.

—Adivina quién estaba con ella cuando ganó su Oscar el año pasado — comentó Janice complacida.

—German Maitland — respondió Laura.

—Así es. Durante meses corrió el rumor de que se iban a casar, aunque dudo que ocurra ahora. No muchas mujeres están dispuestas a hacerse cargo del hijo de otra.

—¿Qué hijo? — inquirió Laura perpleja.

—German Maitland tiene una hija. Él y Felicity, así se llamaba la hija del señor Courtney, llevaban diez años casados cuando ella se quedó embarazada. Felicity murió durante el parto. El niño también estuvo a punto de morir.

—La esposa del señor Maitland, murió...

—Así es — asintió Janice —, era una rubia muy atractiva de casi treinta años, que esperaba a que llegara el hombre de su vida para formar un hogar. Natalie tiene ahora dieciocho meses, así que Felicity murió hace año y medio. Todavía recuerdo la cara del señor Courtney cuando regresó a trabajar después de la tragedia. Parecía cómo si se le hubiese derrumbado el mundo. Su mujer reaccionó de la misma manera.

—¿Y... el señor Maitland? ¿Cómo reaccionó? Debió quedar destrozado al perder a su mujer así después de anhelar tanto tiempo un hijo.

—Resulta difícil saberlo — respondió Janice alzando los hombros —. No volvió a trabajar hasta después de un par de meses, y cuando volvió lo peor ya había pasado, aunque se produjo un cambio en él. Se convirtió en un ser retraído. Nunca había sido una persona locuaz, sin embargo solía dar los buenos días de vez en cuando. Ahora apenas si repara en tu existencia.

—Debió ser muy duro para él. Estoy segura de que no habrá sido muy fácil criar a un recién nacido sin la madre, en especial tratándose de una niña.

—Los hombres como German Maitland cuentan con los medios para pagar a una persona que se ocupe de sus hijos — Janice rió burlona.

—Seguramente...

—Natalie tiene una nana que se ocupa de ella. German Maitland no le dedica mucho tiempo a su hija.

—Quizá le reprocha a la niña la muerte de su esposa.

—Tal vez — convino Janice.

—¡Señorita Lawson! — la voz de James Courtney se oyó por el interfono.

—¿Diga, señor? — Janice intercambió con Laura una mirada aprensiva.

—¿ Ya están mecanografiados esos apuntes? — preguntó con voz áspera.

—Ya casi.

—Tráigamelos tan pronto como los tenga listos — ordenó, cortando la comunicación.

—¿Qué otra cosa pensará que voy a hacer con ellos? — Janice frunció el ceño.

—No se puede decir que sea un hombre paciente — comentó Laura.

—Tampoco German Maitland — agregó Janice, a quien le gustaba hablar de él.

—¿Cómo es su hija? — Laura bajó la vista hacia su escritorio.

—Nunca la he visto. Si se parece a su madre, debe ser preciosa. Felicity Maitland era la mujer más guapa que he conocido.

—¿Más bella aún que Olga Wilde? — Laura abrió los ojos sorprendida.

—Mucho más. Era alta, rubia y muy sofisticada. Me hacia sentir como un esperpento cada vez que venía a la oficina.

Considerando la belleza de Janice, Laura supuso que Felicity debió ser exquisita. Siempre se sentía acomplejada en compañía de semejantes mujeres. Tenía las facciones infantiles, el contorno de su cara en forma de corazón, los grandes ojos verdes parecían dominar sus otros rasgos, la pequeña nariz respingada y los labios finos. Su barbilla expresaba determinación.

En aquel instante, Laura se sentía como el esperpento al que acababa de referirse Janice, el peinado tan severo no dejaba ver la brillantez de su cabello. Un hombre como German Maitland no posaría sus ojos en ella.

Se inclinó hacia su máquina de escribir cuando lo oyó despedirse de James Courtney. Los dos hombres quedaron esa noche en casa de German; tal vez para cenar juntos.

Sintió un incontenible impulso de mirarle por última vez. Él estaba de pie en la puerta de la oficina y sus ojos grises la miraron un instante, antes de volverse hacia el otro lado.

—¡Señorita Lawson! — a James Courtney se le había agotado la paciencia, y su voz por el interfono era más autoritaria que nunca.

—¡Dios mío, qué ogro! — Janice, molesta, reunió las desordenadas hojas.

—Más vale que me dé prisa yo también — suspiró Laura —. Seguramente querrá firmar estas cartas antes de irse a las cinco.

No podía concentrarse en lo que estaba haciendo y cometió

algunos errores en su impecable mecanografía. Los penetrantes ojos grises observaban el teclado de la máquina de escribir, y ella contemplaba la severa cara de German Maitland cada vez que echaba un vistazo a su libreta de apuntes.

Aquel hombre la obsesionaba, su rostro acudía con frecuencia a su mente. Nunca le había ocurrido semejante cosa.

Laura salía muy rara vez, pasaba la mayoría de sus veladas en casa, por lo general en compañía de su madre viuda, ambas añoraban a su hermano Martin. Éste se había ido a trabajar a los Estados Unidos, hacía dos años, afirmando que allí había más oportunidades. Y, en efecto, parecía no haberse equivocado, por el rápido ascenso que había tenido en la compañía de publicidad para la que trabajaba.

Laura observó la excitación de su madre al llegar a casa aquella tarde, adivinando se debía a la tan esperada carta de Martin. Su hermano era poco aficionado a escribir, y su madre no podía entender por qué sólo recibía contestación a una de cada cuatro cartas que ella le enviaba. Laura estaba más dispuesta a disculparlo y le seguía escribiendo sin esperar respuesta de él.

—¡Otra novia más! — exclamó su madre con desaprobación —. Creo que jamás sentará cabeza y me dará nietos, tal vez tú te cases antes que él.

Laura soltó una carcajada, ante tal comentario, pensando en que era poco probable que eso llegara a suceder. Cuando no vestía la ropa de trabajo y se soltaba el pelo parecía una chica de dieciséis años.

—¿Qué tal le va en su trabajo? — preguntó Laura con interés.

—Ya conoces a Martín — respondió su madre —, tan optimista como siempre. Según él existe la posibilidad de que le conviertan en socio muy pronto.

Martin era muy parecido a su padre, siempre anhelando cambios, nuevas experiencias. Había trabajado para la compañía Courtney un par de años y Laura presentó su solicitud allí porque su hermano había mencionado que era una excelente compañía y su trato con el personal era muy bueno.

Más valía que así fuera durante los días siguientes, porque la mayor parte del personal estaba en la cama con gripe, incluyendo a Janice.

El día que Laura trabajó sola para el señor Courtney fue el peor de todos los que había tenido desde que llevaba trabajando. Era terrible trabajar para aquel hombre. No se daba cuenta de que en

lugar de tener a sus tres secretarias, había sólo una y exigía la misma eficiencia que solía obtener del personal completo.

No pudo tomar su café porque el señor Courtney le estuvo dictando cartas durante toda la mañana. También tuvo que olvidarse de salir a comer, porque el teléfono no dejó de sonar, impidiéndole mecanografiar sus cartas.

—¿Aún no ha terminado, señorita Jamieson? — inquirió el señor Courtney.

—No. ..

—Ya es hora de que termine — añadió irritado.

—Sí señor... — cometió tres errores sucesivos, y la miró colérico.

Observó ceñudo los errores.

—A este paso no acabará en toda la semana, ¡y mucho menos antes de que finalice el día!

—¡Oh, cielos! — exclamó Laura al volver a cometer otro error.

—¡Por Dios, muchacha! — estalló el señor Courtney, haciendo una mueca de ira —, ¡ni siquiera sabes mecanografiar!

—Por supuesto que sí sé, no me habría dado el empleo si no fuera así. Lo que sucede es que...

—¡Bah! Disculpas, disculpas — la interrumpió con brusquedad —. Si no es usted competente para el trabajo, quizá tenga que buscar a alguien que lo sea.

Había sido una semana difícil, se sentía cansada y hambrienta. James Courtney escogió un mal día para hacerla enfadar.

Su temperamento, que rara vez afloraba pareció estallar. Le miró furiosa, a la cara.

—Sí soy competente para el trabajo, señor Courtney — le habló tensa —. Pero por lo visto, usted no se ha dado cuenta de que estoy trabajando sola.

El señor Courtney se quedó con los ojos muy abiertos, poco acostumbrado a que sus empleados le respondieran de esa manera.

—¿En dónde está la señorita Lawson? — preguntó secamente. — Está enferma con la gripe — Laura se ruborizó al darse cuenta de cómo acababa de hablarle a su jefe —. Se lo dije esta mañana, señor Courtney.

Él lanzó una mirada iracunda y frunció el ceño.

—La mitad de esta maldita compañía está incapacitada por la gripe. Supongo que usted será la próxima en caer — entró en su despacho y cerró la puerta de un golpe. ..

Acababa de decirle que era una incompetente, y sin embargo la perspectiva de verse privado de ella lo molestaba. ¡Qué genio tenía

ese hombre!

Se le llenaron los ojos de lágrimas y ocultó el rostro entre sus manos, dando rienda suelta al llanto. Se esforzó tanto por complacerlo, que creyó que lo estaba logrando, y unas cuantas palabras hirientes le demostraron el valor que otorgaba a sus esfuerzos.

—¿Sucede algo malo?

Alzó la vista sobresaltada, para toparse con la mirada directa de German. Dejó de llorar al entrar él en la oficina. Laura buscaba en su bolso un pañuelo para sonarse y secarse las lágrimas.

—¿Gripe? — inquirió suavemente, con su voz tan modulada y varonil.

Una vez más se estaba portando como una tonta. ¿Por qué no podía actuar con normalidad delante de él?

—No — sacó un espejo del bolso; contemplando disgustada su imagen. Con razón pensaba que estaba resfriada, ¡con sus ojos hinchados y su nariz enrojecida! —. Creo que se me ha metido algo en el ojo.

German sonrió, como si supiera que ese «algo» habían sido lágrimas.

—¿Ha regresado James de comer?

—Hace unos minutos.

—Ya veo — frunció los labios —. ¿Y no sería él la... razón de que se le metiera algo en el ojo? — las negras cejas se arquearon.

—Sí... — la pregunta la sorprendió y no pudo mentir.

—Al parecer, su comida no le ha suavizado el genio — su boca se torció burlona.

—No sabría decido, señor Maitland — ¡qué podía responder a semejante comentario!

Él no pareció sorprendido de que supiera su nombre, se apoyó en el escritorio con los brazos cruzados.

—La felicito, es usted una persona muy leal. ¿Ha comido?

—En realidad... — se mordió el labio, pestañeó y bajó la vista en cuanto sus ojos se encontraron con los grises.

—¿En realidad qué? — inquirió tajante.

—Nada. Le diré al señor Courtney que está aquí usted — y extendió la mano hacia el interfono.

Unos largos dedos la detuvieron.

—¿En realidad qué? — interrogó él.

Laura retiró su mano de la suya.

—Pues... yo... no he tenido tiempo de comer. Es que...

—Ande, vaya ahora mismo y coma — ordenó con energía.

—No hace falta.

—Sí hace falta; señorita Jamieson. Si no se alimenta adecuadamente, podría caer enferma. Lo último que necesita James es quedarse sin ninguna secretaria..

—Iré ahora mismo. Si usted pudiera explicarle al señor Courtney. German asintió cortésmente y se dirigió al despacho de James. Laura cogió su bolso y salió corriendo de la oficina.

Su mano temblaba cuando se sentó sola en la cafetería, bebiendo su café. Había algo frío en él, un gesto amargo en su boca. Y no era de extrañarse, tal vez seguía añorando a su esposa.

¿Y Olga Wilde? Pues bien, él era un hombre, se dijo, y los hombres tienen… necesidades, en especial si han estado casados. Se estremeció al imaginar las caricias de aquellas manos fuertes y sensibles.

¡Santo cielo, actuaba como una adolescente enamorada! Se sentía tan atraída por él como si siempre hubiese esperado a un hombre así.

¡Qué lástima que él no hubiera deseado a una muchacha de diecinueve años, pelirroja y de ojos verdes!.

Él tenía suficiente experiencia con las mujeres para saber qué significaba su reacción ante él. Si tan sólo pudiera detener aquel temblor cada vez que se acercaba, y su infantil manera de tartamudear.

Ignoraba si German se encontraba aún en la oficina de James Courtney cuando volvió de comer. En su oficina seguía flotando el aroma del puro que fumaba, y aquel penetrante olor le apresaba.

¿Acaso había algo que le disgustara de aquel hombre? Sí, por supuesto que sí. Sus ojos eran fríos y calculadores y sus labios tenían siempre una mueca cínica.

No debería estar pensando en él ahora, sino concentrándose en el trabajo pendiente. ¡Y por cierto aún le quedaba bastante!

Escribía a máquina cuando la puerta de la oficina principal se abrió y apareció German. Laura suspiró al oprimir la tecla equivocada. ¡Primero James Courtney la había puesto nerviosa, y ahora German Maitland! Corrigió su error, escuchando, sin querer, la conversación entre los dos hombres. Cuando German mencionó su nombre no pudo evitar prestar más atención.

—Entonces veré a la señorita Jamieson el lunes por la mañana — declaró.

—Será lo primero que hagas — asintió el hombre mayor.

—Estoy seguro de que la señorita Jamieson nunca se retrasa.

—¿Estás seguro, German? — preguntó burlón Courtney —. No puedo decir nada en contra de la puntualidad de la señorita Jamieson.

Apretó los labios al notar que se estaban riendo de ella. ¿Y a qué se refería German Maitland al decir que la vería el lunes por la mañana?.

—Estoy seguro de que no — ahora sonreía, pareciendo aún más joven.

—¿Seguro? — los ojos del anciano se posaron en Laura.

—Segurísimo — declaró German —. ¿Vendrás a visitar a Natalie mañana? — cambió de tema.

—Por supuesto — la voz del otro hombre era ronca.

—Le diré que te espere.

—Pensaba llevarla al zoológico.

—Eso le gustará — asintió con la cabeza.

Laura trató de imaginarse a James Courtney paseando con su nieta por el zoológico, pero no lo logró. No podía verle más que sentado detrás de su inmenso escritorio de caoba, dueño de cuanto abarcaba su vista.

—¿Ya terminó, señorita Jamieson? — preguntó el señor Courtney. ¡Cómo quisiera que dejara de mortificarla de ese modo!

—Si, casi — se sintió aliviada.

Siguió mirándola, sin volver a entrar a su oficina.

—Mi yerno me ha dicho que la he hecho trabajar demasiado.

—¡Oh, no! — exclamó moviendo negativamente la cabeza — : Usted...

—¡Oh, sí! — insistió —. ¿Qué tiene que decirme al respecto?

—Pues... nada — respondió desconcertada —. Yo...

—¿Nada? — interrumpió —. ¿Entonces no está usted de acuerdo con él?

—Bueno... pues... a mí...

—¡Sí lo está! — una mueca de satisfacción encendió su mirada.

—No del todo — trató de evitar sus penetrantes ojos azules —. Yo... todos hemos estado muy atareados últimamente, no he trabajado más duro que otro cualquiera.

—Eso fue lo que le dije a German. Me dirá después del lunes a cuál de los dos verá usted como un negrero.

—¿Cómo dijo, señor? — le miró inquisitiva.

—Puedo asegurarle que es aún más difícil trabajar para German que para mí.

Laura frunció el ceño, ignorando de qué hablaba aquel hombre.

—Dorothy estará de regreso el lunes — le informó él —. Deberá presentarse el lunes a las nueve de la mañana en la oficina de German. Su secretaria está enferma... y usted va a reemplazarla.

CAPÍTULO 2

ES UNA estupenda oportunidad para ti! — exclamó la madre de Laura al enterarse de la noticia.

—Ya estoy trabajando para el director de la compañía — suspiró Laura —. No puedo llegar más alto.

—Sólo eres su secretaria más joven, querida — replicó su madre —, y además, has dicho que German Maitland será director el próximo año.

Laura no esperaba que James Courtney se retirara tan pronto de la compañía. James Courtney sería capaz de dirigir la firma hasta que fuera un anciano.

—Así es —, respondió confirmando la suposición de su madre —. Sin embargo reemplazar a su secretaria enferma no era lo que había pensado para mi futuro.

—¡No seas tonta, cariño! Si cuando sea director tú le has causado una buena impresión, es posible que te conviertas en su secretaria particular.

Su madre tenia mucha confianza.. Fue ella la que le aconsejó, para que presentara la solicitud de empleo que desempeñaba ahora en la compañía Courtney. ¡Pero imaginar que podía convertirse en la secretaria particular del director de una empresa tan importante a los veinte años, que era la edad que tendría para entonces, era demasiado! A su madre no le parecía imposible.

—Hay muchas chicas más calificadas para el puesto, la muchacha que voy a reemplazar el lunes, por ejemplo — comentó Laura.

—No dudo que lo sea — su madre alzó las cejas —. Debes volverte indispensable para él, ¿entiendes?

—¿Qué quieres decir? — Laura frunció el ceño, mirando incrédula a su madre.

—¡Oh, Laura, no seas ingenua! Hoy en día ninguna muchacha llega a un puesto importante sólo por su eficiencia, hay demasiadas mujeres con talento. No me cabe la menor duda de que la actual secretaria de German Maitland le ofrece algo más que sus cualidades de secretaria.

—¡Mamá! Diane Holland está casada — Laura estaba indignada.

—¿Y eso qué?

—¡Mamá! — Laura salió disgustada de la habitación.

¿Cómo podía pensar su madre que ella buscarla una aventura

amorosa sólo para progresar en su carrera? Hoy en día, ninguna mujer necesitaba hacer eso.

Además, no tenía ninguna oportunidad de que German Maitland se sintiera atraído hacia ella. Un hombre como él, con su atractivo y su dinero, podría elegir a cualquier mujer en el mundo. ¿No había escogido la hermosa y famosa Olga Wilde como amiga? Él no necesitaba entregarse a vanos amoríos con su secretaria. ¿Para qué buscar ese tipo de complicaciones en su oficina cuando tenía a la adorable Olga Wilde en su vida... en su cama?.

Su madre le había metido la idea en la cabeza, y temía el encuentro con German Maitland.

El lunes por la mañana llegó temprano a su trabajo, con la intención de explicarle a Dorothy lo que había hecho la semana pasada, antes de acudir a la oficina de German Maitland. Estuvieron media hora revisando el trabajo que Laura había efectuado esos días y al terminar dijo a Dorothy:

—¡Me alegro de que hayas vuelto!

Dorothy había trabajado para James Courtney durante los últimos veinte años. Corría el rumor de que había estado enamorada del jefe, pero su repentino matrimonio a los cuarenta años parecía haber puesto punto final a aquello. No obstante, su lealtad hacia James Courtney permanecía inalterable.

—Al señor Courtney no le gusta romper su rutina — le disculpó Dorothy —. Ya notarás que el señor Maitland es mucho menos estricto en cuanto a las reglas.

Aun adivinando lo difícil que había sido su jefe durante los últimos días, Dorothy seguía defendiéndolo. Y no cabía duda de que su estado de ánimo se suavizarla ahora que había vuelto su eficiente secretaria.

—Me tengo que ir a la oficina del señor Maitland, ya son casi las nueve — Laura se levantó de mala gana.

—Buena suerte, querida — dijo Dorothy abriendo la correspondencia —. Y si tienes algún problema no vaciles en llamarme, aunque verás que el trabajo es parecido al de aquí.

—Así lo espero.

No le quedaba más remedio que irse a la oficina de German Maitland, recordando el comentario sobre su puntualidad.

La puerta de la oficina interior estaba cerrada, lo cual le hizo suponer que ya se encontraba dentro. ¿Y ahora qué hacía?

—Buenos días.

Se volvió sobresaltada, sonrojándose al ver a German Maitland

parado en la entrada de su oficina.

—Buenos días... señor.

El atractivo de ese hombre la hizo sonrojarse. Sólo el mirarlo la estremecía, y no tenía la más mínima idea de cómo haría para trabajar con él.

—Llámame German — la invitó con gentileza.

—¡Oh, no! — negó con la cabeza, deseando sentirse más confiada. Vestía un traje azul marino y una camisa blanca, que aunque elegante, resultaba demasiado sobrio —. No... no podría..

—Claro que sí, tengo la intención de llamarte Laura.

—No es lo mismo — sintió placer al oírse llamarla por su nombre.

—¿Porque yo soy el jefe y tú la secretaria? — sonrió.

—Bueno... pues... sí — bajó la mirada y se frotó las manos.

—Quizá nuestra relación no sea estrictamente laboral — mencionó calmado, mientras la estudiaba.

¿Habría tenido razón su madre? ¿Esperaría de ella algo más que sus deberes de secretaria? No es que no se sintiera atraída por él, pero no aprobaba ese tipo de relaciones. No podía ser, debía haberse referido a que podrían ser amigos. Eso sí le gustaría a ella.

—¿Qué desea usted que haga, señor Maitland... German? — no le parecía correcto llamarlo así y dudaba poder hacerlo de nuevo.

German era tan enérgico como James Courtney, aunque no tan agresivo con sus empleados. Se aseguró de que Laura fuera a comer, a pesar de tener trabajo urgente. A Laura le gustaba trabajar con él, le parecía resuelto y preciso, dispuesto a criticar ala gente si cometía un error e igualmente la felicitaba en caso de merecerlo.

—No me importaría ser su secretaria — observó una de las chicas sentada junto a Laura durante la comida.

—Es muy agradable trabajar para él — Laura no tenía intención de abordar el tema, sintiendo cierta lealtad hacia él, después de tan sólo una mañana de trabajo.

—¿Quién habla de trabajar? — comentó riendo la otra chica.

—El señor Maitland trabaja muy duro — dijo defendiéndole.

—También juega muy rudo — comentó Susan con malicia —. Esta semana ha aparecido una foto suya en una revista — cogió su bolso y sacó el ejemplar.— Está con Olga Wilde — encontró la página y se la enseñó a Laura.

Laura no quería mirar, formaban buena pareja. La foto estaba hecha en el estreno de la última película de la actriz. German Maitland le sonreía a su pareja, estaba feliz, muy diferente al

hombre severo que era durante las horas de trabajo. Le veía alto y distinguido, la foto mostraba sus atractivas sienes encanecidas, y su magnífico físico.

No era de extrañarse que Olga Wilde lo contemplara con tal adoración, y los destellos que lanzaban sus ojos azules parecían transmitir algún mensaje secreto. La pareja parecía tener una relación íntima, el brazo de German la estrechaba por la cintura.

—Muy enternecedor — comentó Laura devolviéndole la revista a Susan —. Es una foto muy buena — añadió ante la decepción de la otra chica por su reacción.

—No parece interesarte mucho — mencionó irritada.

Si la otra chica hubiera sabido qué dolor le había causado a su corazón aquella fotografía no lo habría mencionado. Laura vio destruidas sus ilusiones románticas hacia German nada más empezar a trabajar con él, pensando, que al familiarizarse con ese hombre, comprendería lo tonta que había sido su infantil atracción, pero todo había sido inútil, pues sucumbió aún más a su hechizo, contemplándolo anhelante cuando él no la miraba.

—Me tengo que ir — se despidió, aunque todavía le quedaba tiempo libre.

Su nuevo jefe todavía no había regresado de comer cuando ella llegó, así que aprovechó ese tiempo para escribir a máquina.

—Esto sí que me gusta.

Levantó la vista y vio a Nigel Jennings, el jefe de personal de la compañía. Le devolvió la sonrisa y él se acercó hasta su escritorio.

—¿Qué es lo que te gusta? — preguntó ella.

—Debo haber acertado al darte el empleo — sonrió —. De otro modo no estarías trabajando para German.

—Es tan sólo por unos cuantos días.

Era un hombre de unos treinta años, demasiado joven para las responsabilidades que tenía, y Laura sabía que James Courtney apreciaba su trabajo y confiaba en su juicio.

—Diane tiene gripe, como casi todo el mundo. Esa es la razón por la que vengo a ver a German. La próxima semana es fiesta anual de la compañía, y si la mitad del personal no va a poder asistir será mejor cancelarla.

—Tienes razón — Laura había olvidado aquella fiesta.

—Supongo que vendrás con tu novio — le comentó malicioso.

—En realidad...

—¿Conque no? — la interrumpió ansioso.

—No voy a ir — y antes de que él protestara continuó: — No me

gusta dejar a mi madre sola por las noches. Ella es viuda y...

—No le pasará nada por una noche — parecía decepcionado —. No es una fiesta normal, además me gustaría que vinieras. Laura...

—Hola, Nigel — German apareció en el momento oportuno en la oficina, aunque era imposible que supiera de la embarazosa situación que la había salvado. Los miró a ambos —. ¿Te puedo servir en algo? — preguntó German con cortesía forzada —. ¿O acaso sólo has venido a ver a mi secretaria? — el tono era frío.

—En realidad he venido a verte, German.

—Y mientras me esperabas, has aprovechado para hablar con mi secretaria.

—Bueno... pues...

—Anda, entra en mi oficina — le ordenó con energía.

—¿Ya has comido, Laura?

—Sí, señor.

Hizo una señal de aprobación. Su rostro se ensombreció ante la manera formal en que ella le contestó. Laura aguardó a que los dos hombres entraran a la otra oficina para continuar su trabajo. Le resultaba extraño que German siguiera refiriéndose a ella como «su secretaria» cuando todo lo que hacía era un reemplazo de unos cuantos días.

A German le había molestado encontrarla hablando con Nigel y tenía toda la razón. Aunque le quedaba tiempo libre de su comida, su conversación había tenido lugar en la oficina.

Nigel salió de su despacho diez minutos más tarde.

—En cuanto a la semana próxima, Laura...

—Laura, ¿podrías venir un minuto, por favor? — ordenó Germán a sus espaldas —. ¿Alguna otra cosa, Nigel? — preguntó, mirándole. Nigel alzó los hombros, reconociendo su derrota.

—No, nada. Quizá podamos comer juntos mañana. Laura...

—Pues...quizá — ya había cogido su lápiz y su libreta de apuntes, el gesto de German le indicó que no estaba para que se le hiciera esperar.

Laura pasó frente a German, quien mantenía abierta la puerta de su despacho con un gesto de reproche. Se sentó frente a él, preparó el lápiz e indecisa levantó la vista, su jefe no parecía tener prisa por empezar a dictar.

—¿Sueles perder el tiempo con Nigel Jennings? — preguntó de repente.

—Perdone, ¿cómo ha dicho? — frunció el ceño.

—Después de las horas de trabajo, puedes ver a quien te plazca

— prosiguió brusco —. Mientras trabajes para mí, preferiría que vieras a tu novio fuera de mi oficina.

—Nigel… quiero decir, el señor Jennings no es mi novio.

—¿No lo es? — German arqueó sus cejas.

—No. Vino a verle a usted, no a mí.

—¿Tienes novio?

—¿Por qué? — hizo la pregunta sin pensarlo, sonrojándose al ver cómo se irritaba su jefe —. Me refiero a…

—¿Quieres decir por qué deseo saber acerca de tu vida privada? Me gusta conocer un poco a la gente con quien trabajo — se encogió de hombros.

Por supuesto, qué tonta había sido al pensar que su interés era personal.

—No, no tengo novio — no tenía por qué negarlo.

—Eres muy atractiva — estaba sorprendida.

Con el pelo suelto sobre sus hombros y vestida con ropa más juvenil, menos seria, podía estar pasable, pero realmente no era «muy atractiva».

—Cuando aparentas los diecinueve años que tienes — pareció adivinar su pensamiento.— Y no trates de mostrarte y de actuar como si tuvieras diez años más.

—¿Cuándo me ha visto… yo nunca… cuándo me ha visto usted aparentar diecinueve años? — Laura se ruborizó.

Él se encogió de hombros, jugando con una pluma entre sus largos dedos.

—No recuerdo, en alguna parte.

No podía imaginar dónde, ella siempre se presentaba como la secretaria madura. Sin embargo, German parecía estar muy seguro y no era un hombre que soliera equivocarse.

—Tengo entendido que tu madre es viuda — no tenía ninguna prisa por comenzar el dictado, estaba completamente relajado, sus ojos se entrecerraron.

—Sí — Laura no disimulaba su perplejidad, preguntándose por qué insistía en conocer su vida privada.

—Y tienes un hermano.

—Así es. Ahora vive en los Estados Unidos.

—No lo sabía. Antes trabajaba con nosotros, ¿no es verdad?

—Sí y como a él le gustó mucho trabajar aquí, yo… No creo que le interese — se mordió el labio.

—Todo lo contrario.

—A Martin… así se llama mi hermano… le agradaba su empleo

aquí…

—Tratamos de complacer.

—¡Oh, sí! Me refiero a que... es agradable trabajar para la compañía Courtney. Y...

—¿Quieres salir a cenar conmigo esta noche? — preguntó con suavidad.

Abrió los ojos asombrada, parpadeando nerviosa.

—¿Eh... qué ha dicho? — no podía haber oído bien, ¡los hombres como German Maitland no invitaban a salir a muchachas tan insignificantes como ella!

—A cenar conmigo esta noche — repitió paciente.

Laura le miró, buscando en su duro rostro alguna señal de burla, pero él parecía esperar ansioso su respuesta.

—¿Laura? — la apremió, ante su prolongado silencio.

—Pues... no. ¡Quiero decir, sí! ¡No!... — estaba confusa.

—No me vengas con la excusa de tu madre — sonrió irónico, confirmando que había escuchado su conversación antes de irrumpir en la oficina —. Sé que tu madre sólo tiene cincuenta años y que lleva una vida social más activa que la tuya.

Era cierto. Su madre se había hecho socia del Club de Viudas, Viudos y Divorciados tras la muerte de su padre, y solía salir de noche.

—¿Entonces? — volvió a preguntar impaciente.

—Pues yo... — trató de adivinar la razón de aquella repentina invitación. Quizás había discutido con Olga Wilde y deseaba divertirse —. No habla en serio.

—Claro que sí, nunca digo estas cosas a la ligera.

—¿Nunca? — balbuceó tímida.

—Nunca — confirmó.

—¿Usted... usted quiere invitarme a cenar esta noche?

—Así es.

—¿Por qué? — inquirió Laura frunciendo el ceño.

—¿Por qué no? — respondió con una sonrisa tirante.

—Porque...

—German... ¡Oh! — James Courtney se detuvo en medio de la habitación —. ¿Has olvidado que tenemos una cita con Crewe a las dos y media?

—No, en absoluto. Laura y yo estábamos... hablando.

—¿De verdad? — el jefe de la compañía parecía aún más perplejo. German seguía mirando a Laura, haciendo caso omiso de la presencia de su suegro.

—No me has dado tu respuesta.

Ella se levantó para irse.

—La respuesta es no, señor Maitland — y salió de la oficina.

—¡Laura! — no notó que German la había seguido hasta que la agarró por el brazo y le dio la vuelta —. Pasaré a recogerte a las siete y media.

—No... — atónita miró a James Courtney antes de volver a German.

—¡Sí! — insistió él, apretándole dolorosamente el brazo.

—No... — ¡cómo podía hacerle eso a ella frente a James Courtney! ¿No le daba vergüenza admitir que había invitado a cenar a su secretaria, una chica de un nivel muy inferior al suyo?

—¡Laura! — German la sacudió.

—He dicho que no — apartó la mirada —, y volveré a decir que no.

—No tengo tiempo de discutir contigo ahora, pasaré por ti a las siete y media.

—Usted... .

—Por el amor de Dios, muchacha, ríndete de buena gana — intervino el señor Courtney—. ¿No te das cuenta de que es superior a tus fuerzas? — lo miró con rebeldía.

—No le estoy pidiendo a usted ningún consejo —, se ruborizó, resentida —. Como me informó el señor Maitland poco antes de usted llegara, lo que haga por las noches es asunto mío. ¡Y no tengo la intención de ser la diversión de ningún hombre rico! — no esperó ver la reacción de los dos hombres y corrió hacia el cuarto de baño que había en el pasillo.

¿Qué había hecho? Lo menos que podía esperar era una reprimenda, lo peor sería un despido inmediato y en vista de su conducta, tal vez merecía lo último.

Respiró profundamente tratando de tranquilizarse. No podía quedarse allí todo el día, tenía que volver a la oficina, aunque sólo fuera para recoger su bolso y marcharse, pero tenía miedo de encontrarse con cualquiera de los dos hombres.

Ya no trabajaría en la compañía Courtney, así que su apariencia representando madurez, ya no era necesaria. Sería simplemente Laura Jamieson al salir de allí, con la cabeza alta. Se quitó los pasadores del pelo y dejó caer la cabellera rojiza sobre los hombros. Desabrochó la blusa ajustada, sacando el cuello por encima de la chaqueta del traje. Enseguida pareció y se sintió más joven.

Sus piernas temblaban al acercarse a la puerta de la oficina. No

oía voces. James Courtney podía ser muy cortés hasta explotar contra su víctima, y eso era ella ahora. Había visto a experimentados hombres de negocios temblar ante la idea de un encuentro con James Courtney, ¿qué posibilidades tenía ella de salir ilesa del edificio?

La oficina estaba vacía, eran casi las dos y media así que los hombres se habían ido a la cita que tenían.

Terminaría su trabajo, lo dejaría sobre el escritorio de German Maitland… junto con su dimisión. Si no la habían despedido para entonces, tenía derecho de presentarla. Así no aparecería en su currículum que había sido despedida.

Sus dedos tocaron con horror el teclado de la máquina de escribir, sorprendiéndose al ver que la carta estaba rota. Había sido un documento bastante largo, muy técnico, y se había sentido orgullosa de no haber cometido ningún error, y ahora German había roto su trabajo. Debajo de la última línea de la carta él había escrito: «A LAS SIETE Y MEDIA, LAURA».

Arrancó las hojas de la máquina, en un arrebato de ira. ¡Cómo se atrevía! Seguramente lo habría hecho delante de James Courtney. Podía quedarse esperando, no tenía intención de verle a las siete y media. ¡Y si quería tener esa carta en limpio, debía hacerla él mismo!

Su expresión seguía denotando enfado al bajar por el ascensor y ni siquiera se dignó mirar a la atónita recepcionista al salir del edificio.

Había destellos de ira en sus ojos y tenía las mejillas encendidas. Laura no recordaba haber perdido la paciencia como aquel día. La arrogancia de German y Courtney la encolerizaron.

Dejó su carta de dimisión sobre el escritorio de German junto a los retratos, de su esposa e hija. Parecía mirar bastante a menudo aquellas fotografías, así que repararía en su carta al volver de su cita de negocios.

Laura quedó deslumbrada por los impecables rasgos de Felicity Maitland en cuanto vio la foto, y comprendió por qué la extrañaban tanto German y James Courtney. Felicity parecía llena de vida, con una alegre y provocativa sonrisa, sus ojos alegres, de un azul profundo. No resultaba raro que German sonriera tan pocas veces; la muerte de su esposa debió quitarle toda la ilusión por la vida.

Al ver la fotografía de su hija Natalie se explicó por qué él no le dedicaba mucho tiempo. La niña daba ya muestras de ser tan hermosa como lo había sido su madre, tenía unos inmensos ojos

azules y el cabello lleno de rizos dorados.

Por el momento a Laura le preocupaba enfrentarse a su propia madre, sabiendo lo furiosa que se pondría al enterarse de que acababa de perder el empleo y por semejante razón.

—¡Qué día! — su madre se dejó caer agotada en una silla, porque su trabajo en la tienda la obligaba a permanecer de pie todo el tiempo —. ¡Si tengo que vender un par de zapatos más a uno de esos chiquillos gritones juro que me pondré a gritar con ellos! — exclamó suspirando.

—¿Tan malo ha sido? — Laura le sirvió a su madre una taza de té.

—Malísimo. Has llegado temprano a casa, querida.

—Sí, bueno... — era hora de contarle a su madre lo de su dimisión. ¡Pero no podía hacerlo! No lograba siquiera articular palabra.

—Ojalá pudiera llegar temprano también, aunque de seguir las cosas como van en la tienda en este momento, puede que me quede en casa todo el tiempo..

—¿Andan mal los negocios? — Laura frunció el ceño.

—No muy bien.

—¿Qué pasa?

—Gerry piensa despedir a parte del personal..1

¿Cómo podía decírselo a su madre si apenas con el salario de las dos podían pagar el apartamento? Tendrían problemas de dinero hasta que ella encontrara otro empleo, sin embargo si su madre perdía también el suyo…

—¿Qué tal te ha ido hoy, querida? — su madre dejó de pensar en sus preocupaciones, ansiosa de escuchar a Laura relatar su día de trabajo con German Maitland.

—Pues... muy... interesante — respondió Laura sin entusiasmo.

—¡Interesante! ¿Eso es todo?

¡No, había sido desastroso! Y ahora necesitaría buscar otro trabajo antes de que su madre se enterara de que había perdido el suyo en la compañía Courtney.

—¿No le harías enfadar al señor Maitland? — su madre la miró preocupada.

No lo había enfadado en absoluto, era más bien él quien la había irritado a ella.

—No, por supuesto que no — la tranquilizó Laura.

—¿Cómo te fue entonces con él?

—Muy bien, como a cualquier secretaria, supongo.

—Quizá si dejaras de ponerte esa ropa y parecieras como mi preciosa Laura...

—Quizá debería hacerlo — convino, para distraer la atención de su madre —. Podríamos salir juntas el sábado de compras — aunque no tenía idea de dónde sacaría el dinero ahora que no tenía trabajo.

—¿Así que te gusta el señor Maitland? — preguntó curiosa.

—Es muy atractivo — Laura se sonrojó.

—¡Oh, cuánto me alegro! — exclamó su madre —. No está mal que tengas detrás de ti a un hombre tan influyente como él.

—Mamá...

—Ya lo sé, ya lo sé, estoy siendo insistente. Quiero lo mejor para ti Laura y no hay razón de que German Maitland no te... aprecie. Los hombres como él se tienen que casar con alguien.

—Ya estuvo casado, y por lo que sé, no tiene la menor intención de volver a estado. Amaba muchísimo a su mujer. Además, los hombres como él sólo tienen aventuras pasajeras.

—¡No seas tan pesimista, Laura! Tú eres una chica muy guapa y...

Por fortuna esa noche su madre tenía reunión en su club, logró interrumpir su interrogatorio recordándole que tenía que prepararse.

Con semejantes planes, era imposible contarle que se había quedado sin trabajo. La señora había llevado una vida difícil, con dos hijos que criar y un marido casi siempre fuera.

En cuanto su madre salió, Laura se puso a dar vueltas por la habitación, ¿qué haría ahora que no tenía trabajo? Iría al día siguiente a una agencia de empleos.

Rechazar la invitación de German no era razón suficiente para despedirla, tenía todo el derecho de hacerlo, pero sugerirle a su jefe que no se metiera en lo que no le importaba era algo que no podía pasarse por alto, y James Courtney no se distinguía por su indulgencia.

Cuando escuchó el timbre de la puerta al poco rato se alegró por la interrupción, pensando que aquello le despejaría el ánimo de todas sus preocupaciones. Así... ¡Santo cielo! Miró el reloj sobre la repisa: ¡las siete y media en punto!

German Maitland estaba ahí tal como había dicho: ¡a las siete y media!

CAPÍTULO 3

LA PRIMERA reacción de Laura fue no abrir la puerta, pero German llamaba con insistencia.

Furiosa, abrió la puerta, dispuesta a pelearse con él, pero toda su ira se calmó al verlo tan atractivo. La dejó sin aliento, pareciéndole aún más extraordinario en el ambiente hogareño. Laura no protestó cuándo él entró en el apartamento y cerró la puerta antes de seguirlo hacia el vestíbulo.

—Como sabía que no ibas a estar arreglada para salir a cenar, me he vestido de sport.

—Sí...eh... no — ¡ya estaba otra vez haciéndolo! Respiró profundamente, calmando su tartamudeo nervioso —. No me parece muy de sport — comentó a la defensiva, pensando que su camisa debía costar una fortuna, pues era de seda.

—¿Ha salido tu madre?

—Sí.

—Entonces será mejor que te dé esto — del bolsillo de su chaqueta sacó un sobre blanco. ¡Su dimisión!

Laura no hizo ningún movimiento para coger el sobre.

—El señor Courtney... — murmuró ella.

—...quedó muy complacido con la manera en que le hiciste frente — terminó German casi sonriendo.

—¿De verdad? — abrió sus ojos asombrada.

—Por supuesto. James comenzaba a preguntarse si habían empleado a un ratón o a una mujer como secretaria. ¿Puedo sentarme?

—Eh...sí... sí. Sí, por favor, siéntese.

Laura le miró sorprendida.

—¿En serio quiere devolverme... mi carta?

—Aquí la tienes — se la extendió una vez más.

Se pasó nerviosamente la lengua por los labios, cogiendo el sobre.

—¡Oh! lo ha abierto... — se sonrojó incómoda.

—Por supuesto. ¿De qué otro modo me hubiera enterado de que era tu dimisión? Además — añadió burlón —, estaba dirigida a mí. Metió el sobre en el bolsillo de atrás de sus pantalones vaqueros.

—¿Está enterado de esto el señor Courtney?

—No hay razón para que lo esté — negó con la cabeza —. Esto era un asunto entre nosotros dos y así quedará.

—Sólo pensé que…

—No he venido a hablar de trabajo, Laura. Eso podemos hacerlo mañana en la oficina,— suspiró German impaciente.

—¿Entonces todavía tengo mi empleo? — preguntó esperanzada.

—Por supuesto que sí.

—Se… se lo agradezco — sonrió agradecida.

German parecía impaciente.

—¿Ahora quizá podamos hablar sobre nosotros?

—¿Nosotros? — Laura estaba desconcertada.

—Sí, tú y yo. ¿O acaso he interpretado mal la situación? — se puso de pie, empequeñeciendo en el acto a la joven, sus anchas espaldas parecían llenar la habitación —. Pensé que nos atraíamos mutuamente, ¿me he equivocado? —, su voz era suave —. ¿Estoy equivocado, Laura?

—No… en fin… no en cuanto a mí. Sin embargo usted… — no pudo seguir.

—¿Yo? — levantó las cejas asombrado.

—Usted no siente atracción por mí.

Su semblante se ensombreció, sus ojos grises lanzaban chispas.

—¿Desde cuándo tú conoces mis sentimientos?

—No los conozco — alcanzó a decir —. Sólo pensé… bueno… todo el mundo sabe que usted y la señorita Wilde son…

—¿Qué sabes acerca de Olga y yo? — German se puso rígido.

—Sólo lo que me han dicho — Laura se estremeció al sentir su ira.

—Chismes de oficina. ¿Aún no has aprendido que suelen estar equivocados… o pasados de moda?

Le miró, nerviosa, por la manera en que se acercó a ella.

—¿Quiere usted decir que ya no ve a la señorita Wilde?

—Eso es.

—Pero… — se interrumpió, mordiéndose el labio.

—¿Sí? — se le aproximó aún más, le colocó sus manos sobre los brazos, su cálido aliento le acariciaba los cabellos —. ¿Qué sucede, Laura? — inclinó la cabeza, para besarle el cuello.

Una ardiente sensación le recorrió el cuerpo mientras German seguía abrazándola, y alcanzó a decir con voz entrecortada:

—Le vi a usted… quiero decir, le vi en una foto con la señorita Wilde —, le estaba mordisqueando el lóbulo de la oreja, respirando sensualmente en su oído —. En una revista —, luchó contra el placer que sus labios estaban suscitando, sintiendo una curiosa sensación de abandono —. Estaban en el estreno de «Adorable

enemigo».

—Eso fue hace un mes — sus labios se deslizaron por el mentón de la joven hacia su boca.

Jamás pensó que German pudiera amarla, que la atracción fuera mutua.

—¿Así que usted y la señorita Wilde ya no salen juntos? — insistió.

—Así es — gruñó —. ¡Por el amor de Dios, Laura! No tengo la intención de hablar sobre Olga cuando te estoy acariciando — la miró apasionado.

La mano de German se colocó sobre el pecho de Laura, queriendo sentir el alocado latir del corazón femenino.

—Pensé... que quizá usted la amaba — le parecía que la única manera de evitar que German le hiciera el amor era hablando de la otra mujer. Él provocaba en ella un efecto devastador.

—Olga y yo acabamos de pasar tres semanas en las Bahamas, demostrando que no existía amor entre los dos — su mirada recorrió las esbeltas curvas de la joven —. Aunque no se puede descartar la atracción física.

¡Allí acababan sus sueños de que él pudiera llegar a amarla!

—¿Le gustaría tomar algo? ¿Té o café? — se deshizo de su abrazo.

Sus ojos se endurecieron adivinando la razón de su separación.

—¿Tienes whisky?

—No lo sé. Espere un momento — su rostro se iluminó —. Creo que mi madre tiene una botella de la última Navidad — lo miró preocupada —. ¿El whisky se estropea?

—Que yo sepa, no — volvió a sentarse —. ¿Tu hermano no bebe?

—Un poco, cuando está en casa. Hace dos años que vive en Estados Unidos.

—Correré el riesgo del whisky — se instaló cómodamente, desabrochándose la chaqueta y estirando las piernas —. ¿Qué está haciendo tu hermano en Estados Unidos?

—Hasta donde sabemos está cambiando de mujer tan a menudo como de camisa.

—¿Sigue trabajando en publicidad?

—Sí, no sabía que le conocía — casualmente encontró la botella de whisky en la despensa, sacó un vaso y lo llenó hasta la mitad.

German, burlón, observó el vaso.

—Tengo la intención de salir de aquí de pie, no tambaleándome.

¿Qué pensarían los vecinos?

Laura miró la generosa cantidad de whisky que había servido en el vaso.

—¿Le quito un poco?

—Dejaré lo que no quiera — cogió el vaso de la temblorosa mano de Laura.

¡Qué tonta se sentía! Todo lo hacía mal, estaba portándose como una torpe adolescente.

—Me ha dicho que conocía a mi hermano.

—No, no lo conocí. Sé que trabajó en nuestro departamento de publicidad, no llegué a tratarlo personalmente. Clive Brady lamentó que se fuera.

—Martin siempre ha sido igual, incapaz de permanecer mucho tiempo en un trabajo o en un lugar. Mi padre pertenecía a la Marina y creo que Martin heredó su pasión por los viajes.

—¿Tú no? — la miraba por encima del borde de su vaso.

—No tengo el valor.

—¿Te gustaría viajar?

—¿A quién no? — se encogió de hombros.

—Yo no disfruto — hizo una mueca.

—Es porque... — se interrumpió —. Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque sus viajes son de negocios y por lo general viaja solo.

—¿Insinúas que debería llevar a alguien conmigo? — la miró irónico.

—No, no quise decir...

—¿A ti, por ejemplo?

—¡No!

—¿Por qué no? Tú eres mi secretaria.

—Sólo por el momento — se defendió indignada. ¡Cómo se atrevía a insinuar que ella estaba proponiéndole que la llevara en sus viajes!

—Podríamos arreglarnos para que te quedes permanentemente — German la miró tranquilo.

Una vez más su mal genio estalló. Sacó el sobre de su pantalón.

—Quizá sería mejor que aceptara esto, señor Maitland. No tengo la menor intención de...

—De convertirte en el pasatiempo de un hombre rico — terminó la frase —. Pero si no me diviertes, Laura — añadió severo.

—¿Entonces qué?... ¡Quiere hacer el favor de aceptar esto y marcharse! — le extendió su renuncia.

German endureció el semblante y entrecerró los ojos.

—No me provoques demasiado, Laura. Podría tomarte la palabra.

—No veo cómo puedo seguir trabajando para usted si cree que mi intención es tener una aventura amorosa. Por favor, coja esto — preferiría soportar la decepción de su madre antes que ser considerada como una mujer más, deseosa de ocupar la cama de German Maitland.

—Laura...

—Por favor, Ger... señor Maitland — mantenía su brazo extendido, esperando que él cogiera la carta y se fuera.

—Muy bien, Laura — suspiró, enderezándose en su asiento —. Tú ganas.

—¿De verdad?

—Así es. Por el momento olvidaremos aquello de que seas mi secretaria. ¿Y ahora salimos a cenar?

—¿No acepta mi renuncia? — Laura frunció el ceño.

—Si insistes — cogió el sobre con la carta dentro y lo rompió en cuatro pedazos. ¿Puedes tirar esto? —, le extendió los pedazos —. ¿Qué tipo de comida es la que más te gusta?

—Pues... inglesa — admitió, incómoda.

—Entonces ponte tu abrigo, tengo hambre.

Laura corrió a su alcoba a ponerse su chaqueta, antes de que él cambiara de parecer.

—¿Volveremos tarde? — le preguntó mientras él la ayudaba a ponerse la chaqueta —. Es que mi madre no sabe que voy a salir...

—Porque no pensabas que saldrías — comentó German al bajar juntos la escalera —. ¿A qué hora regresará ella?

—A las once y media.

—Me aseguraré de que estés en casa antes de esa hora.

El restaurante en el que entraron veinte minutos más tarde era un lugar exclusivo y tranquilo donde la gente asistía vestida como quería.

Se sentaron en un rincón apartado, al fondo del comedor; German prefirió colocarse junto a ella y no enfrente, como Laura esperaba que lo hiciera. El banco era bastante largo y aún así, German parecía estar peligrosamente cerca, con su muslo rozando el de ella y envolviéndola con su sensual colonia.

Laura se puso a jugar con su cuchillo después de que el camarero les tomó la nota; pidió lo mismo que German, melón con jamón, bistec y ensalada, no se atrevió a decirle que ya había

cenado.

—Relájate — la mano de German cubrió la de Laura al volverse hacia ella, acercando aún más su pierna a la de la joven, y concentrando su atención en las mejillas sonrojadas frunció el ceño —. No te gusta el sitio.

—Bueno… pues… no.

—Entonces vámonos…

—¡No! — puso su mano sobre su brazo de manera implorante —. Disfruta tu cena, por favor.

—Pero si no te gusta estar aquí…

—Ahora ya estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí — movió la cabeza, entusiasmada.

—No debes estar nerviosa, Laura. Tienes tanto derecho a estar aquí como cualquiera — retuvo la mano de la joven.

Le hubiera gustado creerlo, pero le era imposible relajarse, si bien la distrajo la manera sensual en que sus dedos jugaban con los de ella.

German tuvo que soltarle la mano cuando llegó su primer plato, pero le habló cálidamente mientras comían. Laura llegó a creer que él se interesaba por ella.

—¿No ha estado mal verdad? — preguntó al llevarla a su casa.

—Ha estado magnífico — después que pasó su timidez inicial, todo resultó muy agradable. German y ella hablaron de diversos temas. Él parecía tener una mente muy vivaz, aun fuera del trabajo, sus intereses eran muy variados.

—Debemos repetirlo.

—Sí — seguramente él no volvería a invitada, era el comentario habitual de cortesía.

—¿Mañana?

—¿Mañana? — se sobresaltó.

—Sí — German sonrió, aunque Laura observó que la sonrisa nunca alteraba la frialdad de sus ojos —. ¿Quieres cenar conmigo mañana?

—¡Me encantaría!

Más tarde aquella noche, acostada en su cama sin poder dormir; se preguntó por qué no le habría dado un beso de despedida. No había sido tan frío unas horas antes en su casa, sin embargo, su cortés buenas noches quizá había sido una prueba de que no tenía la intención de volver a mencionar su primera suposición de que ella sería su amante.

Estaba un poco decepcionada, porque había anhelado el contacto de sus labios. Durante todo el tiempo que la acarició, no besó su boca ni una sola vez, y durante toda la cena se preguntó cómo reaccionaría ella cuando por fin lo hiciera. No durmió bien esa noche.

Al día siguiente, la actitud de German hacia ella fue brusca, haciéndole comprender que sus relaciones de trabajo y personales debían mantenerse separadas. En cierto modo, ella también lo prefería así, aunque resultaba difícil, creer que aquel hombre severo y resuelto, con el que trabajaba durante todo el día, también era el hombre sensualmente excitante con el que esperaba encontrarse aquella noche.

—Buenas tardes, Laura — la saludó el señor Courtney al entrar en la oficina.

—Señor Courtney — contestó con seriedad, desconfiando de su tono amigable.

—No se te ha quitado el mal genio, ¿eh? — rió a carcajadas.

—Nada de eso — replicó altiva.

—Al menos, German te ha hecho parecer más humana. No soporto a las mujeres que visten con mucho recato.

Laura decidió ser ella misma. Llevaba el pelo suelto, el maquillaje suave, pero atractivo; y la blusa que llevaba puesta era muy femenina. Se ruborizó ante el comentario crítico de aquel hombre.

—Nadie le ha pedido su opinión.

—Me gustas, Laura. ¡Tienes energía! — la sonrisa de James no se alteró.

Así que German le había dicho la verdad, al señor Courtney le había gustado la manera en que le había contestado el día anterior.

—Si fuera un poco más joven, yo también te invitaría a cenar — añadió, provocándola.

—Si usted fuera un poco más joven no sería necesario que lo hiciera.

—¿Ah no? — alzó una ceja.

—No estaría usted tan amargado — le respondió valiente —. Haría tiempo que alguna mujer le habría conquistado.

Esta vez sus carcajadas fueron más fuertes.

—Me dan ganas de invitarte a salir de todos modos — argumentó ahogando la risa —. Alegrarías mis veladas...

—¡Tendrías que pedirme permiso primero! — German salió de la oficina, y abrazó a Laura.

A la joven le disgustó esa demostración de intimidad.

—¿En serio? — le preguntó a German.

—Ya lo creo — él miró a Laura.

—¿Con qué la persuadiste anoche?

—No me gusta que hablen de mí como si no estuviera delante — respondió enfadada, apartándose de German —. Si quieren discutir sobre mí, por favor vayan a la otra oficina.

—¿Cómo hiciste para salir ileso anoche, German? — intervino James burlándose de su demostración de enfado.

—Me las arreglé muy bien.

—No me cabe la menor duda. ¡Yo me contentaría con una versión más vieja de esta jovencita para poner algo de sabor en mi propia vida!

—¡La madre de Laura es viuda! — le informó su yerno.

—¿De verdad? ¿Tu madre se parece a ti, Laura?

—¡Si lo que quiere saber es si es capaz de defenderse frente a la rudeza, la respuesta es sí! — estaba indignada.

—¿Podrías presentármela algún día?

—Pues...

—La respuesta de Laura no me parece muy cortés — intervino German —. ¿No es cierto?— preguntó sonriendo.

—Quizá no — admitió ella a regañadientes.

—Pasemos a mi oficina, James. Creo que tu presencia hace que Laura se ponga de mal humor.

—Tú has hecho lo contrario, hijo. Está preciosa — comentó James antes de que German cerrara la puerta.

—Laura — escuchó la voz de German por el interfono.

No tenía intención de presentar su dimisión por segunda vez, James Courtney había sido muy grosero con ella y había recibido su merecido.

—¿Laura?

—Sí, señor Maitland — le informó que no pensaba ir a ninguna parte.

La risa de James podía oírse todavía a través de la puerta ¡Qué hombre más odioso!

Durante los siguientes días, German la trató con fría amabilidad. Cuando salían por las noches sólo hablaban de temas intrascendentes y él no intentaba besarla o acariciarla.

¡Y eso la estaba volviendo loca! Ella deseaba sus besos y parecía que mientras más lo anhelaba menos probabilidades había de que él la besara. Durante el día, la trataba con galantería, y sin embargo

sus noches terminaban con un cortés buenas noches.

El viernes por la tarde estaba en tal estado de nervios que saltaba cada vez que se abría la puerta o que escuchaba el timbre del teléfono. Tuvo que confesarle a su madre que salía con German, porque él continuaba invitándola.

Aquella noche volvería a ver a German, aunque él no había dicho a dónde irían. Solían ir al teatro, al ballet o al cine, aunque no sabía como lograba obtener entradas con tan poca anticipación. Sospecha que había planeado asistir a ellos con otra persona, quizá con Olga Wilde.

Al menos James Courtney había dejado de atormentarla durante un tiempo, hacía dos días se había marchado de viaje de negocios al norte de Inglaterra y no lo esperaban hasta dentro de unos días.

Cuando el timbre del teléfono se escuchó por vigésima vez aquella tarde, Laura tomó apresurada el auricular.

—Oficina del señor German Maitland.

—Soy Nigel Jennings — fue la jovial respuesta. ¿Cómo estás, Laura?

—Estoy bien, gracias. Ger... el señor Maitland no se encuentra aquí esta tarde y no dejó dicho si volverá.

—Perfecto — escuchó la risa de Nigel —. Subo dentro de cinco minutos.

—¡Oh, pero... Nigel! — ¡ya había colgado!

Llegó, en efecto a los cinco minutos.

—Tenía que venir y verificarlo con mis ojos — se sentó en el borde del escritorio de Laura —. Y nadie exageró.

—¿Que nadie exageró qué? — Laura frunció el ceño.

—Sobre la encantadora visión que es ahora Laura Jamieson.

—¡Mentiroso! — Laura se sonrojó.

—Es la verdad, estás encantadora. Se comenta por toda la compañía. Las mujeres creen que estás enamorada, mientras que los hombres pensamos que te has dado cuenta de lo fascinantes que somos.

—Es por lo último que has dicho — contestó a su piropo con una risa jovial. Sabía lo bien que le quedaba el vestido color beige que llevaba, el escote redondo insinuando apenas la prominencia de su busto, muy entallado poniendo de relieve sus esbeltas curvas.

—Lo imaginé — declaró Nigel. En cuanto a la fiesta de la compañía la semana que viene...

—¿Se va a hacer?

—Sí y me preguntaba si irías conmigo…

—Bueno, pues ... — se mordió el labio, sin saber qué decir.
—Tienes que venir, Laura — le dijo ansioso.
—Pues...
—Laura ira — se escuchó la voz de German detrás de ellos —. Conmigo — añadió sarcástico.
Laura no esperaba verle esa tarde, y su aparición la sorprendió. La desconcertó la afirmación de que ella le acompañaría a la fiesta. ¡Ni siquiera sé lo había preguntado!
—Me gustaría mucho que Laura viniera conmigo, German — Nigel le miró perplejo.
—De ello no me cabe la menor duda — comentó con calma, acercándose a ellos —. No llevo a Laura por deber, sino porque quiero.
Nigel parecía desconcertado.
—Ya... ya veo. No me había dado cuenta... me refiero a... ¡Por Dios, no sé lo que digo! — refunfuñó confuso.
—Cuando lo acabes de pensar, Nigel, quizá vuelvas a trabajar — entró en su oficina, cerrando la puerta.
Laura estaba enfadada, German la había encolerizado tanto como solía hacerlo James Courtney.
—Si la invitación sigue en pie, Nigel...
—No creo que sea prudente mantenerla. German... se ha expresado bien claro — la miraba cauteloso.
German había hecho un esfuerzo para que comprendiera claramente la situación entre ellos.
—Puede ser. ¿Pero me has oído decir que yo aceptaré acompañarle?
—No... — reconoció. Mira, Laura, si habéis tenido una discusión, no quisiera estar atrapado en medio de ella, ¿de acuerdo?
Tenía razón, no era justo que ella le mezclara en el asunto.
—Gracias por la invitación Nigel, dudo que vaya — sonrió.
—De haber sabido que tú y él… — la miró y suspiró profundo.
—No hay nada que saber — argumentó —. Olvidé que German, el señor Maitland ofreció llevarme... si es que decido ir — con sus torpes excusas no hacía más que empeorar la situación.
Nigel alzó los hombros, borrándola de su lista de mujeres libres; en adelante ella estaría muy poco disponible para él, podía leerse en su expresión.
—Creo que seguiré el consejo de German, vuelvo al trabajo — se detuvo en la puerta, volviéndose para mirarla —. Y aquí entre tú y yo, Laura, creo que eres demasiado buena para él.

No pudo evitar sonrojarse ante ese último comentario. No se dejó engañar ni un solo momento por sus inseguras explicaciones, y tal vez había imaginado más de lo que existía en la relación entre ella y su jefe. German contribuyó a dar aquella impresión.

No llamó a la puerta antes de entrar a su despacho, sus palabras se detuvieron en su garganta al ver que estaba hablando por teléfono. La miró irritado mientras seguía hablando con la otra persona.

—Sí, sí, ya lo sé. Mira, no estoy solo — hablaba tenso, dándole la espalda a Laura —. Dentro de una semana, más o menos. Eso no va a servir de nada. ¡Olga, por el amor de Dios!

¡Estaba hablando con Olga Wilde! ¡Así que después de todo la seguía viendo! Dio la vuelta y salió de la oficina; se sentó aturdida frente a su escritorio. La había engañado.

¿No habría estado burlándose de ella, divirtiéndose mientras Olga Wilde no estaba disponible?.

¡Se sentía tan tonta, tan humillada! Hundió el rostro entre sus manos. Al día siguiente toda la compañía estaría enterada de su relación con German, y esperarían verla llegar acompañada por él a la fiesta del viernes.

—Ven a mí oficina un momento, por favor, Laura — le pidió amable.

—Tengo mucho trabajó que hacer, y… — se volvió, conteniendo las lágrimas.

—Ahora, Laura — insistió, abriendo la puerta e invitándola a entrar.

Tenía un aspecto horrible. Su nariz siempre se ponía colorada cuando lloraba, sus mejillas estaban manchadas por el rímel que se le había corrido.

Pasó frente a él con la cabeza alta; German la asió del brazo, impidiendo que se sentara y volviéndola hacía él, sus ojos se entrecerraron escudriñándole el rostro, mientras cerraba con el pestillo la puerta de su despacho.

—¿A qué vienen las lágrimas, Laura?

—No estoy llorando — su respiración entrecortada no pudo reprimir un sollozo.

—No mientas. ¿Es por lo que le dije a Nigel?

—Eso, y… y… ¡Estabas hablando con Olga Wilde! — Laura levantó la vista volviéndola a bajar al darse cuenta de lo cerca que estaba de ella. Tan cerca, tan cerca. Y sin embargo, no lo suficiente, lo sabía dolorosamente.

—¿Estás celosa, Laura? — la sujetó frente a él por los brazos.

—¡Sí! Quiero decir no... No lo sé — respondió sollozando.

—No tienes ninguna razón para tener celos de Olga. Una amiga suya le contó que últimamente estoy saliendo con una pelirroja muy atractiva — comentó bromeando —. Y no le gustó. En cuanto a Nigel... ¿no tengo derecho a sentirme un poco celoso?

—¿Tú, celoso? ¿De Nigel? — Laura le miró aturdida.

—¿Por qué no? — German la atrajo más hacia sí —. Me da la impresión de que cada vez que entro en la oficina me topo con él.

—Sólo dos veces — rió aliviada, sintiéndose de pronto feliz.

—Dos veces es demasiado — gruñó.

—Fuiste muy arrogante — su cercanía estaba surtiendo aquel efecto mágico que la perturbaba tanto —. Ni siquiera me habías dicho que pensabas llevarme a la fiesta de la compañía.

—¿Con quién irías sino es conmigo?

—No pensaba ir.

—Pues bien, ahora irás y conmigo.

—German...

—Laura — la imitó burlón, inclinando su cabeza y buscando sus labios.

De su mente voló todo pensamiento de Olga Wilde y Nigel, al sentir el sensual contacto de la boca de German y se abandonó con languidez en sus brazos mientras sus labios la acariciaban. Todo resultó como había imaginado, y se estremeció dejando que su boca se moviera sensualmente sobre la suya. Su pulso se aceleró y abrazó las anchas espaldas, sus pies casi dejaron de tocar el suelo, mantenida casi en vilo por el fiero abrazo de German.

—¿Y bien? — se separó dé ella para respirar profundamente.

Los labios femeninos aún vibraban por el beso apasionado.

—Sí... sí iré a la fiesta de la compañía contigo.

CAPÍTULO 4

GERMAN LA apartó de él.

—Entonces ya está decidido — comentó sonriendo.

—Sí — convino Laura sin aliento.

—En cuanto a esta noche…

—¿Qué sucede con esta noche? — Laura le miró inquieta.

—Creó que tendremos que cancelar nuestra cita. No, te pongas así — agregó al ver su gesto de decepción —. Tampoco a mí me gusta la idea. Tengo una cena con un cliente.

—¡Oh!

—Sí, Gerry Bernstein ha llegado de Estados Unidos.

—Él es muy importante — Laura ya había oído hablar de él.

—Sí, aunque yo no era quien debía recibirlo, pero como James no está....

—Comprendo — sonrió feliz —. ¿Te veré mañana? — después de la manera que acababa de besarla no creía resistir mucho tiempo antes de volver a estar a solas con él... y preferentemente fuera de la oficina.

—Por la tarde no puedo. Mañana es el día libre de la nana de Natalie. James la saca a pasear los sábados, pero como no vuelve hasta el domingo.....

—¿No podría yo?… — se interrumpió, mordiéndose el labio.

—¿Sí? — German la miró entrecerrando los párpados.

—Iba a sugerir acompañaros, una idea un poco tonta — rió nerviosa.

—¿Te gustan los niños? — preguntó con voz áspera.

—¿No le gustan a todo el mundo? — se encogió de hombros.

—No — respondió tenso —. ¿Y a ti?

—Pues... sí, claro — ¿sería que a Felicity Maitland no le gustaban los niños? Y si así fuera, German tendría otra razón para estar resentido con la niña. ¡Qué horrible perder a la mujer amada cuando estaba dando a luz a un hijo que ni siquiera quería!.

—Entonces ven con nosotros. A Natalie le gusta ir al zoológico, le gustan los animales! Todavía es muy pequeña para darse cuenta de lo cruel que es encerrarlos en esas jaulas.

—Ya aprenderá — apenas podía creerlo, ¡German iba a llevarla de paseo con su hija! Deseaba conocer a la niña.

—¿Te molesta que tenga una hija?

—No, en absoluto. ¿Pensabas que me molestaría?

—A algunas mujeres les molesta.

¿A Olga Wilde, por ejemplo? Debía dejar de sentir celos.

—¿A ti no? — insistió él en el tema de su hija.

—No, a mí no — le sonrió.

—Entonces pasaré por ti mañana por la tarde y podremos ir al zoológico de Regent Park. Ahora vete a casa, Laura, ya son más de las cinco.

—Sí. ¿Nos veremos mañana entonces? — — aguardó un momento en la puerta, deseando que la volviera a besar.

—Alrededor de las dos — confirmó, entretenido con unos papeles que ella había dejado sobre su escritorio — Lo mejor será que también vengas a cenar a casa con nosotros...

—Sí, German — Laura volvió feliz a su casa, pensando en el día siguiente. ¡No sólo iba a conocer a su hija, sino que la iba a llevar a su casa!

—Parece que va en serio — comentó su madre al enterarse de que iba a conocer a Natalie.

Las dos mujeres estaban cenando, tranquilamente, juntas por primera vez en esa semana, Laura no se había dado cuenta de lo unidas que estaban, más aún desde la partida de Martin.

—Por mi parte, sí, aunque es difícil saber lo que piensa German — él seguía siendo un enigma para ella. Podía ser un compañero encantador, sin embargo bajo el encanto había rudeza. No cabía duda de que era un hombre complicado. Por más cercanos que parecían haber estado durante esa breve semana, ella sabía que German no le había mostrado todos sus sentimientos, el hombre que muy poca gente conocía.

—Es un tipo raro, no puedo acabar de entenderlo. No parece desear una aventura contigo... — frunció el ceño.

—¡Mamá! — advirtió Laura.

—Tan sólo estoy mencionando un hecho, querida. A menos que esté urdiendo su plan con cuidado y aun así, no tendría necesidad de llevarte a conocer a su hija. ¿Crees que está enamorado de ti?.

—Quizá sólo sea la novedad — alzó los hombros —. Después de todo, no soy su tipo de mujer.

—Los hombres como German Maitland no tienen un tipo de mujer, querida, sólo espero que no te haga daño.

—Me dijiste que una relación amorosa con German era lo que necesitaba para impulsar mi carrera.

—No creo haber dicho eso, Laura. Y no lo deseo para ti, no para mi hija, aunque estoy segura de que así es como muchas mujeres

salen adelante. Después de conocer a German Maitland la otra noche, no creo que sea el tipo de hombre con quien me gustaría verte comprometida. Es muy duro y lleva puesta una máscara sobre sus verdaderos sentimientos. Me imagino que tendrá un genio terrible.

—Que yo sepa no. No lo he visto hasta ahora enfadado.

—Esos son los peores. Hierven bajo la superficie, retorciéndose y creciendo... — su madre sintió un escalofrío.

—¡Mamá! German no es así — sonrió.

—No — suspiró su madre — quizá no. Si vas a salir mañana con él y su hija, no podrás venir conmigo de compras ¿no?

—Podemos ir por la mañana — sería agradable estrenar algo para salir con German por la tarde —. Viene a recogerme a las dos.

Compró mucho más de lo que podía permitirse, tres faldas de flores y media docena de blusas que combinaban con cualquiera de ellas. También compró un vestido para la fiesta de la compañía. Era de seda verde esmeralda y ponía de relieve sus femeninas curvas, dejando ver una buena parte de sus esbeltas piernas.

—¿Ahora qué hacemos con tu pelo? — preguntó la madre.

—¿Qué tiene de malo mi pelo? — Laura frunció el ceño.

—Necesita estilo. Tiene un color precioso y todas esas ondas naturales necesitan un peinado apropiado. Yo te lo pago — añadió antes de que Laura protestara —. Ahora que no me van a despedir me puedo permitir esos lujos.

Laura acabó por rendirse, ya que su madre encontró un salón de belleza donde podían atenderla enseguida. El resultado fue positivo. En vez de caer sobre sus hombros en ondas desordenadas, le cortaron el pelo en capas, que le enmarcaba el rostro, añadiendo profundidad a los pómulos y realzando el color y el tamaño de sus ojos, que

parecían dominar su rostro, como dos grandes esmeraldas.

—Ya sabía yo que debajo de ese aspecto juvenil tenía una hija muy atractiva — sonrió la madre satisfecha, contemplando a Laura lista para su cita con German.

Su madre tenía razón, estaba muy guapa. La falda verde y negra con flores estampadas caía con gracia sobre sus esbeltas piernas y la blusa acentuaba el busto. Se puso unas sandalias negras y se maquilló un poco. Cuando el Jaguar se detuvo frente al edificio; y oyó a German subir las escaleras, pensó si él también la encontraría atractiva.

Su madre fue a abrir la puerta.

—Tú quédate en tu cuarto hasta que te llame, no debe parecer que estás ansiosa de verlo.

Después de varios minutos de esperar en vano que su madre la llamara, decidió salir. Su madre tenía en brazos a Natalie y estaba extasiada con la niña.

La fotografía sobre el escritorio de German era un poco antigua, Natalie ya no era aquel bebé sino una adorable niña. El bonito vestido rosa y el delantal que hacía juego, aumentaba su encanto, y era una alegre sonrisa la que le brindaba a la madre de Laura, Era una niña preciosa, se volvió con interés al sentir la presencia de Laura en la habitación. Unos inmensos ojos azules dominaban su cara con dos hoyuelos; sus pestañas eran largas y oscuras.

Laura se acercó a su madre.

—¡Oh, German, es preciosa! — tocó vacilante los deditos que se extendían hacia ella.

Él se había puesto de pie al entrar Laura en la habitación; nunca le había visto vestido tan de sport, aunque los pantalones vaqueros y la camisa azul eran de la mejor calidad. Sin embargo, estaba muy atractivo.

No pensó que German subiría al apartamento con Natalie, pero como estaba solo con ella no iba a dejarla sola en el coche. Natalie se había encariñado con su madre y ambas estaban riendo.

—Es adorable — Laura soltó su manita y se volvió hacia German.

—Tú también. Te has cambiado el peinado — frunció el ceño.

—Sí — no sabía si era una crítica o un elogio.

—Me gusta — sonrió German.

—¿De verdad? — suspiró aliviada.

—Te queda muy bien. ¿Qué tal si nos vamos?

—Sí. ¿Mamá? — extendió los brazos hacia la niña, experimentando un estremecimiento de placer cuando Natalie, sin vacilación, se le abrazó al cuello con sus bracitos regordetes.

—Vuelva a traer a su hija por aquí — le indicó la madre de Laura —. Es encantadora.

—Sí — asintió secamente —. ¿Estás lista, Laura?

Su madre alzó las cejas ante la brusca actitud de German y Laura se encogió de hombros. A lo largo de las siguientes dos horas descubrió que German amaba a su hija, aunque su actitud era despreocupada. La única muestra de emoción hacia ella sobrevino cuando Natalie resbaló y cayó, llorando por un rasguño en su rodilla.

German la levantó en sus brazos, examinando la pierna.

—Tienes que tener más cuidado con ella — dijo volviéndose hacia Laura —. Fue idea tuya dejarla sola y no la has vigilado.

Laura pensó que aquel no era el momento de señalar que él había sido quien había decidido dejar a Natalie dar unos pasos. El zoológico tenía vallas así que no le podía ocurrir nada grave. Y sí había observado a la niña sólo que no pudo detenerla a tiempo cuando tropezó. Ella sabía que German reaccionaba como cualquier padre preocupado, cuando su hijo se hiere, culpando a cualquiera menos a sí mismo.

—Déjame llevarla al baño y limpiarla un poco — ofreció.

Natalie dejó de llorar en cuanto entraron en el baño.

—¡Mentirosilla! — rió Laura ante la sonrisa de la niña — Así que sólo querías que tu padre te prestara atención ¿eh? — Natalie quizá sentía la despreocupación de su padre hacia ella; había oído decir que los niños eran más sensibles que los adultos —. Tu papá te quiere mucho — le aseguró, acabándole de limpiar la rodilla, viendo que sólo uno de los rasguños estaba sangrando un poco.

—Pupa — proclamó la niña orgullosa.

Estaba muy graciosa en aquel momento, su pequeño mentón expresaba ya un carácter resuelto, su carita era tan encantadora que Laura sintió un gran amor por ella.

German dejó de dar vueltas en cuanto se le unieron, dedicándole una breve mirada a su hija, sus ojos grises se posaron en la radiante cara de Laura.

—Lo siento — murmuró.

—No tiene importancia — respondió ella, sin atreverse a mirarlo; una excusa era lo último que esperaba —. Enséñale a tu padre tu rodilla Natalie.

—Pupa — repitió la niña.

—Ya está mejor, Natalie — su padre sonrió, volviéndose otra vez hacia Laura —. Creo que me he portado un poco brusco, no fue mi intención gritarte, Laura — presentó de nuevo sus excusas.

—Ya te he dicho que no tiene importancia. Creo que a Natalie le gustaría comer algo — sugirió.

—Pastel — indicó Natalie con regocijo.

Los dos adultos rieron. German pasó su brazo por los hombros de Laura, ésta llevaba en brazos a la niña.

—Tendré que recordar en el futuro que ella entiende lo que te digo.

Laura se exaltó con la insinuación de que habría un futuro para

ellos, y no le importó que Natalie derramara un poco de zumo de naranja sobre su falda nueva.

—Siempre está jugando — German se inclinó para limpiar el líquido derramado —. Siento que te haya manchado… — levantó la vista encontrándose con la de Laura, que se estremeció al sentir el calor de su mano sobre el muslo —. Vámonos de aquí — murmuró German — quiero estar a solas contigo.

Laura se sonrojó, también ella lo deseaba.

Natalie escogió ese momento para empezara tirar pastel al suelo.

—¡Oh no, eso no, jovencita! — Laura puso el plato fuera del alcance de su mano, limpiando a la nena con una servilleta —. Creo que es hora de irse — sonrió a German.

—¿Más tarde? — preguntó con voz ronca —. ¿Cuando Natalie se vaya a la cama?

—Sí, más tarde — no podía sostener su amorosa mirada; sus ojos ya no eran fríos y duros como estaba acostumbrada a verlos.

—¡Perrito! — Natalie señaló a los lobos.

—Tendrás que hablarle acerca de los lobos cuando sea mayor — rió Laura.

—¿Acaso tu madre te hizo comentarios sobre ellos? — preguntó German.

—Me dijo que no debía acercarme a ellos.

Asintió, abriéndole la puerta del coche.

—¿Sabe ella algo acerca de Nigel Jennings?

—No hay nada que deba saber — respondió cortante.

—¿Nada?

—No. ¿Qué es esto, German, un interrogatorio?

—Tan sólo me preguntaba si alguna vez habías salido con él.

—Todavía no — replicó en tono seco.

—¿Quieres decir que lo estás pensando? — su gesto se endureció.

—Podría ser.

—¿Y si te pidiera que no lo hicieras?

—¿Tienes derecho a hacerlo?

—No. Después de todo, la época victoriana no estaba tan mal. Al menos en aquellos tiempos las mujeres sabían quedarse en su lugar.

—¿Bajo la escalera? ¿Ayudando a mantener caliente el lecho del amo? ¿Obteniendo tantos hijos que por lo general vivían veinte años menos? — la ira la había hecho sonrojarse —. Supongo que eso habría satisfecho tu egoísmo. Imagínate, German — se burló —, si hubiéramos vivido hace cien años, por ser mi señor, tú podrías

haberme ordenado que me acostara contigo.

—No me atrae la idea de una relación sexual forzada — dijo tenso.

—Me sorprendes — expresó ella con brusquedad olvidando toda cortesía, su ira estaba al rojo vivo.

La mirada que German le lanzó era muy elocuente. Laura se volvió hacia otro lado, mirando por su ventanilla. ¿Qué estaba haciendo? Discutiendo con German sólo porque le había preguntado por Nigel Jennings? Era una pelea tonta, absurda y se daba cuenta de que hubiera podido separarse de German para siempre.

No le hubiera extrañado que la hubiera llevado directamente a su casa, sin embargo él se dirigió a Hampstead. Su casa era tal como la imaginaba; una verdadera mansión atendida por un ejército de sirvientes. El interior estaba decorado y amueblado con buen gusto.

—Siéntate, por favor — la invitó German —. Voy a decirle a Jane que suba a bañar a Natalie.

La niña se negó a ir, agarrándose al cuello de Laura.

German le abrió las manitas y entregó a la niña, llorosa, a la muchacha que acudió a su llamada.

—La cena estará servida dentro de una hora — le informó a Laura en tono formal.

—¿Quieres que me quede? — se mordió el labio.

—¿Deseas quedarte? — la miró con frialdad.

—Sí.

—Entonces, quédate. ¿Quieres algo de beber? — se dirigió hacia el mueble bar —. Ya sé que sólo son las seis y media, pero necesito un trago — hizo una mueca.

—No, gracias — Laura lo observó servirse un vaso y beberse el contenido de un sorbo, volviéndolo a llenar antes de sentarse en la silla frente a ella —. German…lo siento — reconoció casi implorante, sabiendo que a ella le tocaba dar el primer paso.

—¿En serio? — su expresión era dura.

—Sí, lo que te he dicho ha sido una tontería, no hablaba en serio.

—¡Ah! ¿no?

—¡No! Lo... lo que pasa es que no estoy acostumbrada a que se me interrogue... sobre... sobre...

—Sobre tus otros hombres — completó en tono insultante.

—¡No tengo ningún otro hombre! — Laura se sonrojó.

—¿De verdad?

—¡No!

—Si tú lo dices — se encogió de hombros.

—¡Así es!

—¿Entonces por qué reaccionaste de esa manera?

—Porque... porque me molestó tu insinuación. Y porque desde que te conocí he descubierto que tengo mal genio — oyeron un ligero golpe en la puerta, que les impidió continuar.

—Natalie ya se ha bañado y merendado, señor Maitland — le informó Jane.

—Subiré enseguida.

—Sí, señor — se marchó después de cerrada puerta.

—Voy a decirle buenas noches a Natalie. No tardo — German se levantó.

Regresó un cuarto de hora más tarde.

—He tenido que leerle un cuento a Natalie, no creo que los entienda, pero le gustan mucho.

—Sí — Laura abrió sus grandes ojos, temerosa —.Ger…

—Lau... Tú primero — la invitó; los dos trataron de hablar a la vez.

—Tan sólo iba a repetir cuánto lo siento — Laura sonrió nerviosa.

—¿Por qué? — preguntó tenso.

—Por... por...

—No tienes por qué disculparte — suspiró German, pasándose la mano por su pelo revuelto —. Me estoy portando irracionalmente...

—Oh, no...

—Sí. No tiene por qué importarme con quién hayas salido — se paseaba de un lado a otro por la habitación.

—No...

—Como espero que no me interrogues sobre mi vida pasada.

No podía haberle dicho más claro lo poco que representaba ella en su vida y todos sus frágiles sueños de que él la llegara a amar como ella le amaba, se hicieron añicos. Su rostro debió traicionar sus sentimientos, porque German se sentó a su lado, en el sofá.

—Lo cual no significa — dijo con voz ronca — que no te intereses por mis movimientos en el futuro.

Sonrió forzada ante su tono provocativo, no deseaba que él adivinara lo profundamente que se sentía ligada a él, cómo anhelaba saber lo que hacía cada minuto del día. Ella era tan sólo una mujer más para él, y quizá sería reemplazada pronto.

—¿Laura? — preguntó de pronto.

—¿Sí?

—Es posible que note hayas dado cuenta, pero estamos solos.

—Sí — dijo con discreción, no deseando parecer demasiado ansiosa.

—¿Qué piensas hacer si te beso?

—¿Devolvértelo? — su boca esbozó una sonrisa.

—Eso espero — expresó con suavidad acercándose más a ella y acariciándole la mejilla—. En tan sólo unas semanas te has convertido en una mujer adorable — le comentó pensativo —. No entiendo por qué querías ocultar tu belleza vistiendo esa ropa horrible que solías ponerte en la oficina.

—Quizá para mantener alejados a los lobos — respondió burlona.

—No lo lograste.

—No. Lo hice para tener un aspecto de más madurez.

—En ese sentido, casi tuviste éxito.

—Tienes muy buen ojo.

—Muy bueno, especialmente tratándose de excitantes pelirrojas.

—No soy pelirroja — respondió para disimular su turbación —. Mi

pelo es castaño rojizo.

—Es hermoso. Laura... ¡Oh maldita sea! — murmuró cuando Jane llamó a la puerta anunciando la cena —. Disfrutamos de más intimidad en la oficina — gruñó, guiándola al comedor.

Laura estaba turbada. ¿Quería German tener una aventura con ella? Eso parecía. ¿Y cuál sería su respuesta, sí o no? Mucho temía que fuera sí. Y sentía miedo porque tal relación la heriría. ¡Pero más la lastimaría decir no!

—A propósito de la oficina — observó German mientras comían —, Diane regresa el lunes por la mañana.

—¿Ah... sí? — Laura casi se atraganta con su sopa.

—Sí. Ayer me llamó, se me olvidó decírtelo.

¡Se le olvidó comunicarle que ya no iba a trabajar con él! El resto de la cena, Laura estuvo muy inquieta. ¡El lunes volvería a trabajar con James Courtney! Seguramente no vería a German con tanta frecuencia.

—Estás muy callada — comentó él de pronto.

—El paseo me ha cansado — se disculpó.

—Natalie también estaba exhausta.

—Es una niña encantadora — su expresión se suavizó.

—¿Lo dices en serio? — German frunció el ceño.

—¡Pues claro! — Laura le miró desconcertada.

German se volvió hacia el criado que había servido la cena.

—La señorita Jamieson y yo tomaremos el café en el salón — se levantó, retirándole a Laura la silla —. Y no se nos debe molestar — añadió con firmeza.

—No, señor — el hombre les miró interrogante.

—Hubiera preferido que no hicieras ese comentario — murmuró cuando German y ella estaban a solas en el salón —. Pensará... Tus sirvientes creerán....

—¿Sí? — parecía divertirse.

—Imaginarán que deseas hacerme el amor — terminó la frase con brusquedad.

La tomó por los hombros.

—¿Y qué te hace pensar que no tengo esa intención?

—Pues... Bueno... ¿De verdad?

—No del todo — respondió riendo al ver su rostro turbado —. Aún no.

—¿Todavía no?

—No me gusta apresurar estas cosas.

—¿Esa es la razón por la que no me besaste durante toda la semana?

—¿Querías que lo hiciera? — su expresión era burlona.

—¡No, no quería! Y tampoco deseo que me beses ahora. Tú... No pudo decir nada más, porque la boca de German sobre la suya detuvo el acalorado flujo de palabras.

No podía negar su amor por ese hombre, era imposible no responder a su apasionado beso con una entrega total. Él seguía besándola mientras ella se estremecía, sintiendo los fuertes brazos apretar su esbelto cuerpo.

El beso de German era violento, exigía una respuesta total, una rendición completa y Laura se sentía sumergida en su cuerpo.

Los labios en la garganta le provocaban locas sensaciones por todo el cuerpo, su respiración era entrecortada, mientras los dedos masculinos desabrochaban su blusa, y acariciaban la suavidad de su piel. Ningún hombre la había tocado tan íntimamente.

Laura se deshizo del abrazo.

—¡Por favor... no! — pidió con voz temblorosa, rechazándolo y retirando la mano que tanto pánico le había causado.

—¿Por qué? — preguntó con aspereza.

—¡Me... me haces daño! — acusó desesperada.

—¡Mentirosa! — exclamó, volviéndola a besar, sin dejarle esta vez posibilidad de protestar, acercándola tanto a sí que ambos

cuerpos parecieron fundirse.

Enseñó a Laura lo que debía hacer para complacerlo, desabrochando su propia camisa y haciendo que las manos femeninas tocaran su tibia piel. Laura descubría maravillada la belleza y el erotismo de un cuerpo masculino.

—¿Te sigo haciendo daño? — preguntó con ironía.

—No... — murmuró, perdida en su sensual abandono.

—¿Y te estoy forzando? — añadió.

—Sabes perfectamente que no — respondió afligida.

—No creí estarlo haciendo, el solo verte me excita — se enderezó, sentándose y abrochándose la camisa —. La nana de Natalie pronto llegará a casa, creo que debemos estar presentables —. Se puso de pie para meter su camisa por el pantalón.

—German... — Laura se arregló la ropa.

—Te falta un botón — se lo abrochó. La expresión de él no denotaba la ardiente pasión que habían compartido.

—¿German?

—¿Sí? — la miró cauteloso.

Su frialdad la hizo acobardarse.

—Nada. No es importante — se volvió, ruborizándose de vergüenza.

La hizo volverse y la miró a los ojos; la ternura había vuelto a su rostro.

—¿No soy el amante romántico que esperabas?

—No... en fin... tú... — ella apartó la mirada.

—¿Me amas, Laura? — inquirió suavemente.

Sus ojos se abrieron, sorprendida, reflejando consternación. ¡Se había traicionado! ¡En algún momento mientras se acariciaban ella había revelado su amor por él!

—¿Me amas? — insistió.

—No, por supuesto que no. Apenas te conozco y... — German volvió a besarla, despacio otra vez, cautivándola con sus labios firmes y húmedos sobre los de ella, las manos masculinas la acariciaban desde la cintura hasta los muslos.

—¿Me amas, Laura? — le murmuró al oído mordisqueándole la oreja.

—Sí — confesó débilmente —. ¡Oh, sí!

—¿Sí, qué?

—Sí te amo — declaró, sintiendo cómo le besaba la mejilla —. Te quiero, German.

—Yo... — de pronto se puso rígido —. Creo que ha llegado Lisa

— se separó de ella —. Tal vez esté aquí dentro de un minuto.

A Laura le desagradó Lisa Harlow aun antes de que entrara en la habitación. Estaba segura de que si aquella mujer no hubiese llegado en ese momento German le habría declarado su amor.

Cuando la otra mujer entró en la habitación, Laura sintió una hostilidad aún mayor. Tendría unos treinta años, y era una atractiva pelirroja, ¡y realmente no parecía ser la nana de nadie! ¿Qué había dicho German acerca de que tenía muy buen ojo tratándose de pelirrojas excitantes? ¡Y esta mujer vivía aquí en su casa!

CAPÍTULO 5

ADELANTE, Lisa — invitó German.

La mujer andaba con la gracia de una modelo, el vestido color rojizo que llevaba revelaba su figura perfecta.

—No sabía que estaba interrumpiendo algo... — la voz era sensual.

Laura se sintió como una intrusa, Lisa daba la impresión de ser la anfitriona.

—No estás interrumpiendo nada — expresó German, afectuoso —. Laura y yo sólo estábamos hablando.

¡Acababa de confesarle que le amaba y lo calificaba de «sólo hablando»! Por la forma en que la otra mujer la miraba notó que la antipatía era mutua.

—¿Podrías servirme una copa, German? — Lisa se sentó, cruzando las piernas, sin la menor intención de salir de la habitación.

—Por supuesto, ¿Laura? — se volvió hacia ella.

—No, gracias — respondió tensa.

German sirvió dos vasos de whisky, añadiendo agua y hielo en el de Lisa sin preguntarle siquiera, haciendo que Laura se preguntara con qué frecuencia él y la otra mujer bebían juntos por las noches. Era evidente que German conocía muy bien cómo tomaba su bebida, ¿lo sabría también en cuanto a hacer el amor?

—Tal como me gusta — comentó Lisa después de probar su bebida —. Dime, Laura, ¿es German tan... considerado en la oficina como lo es aquí?

Laura respiró profundamente, tratando de tranquilizarse, mirando a German. ¿Acaso no se daba cuenta de que esa mujer la estaba provocando? Obviamente no.

—Allí también es muy... amable. ¿Qué tal ha pasado su día libre? — añadió, para que la otra mujer supiera quién había estado todo el día con German.

—Estupendo, gracias. Aunque en realidad no necesito día libre, es una delicia ocuparse de Natalie.

—No lo dudo — convino la joven.

—Laura y yo la hemos llevado hoy al zoológico — explicó German, sin notar la hostilidad entre las dos mujeres o prefiriendo ignorarla.

—Habérmelo dicho, German. Sabes que me gusta tener algún

día libre, pero no siempre lo necesito. Lamento que se le haya estropeado el día, señorita Jamieson.

—Todo lo contrario, señorita Harlow.

—Señora Harlow — corrigió con suavidad la otra mujer.

—Ignoraba que estuviera casada — Laura pareció sorprendida.

—No lo estoy, no ahora. Sólo soy una cifra más en las estadísticas de divorcios. No fui tan afortunada como Felicity en la elección de mi esposo — le lanzó a German una sonrisa coqueta.

—Usted conoció… quiero decir… — Laura tragó saliva.

—Felicity y yo éramos muy buenas amigas — informó Lisa sonriendo.

—Ya veo — Laura se mordió el labio.

—¿De verdad? — se burló la otra mujer, sorbiendo su bebida.

Laura miró a German y luego a Lisa. ¿No se había dado cuenta que esta mujer se proponía ser la próxima señora Maitland y le estaba comunicando a Laura que se olvidara de cualquier idea que pudiera tener en ese sentido?

—Creo que es hora de irme, German — se levantó.

—Por supuesto — colocó su vaso sobre la mesa —. ¿Nos disculpas?.

—Quiero discutir algo contigo, German, así que aquí te espero — Lisa sonrió.

—Muy bien. Voy por tus cosas, Laura.

—Sólo he traído este jersey — le respondió tajante.

—Entonces voy a buscar mi chaqueta — la miró perplejo.

Podía asegurar que estaba enfadado con ella. ¡Pues bien, qué esperaba! Lisa Harlow había presumido de cierta intimidad con él. ¡Y había dicho que esperaba a que volviera! Cualquiera entendería la insinuación que había detrás de ello.

Bajó la mirada incómoda al quedar a solas con la otra mujer, consciente de que Lisa Harlow la estaba mirando con ojos penetrantes.

—No tengo la intención de perderlo por segunda vez — manifestó de pronto.

—¿Co… cómo ha dicho? — Laura parpadeó perpleja ante tal comentario.

—Hace quince años fui lo bastante tonta para rechazar a German y preferir al señor Harlow. German se casó con Felicity y yo con Charles.

—Está diciendo que usted y German… eran…

—Amigos — terminó la frase Lisa —. Y tengo el propósito de

que seamos más que eso ahora. ¿Piensas que me ocupo de Natalie porque necesito trabajo? Charles me entregó una generosa suma al divorciarnos. Y tienes que admitir que en lo que se refiere a German, llevo ventaja...

—Porque vive aquí — razonó Laura.

—Exactamente — sonrió —. Mira, Laura ahórrate muchos disgustos y olvídate de él.

—Usted no tiene derecho...

—No me obligues a destruirte. Lo puedo hacer, tan fácil como esto — chasqueó los dedos —. Y lo haré, créeme — su mirada era perversa.

—German.

—Se quiere acostar contigo — interrumpió Lisa —. ¿Eso es lo que quieres, una breve aventura?

—A usted qué le...

—Es un amante maravilloso, muy consumado, te lo aseguro.

—Discúlpeme — Laura estaba ofuscada y muy pálida —. Me... me tengo que ir.

—Laura...

—Adiós, señora Harlow — abrió la puerta... ¡y se topó con German!

—Lo siento... ¡Oye! — la asió del brazo —. ¿Qué sucede?

—Nada, ya estoy lista para irme.

—Tan sólo quiero decirle algo a Lisa.

—Te espero fuera — comentó Laura bruscamente —. Me hace falta tomar aire — lo que acababa de decirle Lisa Harlow le daba náuseas.

—Espérame aquí — ordenó German.

—No...

—Sí — insistió.

Minutos después, le siguió dócilmente y al verla tan aturdida, quiso pasarle el brazo por los hombros.

—¡No, por favor! — le rechazó, sintiendo que iba a llorar.

—Laura... — German frunció el ceño.

—¡Podrías llevarme a casa, por favor! — su voz era un chillido.

—Por supuesto — German abrió la puerta del coche, cerrándola de un fuerte golpe en cuanto ella estuvo dentro, se sentó a su lado en seguida —. ¿Qué sucede? — suspiró después de conducir unos minutos en silencio.

—Nada — hacía esfuerzos por contener las lágrimas.

—No lo creo — respondió paciente —. ¿Te ha dicho algo Lisa

que te molestara? Ya sé que no es una persona que agrade a todo el mundo.

—¿A ti sí? — Laura se volvió en actitud acusadora.

—¿Qué significa eso? — frunció el ceño.

—¿Tú qué crees?

—Dímelo tú.

—¿Sois amantes? — contuvo la respiración.

—No.

—¿No?

—No — repitió firmemente.

—Pensé que... — frunció el ceño consternada —. ¿Lo fuisteis alguna vez?

—Hace muchos años, antes de casarme con Felicity.

—¿Pero ahora ya no? — Laura tragó saliva.

—No.

Lisa Harlow estaba enamorada de German, sin embargo él no había dado muestras de que correspondiera a ese amor. Si hubiese querido casarse con ella ya lo habría hecho. Entonces ¿por qué iba a creer a esa mujer?

—Ella vive en tu casa... — las dudas persistían.

—¿De lo cual se deduce que me acuesto con ella?

—Bueno, no... Pero si fuisteis amantes.

—¡Hace casi quince años!

—Pero...

—No me acuesto con ella, Laura. Créelo o no, como quieras.

—Oh, sí te creo...

—¿Entonces a qué viene esta discusión? Si Lisa te ha dado una impresión diferente, lo siento mucho. No pienso volverte a explicar mis actos.

—Lo siento — se disculpó consternada, al ver que habían llegado a su casa —. Lo siento mucho, German.

—Sí — reconoció secamente.

—¿Te veré mañana?

—Sí — suspiró, acercándose para besarla ligeramente en los labios —. Y ahora ve adentro, anda.

—Sí.

Le hizo una breve señal de despedida antes de poner en marcha el coche, haciéndole comprender que seguía molesto con ella, con toda razón, por creer a Lisa, sin oírlo antes a él.

El timbre del teléfono la despertó a la mañana siguiente, que era domingo.

—¿Laura? — preguntó una voz ronca.

¡German! Eran apenas las siete y media de la mañana.

—Es muy temprano — habló irritada.

—Ya lo sé. Tengo que irme de la ciudad urgentemente durante un par de días, pensé qué te gustaría saberlo.

—¿Te vas? — exclamó consternada, despertando en el acto.

—Hasta el miércoles o el jueves — confirmó German.

—Bien — comentó cortante. Que tengas buen viaje.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—¿Qué otra cosa puedo decir?

—Nada, por supuesto. Lamento haberte molestado — colgó el auricular con tanta furia que casi le rompió el tímpano a Laura.

¿Qué había hecho? Por lo menos German se había preocupado de llamarla y no era su culpa tener que salir de viaje de negocios. Debía hablar con él antes de que se fuera.

Lisa Harlow contestó el teléfono.

—German está muy ocupado, Laura. Está a punto de salir de viaje, y...

—Sí, ya lo sé — interrumpió la joven con calma.

—¿Lo sabes?

—Sí — la otra mujer estaba desconcertada de que ella lo supiera. — ¿No puedes esperar a que vuelva?

—No, no puedo — replicó con firmeza.

—Está en el piso de arriba...

—Señora Harlow, deseo hablar con German — repitió pacientemente.

—Laura...

—¡Señora Harlow!

—Muy bien, pero no le entretengas demasiado. El avión a Manchester sale dentro de pocos minutos.

—Haré todo lo posible. Ahora, si no tiene inconveniente...

—De acuerdo — Lisa estaba tensa —. Voy a avisarle.

Lisa Harlow ya no parecía la mujer segura de la noche anterior.

—No olvides que tienes que irte al aeropuerto dentro de unos minutos — pudo escuchar a Lisa decirle a German antes de que se pusiera al teléfono.

—¿Sí?

—German, siento mucho mi comportamiento de hace un momento, no estaba bien despierta. Perdona, no era mi intención estar tan impertinente.

No contestó durante largos y dolorosos segundos.

—¿Sueles despertarte siempre de mal humor? — preguntó por fin.

—Sí — Laura rió aliviada ante su tono provocativo.

—Tendré que recordarlo.

—¿En serio?

—Tengo un buen remedio para ello.

—Tú... — la intimidad de su tono la hizo ruborizarse.

—¿Te estás sonrojando? — él rió sensualmente.

—Sí.

—A veces se me olvida lo joven que eres. ¿Todavía me amas? — bajó la voz, dando la impresión de que no quería que nadie escuchara la conversación.

—Sí — respondió al momento.

—Trataré de estar de vuelta el miércoles o el jueves. James ha tenido problemas en Manchester. Regresaré para llevarte a la fiesta de la compañía el viernes. ¿No has olvidado que irás conmigo?

—¡Espero con ilusión ese día!

—Yo también. Me tengo que marchar, Laura. Si pudieras pasar el lunes con Diane ayudándole a hacer el trabajo que haya quedado pendiente, te lo agradecería. James seguramente regresará el jueves.

Cuando estaba a punto de colgar el auricular le pareció escuchar otro clic, como si se hubiera colgado otro auricular. ¿Habría estado Lisa Harlow oyendo la conversación por otro aparato?

James Courtney volvió el jueves, y mantuvo a todo el personal ocupado.

German no volvió a llamarla por teléfono y el jueves por la noche estaba muy nerviosa. Él había dicho que volvería a tiempo para acompañarla el viernes por la noche, y no había dado señales de vida.

Al no verlo en la oficina el viernes, no supo qué hacer y estuvo a punto de preguntarle a James Courtney si sabía algo de German. Por casualidad James mencionó el asunto antes de salir de la oficina aquella tarde.

—¿Puedes venir a mi despacho un momento, Laura?

—Sí, por supuesto — miró de reojo a Dorothy y Janice que se estaban despidiendo a toda prisa. Había tenido que soportar los comentarios.

—Deja de preocuparte — dijo en tono brusco James Courtney —. ¡Por Dios, eres una fierecilla! Sólo quiero transmitirte un recado de German. Aunque no estoy seguro si debería hacerlo. Tú...

—¿De German? — interrumpió ansiosa —. ¿Ha tenido noticias suyas?

—Todos los días. ¿Tú no? — James Courtney frunció el ceño.

—No — admitió de mala gana.

—Me parece bien. German está en Manchester para trabajar, no para pasarse horas en el teléfono hablando contigo.

—Señor Courtney...

—Cálmate, Laura. German llegará esta noche.

—¿De verdad? — su expresión se iluminó.

—Sí. Por desgracia no podrá llegar a tiempo para acompañarte a la fiesta de la compañía....

—¡Oh!

—Tengo entendido que ibas a ir con él.

—Sí — reconoció, decepcionada.

—Ahora irás conmigo — le informó James Courtney con evidente placer.

—¡Ah, no! — Laura frunció el ceño.

—Y yo que creía que eras como un ratoncito — suspiró, moviendo la cabeza —. ¿Amas a German? — preguntó de improviso.

—Apenas lo conozco y no veo por qué tiene que importarle a usted.

—German ha sido como un hijo para mí, me gustaría verle feliz.

—No creo que deba discutir esto conmigo.

—German me dio a entender lo contrario.

—¡Sí!

—Bien — indicó su aprobación con su inclinación de la cabeza —. ¿Ya has conocido a Lisa? — añadió de pronto.

—Sí.

Su semblante debió expresar en algún momento su disgusto.

—¿Tampoco a ti te cae bien? — Courtney rió.

—No la conozco — replicó Laura con tacto.

—Cinco minutos en compañía de ella bastan para saber todo lo necesario acerca de esa dama. Sólo Felicity y German parecen haber estado ciegos a sus defectos, Felicity porque la consideraba su amiga, German... bueno, tendrá sus propias razones.

—Tal vez — la voz de Laura era fría.

—Ella tratará de separaros, a German y a ti...

—Señor Courtney...

—Escúchame, Laura. Conozco a Lisa desde hace muchos años, y ella no me gusta. Por desgracia, ha logrado volverse indispensable

para German... en lo que se refiere a Natalie, y sólo en lo que concierne a la niña, espero. Me parece que has conocido a mi nieta — su expresión se suavizó.

—German y yo la llevamos al zoológico el sábado.

—Eso le encanta. ¿Te gustó? — preguntó de repente.

—Me pareció ador... Señor Courtney, quisiera marcharme a casa — comentó con aire formal —. Son más de las cinco, y....

—Jovencita, respeta a tus mayores — la miró alzando una ceja —. ¿O no crees que merezco respeto?

—No es eso... — se mordió el labio.

—No — suspiró —. Estoy siendo muy entremetido, es cierto. Dije en serio eso de acompañarte esta noche.

—Prefiero no ir — Laura movió la cabeza.

—German se nos unirá más tarde — le informó, observando su reacción.

—¿En serio? — preguntó sin aliento.

—Puede que llegue media hora tarde, una hora a lo sumo, no más tarde. Si yo te llevo, os encontraréis allí.

Ir a la fiesta con German ya habría sido bastante comentado, pero llegar con James Courtney, el director de la compañía, iba a causar sensación. Sin embargo eran tantas sus ganas de ver a German...

—¿A qué hora paso a recogerte? — James Courtney tomó la decisión en su lugar.

—A las siete y media — ¡la cara que pondría su madre cuando lo supiera! ¡Después de todo lo que le había comentado acerca de lo déspota que era el señor Courtney, más le valía mostrarse encantador cuando los presentara esa noche!

—German ya me había dicho lo encantadora que era usted — dijo sonriéndole a la señora Jamieson y apretándole la mano con fuerza.

—Es usted muy amable — su madre se sonrojó como una adolescente.

Laura miró a James, impaciente, al hacerle él un guiño.

—¿No es hora de irnos? Usted es el invitado de honor.

—Tonterías. Todos estarían muy contentos si yo no me presentara. Así beberían a su gusto.

—Sin duda, algunos lo harán de todos modos.

—Por supuesto. Me agradaría mucho que nos volviéramos a ver, señora Jamieson, cuando tengamos más tiempo para hablar.

—Sí — convino ella visiblemente deslumbrada por aquel

hombre.

—Señor Courtney — le mencionó Laura, no recordando haber visto a su madre actuar con tanta timidez ante ningún hombre.

—¡Qué señorita tan mandona! — le comentó a su madre, moviendo la cabeza.

—¡No es cierto! — la señora pareció escandalizada.

—German me dice que tengo el don de sacar lo peor de ella y en vista de lo que acaba usted de decir, debe tener razón. A decir verdad — añadió en tono conspiratorio —, me gusta — concluyó sonriéndole.

Cuando estaba de buen humor era irresistible y Laura comprendió que su madre estaba fascinada.

—Es usted un adulador — le acusó cuando se dirigían en su coche a la fiesta.

—¡No soy tan viejo! Y pienso que estás guapísima — rió con deleite.

Laura esperaba que German pensara lo mismo. El vestido que había comprado debía hacerla parecer mayor, pero más atractiva. Si a German le gustaba la sofisticación, ese vestido le agradaría. Era de tirantes, con el escote bastante exagerado. La falda caía en pliegues hasta las rodillas, los zapatos de tacón alto realzaban su estatura. El elogio de James afianzó su confianza y hasta que llegara German, iba a necesitar todo el apoyo moral posible. Ya no era acogida con agrado en el círculo de sus compañeros de trabajo.

—No necesita adularme, ni así pienso dejarle cortejar a mi madre — le confesó provocativa.

—Es una mujer muy atractiva — sonrió.

—Ya lo creo, pero usted es lo último que necesita en su vida.

—No es muy agradable lo que acabas de decir, Laura — se sintió herido.

—Tampoco lo es usted la mayor parte del tiempo.

—Me agrada tu madre, Laura. ¿Te opondrías a que la vuelva a ver? — James parecía formal.

—¿En serio lo desea? — Laura frunció el ceño sorprendida. — Mientras no te moleste. No quisiera ofender a nadie.

Considerando la falta de escrúpulos con que liquidaba a sus socios en los negocios, la sorprendía con sus sentimientos. Aunque su crueldad en los negocios no tenía por qué extenderse a su vida privada, de hecho, el amor por su nieta bastaba para probarlo.

—No tengo ninguna objeción siempre que mi madre tampoco la tenga — le consoló sonriendo —. ¿Por qué no la invita a ir mañana

al zoológico con Natalie? Oh, lo siento, disculpe mi atrevimiento.

—No llevaré a Natalie al zoológico mañana, sino que visitaré a un amigo mío que tiene una granja.

—¡Oh, eso le gustará a su nieta!

—¿Y a tu madre? — preguntó inquieto James.

—Le encantará estar con Natalie. Está un poco triste con mi hermano y conmigo por no habernos casado y haberle dado nietos.

—Entonces la llamaré por teléfono mañana temprano — parecía complacido por el giro que había tomado la conversación y hasta se había ruborizado un poco —. Deben haber pasado muchos años desde la última vez que invité a una mujer a salir conmigo.

—Pues entonces ya era hora que lo volviera a hacer — comentó burlona Laura —. De todas formas, usted está saliendo conmigo esta noche.

—Sólo hasta que llegue German, y entonces desaparecerás.

Estaba tan excitada ante la perspectiva de verle que ni siquiera notó que era el blanco de todas las miradas cuando fue a sentarse junto a James en la mesa principal.

La cena transcurrió muy triste para ella, y rechazó cada uno de los exquisitos platos que le servían.

—¡Por el amor de Dios, come un poco de queso! — murmuró James —. La gente está empezando a darse cuenta.

Ella lo complació riendo y mordisqueó indiferente un pedazo de un fuerte Cheddar.

—¿Está seguro de que German vendrá esta noche? Es muy tarde.

—Ya vendrá — le aseguró James.

—Sí, ¿pero cuándo? — suspiró.

—La paciencia no es una de las virtudes de la juventud.

Al terminar la cena, la orquesta comenzó a tocar y las parejas se dispusieron a bailar en la pista, las luces eran más tenues.

—Espero que German llegue pronto — gruñó James, mirando a sus empleados con el ceño fruncido —. Me suelo marchar cuando la fiesta llega a este punto.

Ambos estaban sentados en una mesa apartada y James había rechazado todas las invitaciones para que se unieran a la mesa de otros directores.

—Con su permiso, señor — Nigel Jennings se acercó a su mesa —. ¿Puedo sacar a bailar a Laura?

Una penetrante mirada fue todo lo que obtuvo por respuesta.

—¿Laura? — gruñó James.

—Con mucho gusto — se levantó y siguió a Nigel hasta la pista

de baile.

—Quizá no me corresponda a mí decirlo — declaró Nigel después de unos cuantos minutos de bailar juntos una melodía lenta —, pero ¿no te estás metiendo demasiado a fondo en esto, Laura? — la miró preocupado.

—A veces ocurre así — respondió, tratando de parecer jovial —. Ha sido una cena deliciosa, ¿no es cierto?

—¿Cómo puedes saberlo? — suspiró —. No has probado bocado.

—¡Me has estado espiando! — exclamó.

—Como casi todo el mundo en el salón. German y tú sois el tema de conversación de la compañía.

—¡Qué simpático! — comentó resentida.

—Tú estarías actuando igual si él hubiese demostrado tal interés por Janice, ¿no es cierto?

Los ejecutivos en una compañía tan importante como la Courtney siempre eran el blanco de especulaciones románticas. ¿Acaso Janice y ella no habían discutido los amores de German?.

—Supongo que sí — suspiró convencida.

—Sabes muy bien que sí. Y hablando de German... — estaba mirando por encima de su hombro hacia el pasillo de entrada.

Su corazón dio un vuelco y se volvió a tiempo para ver acercarse a German a la mesa de James Courtney. Estaba tan atractivo que su corazón empezó a latir apresurado.

Notó que él la miraba, si bien trataba de mantener una conversación con James. No parecía contento de verla.

—Quieres que te vuelva a llevar a tu mesa: ¿no es cierto? — Nigel suspiró.

Laura volvió a observar a German; su expresión era distante, le daba la impresión de estar viendo a un extraño.

—Cuando terminemos de bailar — afirmó ella.

—¿Estás segura? — frunció el ceño.

—Muy segura. Y no frunzas el ceño, la gente pensará que no estás a gusto bailando conmigo.

—Supongo que cuando dices «la gente» te refieres a German.

—Me refiero a la gente.

—De acuerdo — Nigel rió suavemente —. Espero que sepas lo que estás paciendo. A German no parece gustarle mucho verme contigo.

En vista de que se había marchado durante casi una semana y ni siquiera la había llamado por teléfono, Laura consideraba que tenía derecho a bailar con quien quisiera. No quería parecer demasiado

ansiosa.

—Esta canción es una de mis favoritas — comentó, aunque nunca la había oído.

—Sí, cómo no — se burló Nigel.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para seguir bailando hasta que la música terminara; era consciente de que German la observaba.

—Ha sido maravilloso, gracias — le sonrió a Nigel.

—Si creyera que prefieres bailar conmigo que estar con German sería un hombre feliz, pero no tengo la costumbre de engañarme.

—Nigel...

—Oh, vamos — la cogió de la cintura, acompañándola a salir de la pista de baile —, al menos dame el gusto de ver a German celoso.

—Nigel... — empezó otra vez..

—No lo tomes demasiado en serio, Laura. No le hará daño tener un poco de competencia — le sonrió irónico.

James Courtney y German se pusieron de pie cuando ella y Nigel se acercaron a la mesa y la mirada de Laura se posó al instante en el gesto pensativo de German. ¡No parecía muy acogedor!

—Una hermosa dama devuelta sana y salva — Nigel no le quitaba la mano de la cintura—. Me alegro de que hayas podido unirte a nosotros, German.

—A mí también — respondió él, volviéndose a sentar.

—Si no hubieses llegado — continuó Nigel —, hubiera robado a Laura.

Laura contuvo la respiración ante la deliberada provocación de Nigel.

—¿De verdad? — era obvio que German no se iba a dejar provocar. Nigel también debió darse cuenta de ello y pidió disculpas.

—Quizá podamos volver a bailar juntos más tarde, Laura.

—Tal vez — convino ella, sentándose cuando por fin la soltó. Nigel atravesó el salón para reunirse con sus amigos.

—Espero que me disculpéis. Quiero charlar un rato con Bill Davies antes de marcharme — James Courtney se puso de pie.

—¿Y se va? — Laura se inquietó al saber que se quedaba a solas con German, viendo el estado de ánimo en que se hallaba él.

—Pues sí — respondió haciendo una mueca de hastío —. ¿Le dirás a tu madre que la llamaré mañana temprano?

—Por supuesto — respondió sonriendo. La sonrisa se desvaneció en cuanto se hubo marchado, y no se atrevía a mirar a German

ahora que se habían quedado los dos solos.

—¿Qué ha querido decir exactamente con que llamaría mañana a tu madre? — preguntó encendiendo un puro.

—Tu suegro quiere invitar a mi madre a pasar el día juntos mañana.

—Así que ya se han conocido — comentó tenso.

—Esta noche — asintió ella.

—Tenía la corazonada de que tu madre le iba a agradar a James. ¿Qué tal has pasado esta semana? — cambió de tema.

—Muy ocupada, intentando recuperar el ritmo normal.

—Es lo que me ha dicho James.

Laura sabía que la situación sería un poco tensa entre ellos, después de no haberse visto durante una semana, ¡pero no esperaba que estuviesen así, como dos extraños intercambiando cortesías!.

—¿Qué tal tu semana?

—Muy ocupada también. ¿Estuvo la tuya muy «ocupada» con Nigel Jennings? — preguntó irritado.

—¿Nigel? — se sobresaltó.

—Sí — insistió —. ¿Le has estado viendo esta semana?

—No, por supuesto que no. Recuerdo que me dijiste que no era asunto tuyo lo que yo hiciera cuando no estoy contigo.

—Y a mí me parece recordar que eso fue antes de confesarme que me amabas.

—¡Eso no es justo! — el color se le subió a las mejillas.

—Nadie ha dicho que el amor lo sea — respondió burlón.

Laura trató de contener su ira.

—Tampoco fue muy justo por tu parte hacerme admitir mis sentimientos hacia ti.

—¿No lo fue?

—¡No, no lo fue! ¡Y si no tienes nada mejor que hacer que atormentarme, yo sí! — se levantó —. Estoy segura de. que a Nigel le gustará que me vaya con él.

—Ya lo creo — German también se puso de pie —, pero tengo otros planes para ti… — la asió del brazo manteniéndola a su lado —. Y me incluyen también.

—¿Sí? — tragó en seco.

—Sí, vámonos de aquí. Una semana es mucho tiempo.

Laura se sonrojó ante la prisa con que German la sacó del hotel para llevarla hasta el coche.

—German… — se volvió para mirarlo, aturdida.

—¿Sí? — preguntó tenso, mientras, el Jaguar se desplazaba por

la ciudad.

—¿Qué sucede?

—Te lo diré dentro de un momento — la miró de reojo.

«En un momento» fue cuando aparcaron frente a la casa de Laura y no se lo dijo, se lo demostró, apagando el motor para volverse y abrazarla, besándola con una intensa pasión.

—¡German! — murmuró cuando por fin dejó sus labios para besarle el cuello y los hombros.

Se apartó de ella suspirando, al apoyar su frente en la de Laura.

—Me hacía falta esto — respiró profundamente —. Nunca pensé que una semana me parecería tan larga.

—¿Ah, no?

—No — sonrió, acariciando con un dedo sus labios entreabiertos —. Lo siento, está claro que nunca puedo ser amable contigo. Suelo enfurecerte con tanta vehemencia que toda amabilidad queda excluida. No he querido hacerte dado, ¡pero cuando llegué esta noche y te vi con Jennings!... — sacudió la cabeza —. Eso no ayudó a calmarme.

Laura le acarició la mejilla, contemplándolo con adoración.

—¿Por qué estabas tenso? — preguntó, adivinando ya la razón; su pasión de hacía unos minutos había sido inequívoca.

—¿Te está esperando tu madre en casa? — sus ojos brillaron en la oscuridad.

—Ni siquiera está en casa — miró su reloj de pulsera —. No volverá hasta dentro de una hora por lo menos.

—Invítame a tomar un café en tu casa y te demostraré por qué estaba tan tenso.

—¿A tomar café?.. — le miró, feliz de recobrar al German que amaba.

—Olvida el café — gruñó con voz ronca —. Sólo invítame a tu casa. Le miró, recorriendo con sus dedos la rígida mandíbula.

—No estoy segura si debería.

—¡Anda, invítame! ¡A menos que quieras que te haga el amor en el asiento trasero de un coche!

—Muy bien, está usted invitado — sonrió ella.

—¡Bendito sea Dios! — se reclinó con un suspiro.

Laura era consciente de la forma tan posesiva con que la agarraba por la cintura mientras subían a su apartamento.

No había metido la llave en la cerradura cuando la puerta se abrió.

—¡Martin! — exclamó, tenía ante sí a su hermano. La grata

sorpresa casi la hizo llorar y el placer de verlo le hizo olvidar la razón por la que German estaba allí.

Notó la tensión entre los dos hombres y el aire pareció cargarse de la hostilidad provocada por su mutuo desagrado.

CAPÍTULO 6

LAURA SE acercó a su hermano para abrazarlo, pero se detuvo perpleja cuando vio que los dos hombres seguían observándose con cautela. Era indudable que a Martin le disgustaba ver a German y el sentimiento parecía ser mutuo, porque él ardiente amante de hacía unos minutos se había convertido en un ser duro y hostil.

—Martin, te presento a...

—Ya sé quién es — interrumpió con voz fría, distinta a su habitual tono amistoso —. ¿Qué estás haciendo con mi hermana, Maitland? — atrajo a Laura a su lado, clavando en el otro hombre una mirada llena de odio. Martin era atractivo de pelo negro y ojos castaños y gozaba de popularidad entre el sexo opuesto.

—¡Martin! — exclamó Laura apartándose de su lado —. Martin, no le puedes hablar a German así — le miró indignada.

—¿Ah, no? Creo que sí. Te he hecho una pregunta, Maitland.

—Una que no necesita respuesta — respondió German, muy tranquilo y controlado —. Es evidente que estoy acompañando a Laura a su casa después de haber pasado una velada juntos.

La boca de Martin se torció en una mueca de enfado.

—¿Y por qué estás saliendo con mi hermana?

—Eso también debe resultar evidente — agregó burlón.

—Para mí lo es — respondió Martin irritado —. Dudo que lo sea para Laura.

Era bastante extraño que Martin llegara sin avisar a nadie, pero su actitud frente a German, y la reacción de este último, era aún más enigmática.

—Estoy seguro de que Laura sabe por qué salgo con ella — aseveró German.

—Lo dudo — contestó Martín con brusquedad.

—¿De verdad?

—¡Sí! y no te dejaré — hacerlo, Maitland, no te permitiré hacer daño a Laura del mismo modo que heriste a...

—Eso pertenece al pasado, Jamieson — interrumpió encolerizado German —. Y no fui yo quien lastimó a nadie.

—Martin... — Laura seguía sin entender lo que sucedía.

—No te metas en esto, Laura, no tiene nada que ver contigo — su hermano ni siquiera se volvió a mirada.

—Todo lo contrario — corrigió German —, creo que tiene mucho que ver con ella.

—Sólo por culpa tuya — acusó Martin.
—No — denegó German con la cabeza —.Por tu error. Laura no tiene por qué saber nada sobre el pasado.
—Sí tiene que ver puesto que es la única razón por la que has estado saliendo con ella. No te dejaré herir a mi hermana — gruño Martin —. Cuando me fui a Estados Unidos dejé bien claro que no volverías a saber nada de mí. Tú has revivido el pasado. Y no voy a permitirlo. No estando Laura en medio.
—Martin, por favor...
—Creo que tiene razón, Laura — le indicó German con suavidad —. Por el momento será mejor que te mantengas fuera del asunto. Tu hermano tiene una exagerada opinión de su importancia…
—Exagerada no, Maitland. No considero cincuenta mil libras exagerado en absoluto — dijo Martin burlón.
—¿De qué estás hablando? — German palideció.
La boca de Martin se torció en una mueca de amargura.
—Mi retribución. Pues bien; ahora, te la devuelvo…aléjate de mi hermana, o todo se sabrá.
German se acercó amenazante hacia él, deteniéndose en el último momento.
—No sé lo que intentas decirme.
La risa de Martin le interrumpió.
—Sí que lo sabes. Puede que nada me importe en esta vida y que sea un desgraciado, pero tú eres aún peor. Laura es inocente de todo esto y no voy a dejar que la hagas daño.
—Yo no la he...
—Todavía no, pero lo habrías hecho. Y ambos sabemos por qué.
—¿Ah, sí? — suspiró German.
—¡Oh, sí! Y quizá sería mejor que ella se enterase. Así no tendré que alejarla de ti, puesto que no le quedarán ganas de volver a acercarse a ti.
—¿A qué viene tanta amenaza? Laura no ha sido afectada... — la voz de German era áspera.
—¡Y no lo será!
—¡Martin! — exclamó por fin Laura, atónita y muy pálida —. ¿Puedes hacer el favor de explicarme qué sucede?
—Venganza es lo que sucede — reveló tenso.
—¿Venganza? — frunció el ceño —. ¿Por qué?
—Por haber sido el amante de su esposa.
—¿Qué... qué has dicho? — le miró incrédula, dejándose caer en el sillón más cercano.

—Felicity Maitland y yo tuvimos una aventura — le confesó su hermano —. Y ahora él se propone tener una contigo.

—¿Qué te hace creer ser más digno de venganza que cualquiera de los otros? — German hizo una mueca de desdén.

—¿Qué otros? — por un momento Martin pareció desconcertado —. ¡No hubo ningún otro!

—Podría probarte que sí.

—Claro que podrías — dijo Martin —. No me cabe la menor duda de que hombres como tú podrían «probar» lo que sea.

—Jamieson...

—German — Laura por fin recobró la voz, no pudiendo creer lo que escuchaba —. German, ¿es cierto? — tenía el presentimiento de que sabía la respuesta desde antes de que se la dijera; explicaría tantas cosas, empezando por su interés en alguien tan insignificante como ella.

—En parte, sí — suspiró —. Pero no tiene nada que ver con la relación entre tú y yo.

—¿Tú y yo? — su voz era un chillido —. ¡No hay ninguna relación entre tú y yo!

—Laura...

—Ya lo has oído — intervino Martin —. No te ha salido bien la jugada, reconócelo.

—¡No reconozco nada! — estalló iracundo German, mostrando el temperamento que la señora Jamieson había sospechado —. Laura y yo no tenemos nada que ver con el hecho de que tú y mi esposa fuerais amantes. Puedes pensar lo que quieras de Felicity, ya no me interesa. Sin embargo no permitiré que tergiverses los hechos ante Laura. Laura...

—¡Aléjate de mí! — retrocedió ante la mano que él le tendía.

—Laura...

—¡Aléjate de ella, Maitland! — Martin le empujó, apartándolo.

—Nunca vuelvas a hacer eso — amenazó —. Nunca, si quieres que tu cara siga teniendo la misma apariencia.

Su frialdad surtió más efecto que la violencia física con que amenazó, y Martin retrocedió unos pasos.

German se inclinó frente a Laura, sin tocarla, pero mirándola como si quisiera hacerlo.

—Laura, tienes que creerme — le dijo suavemente.

—¡No puedo! — negó con la cabeza, rompiendo a llorar sin poder contenerse más —. Todo esto explica muchas cosas: la repentina manera en que me invitaste a salir, la forma en que te las

ingeniaste para que me sintiera atraída por ti, la… la manera en que me hiciste admitir mi amor por ti…

German suspiró.

—Hay otra explicación mucho más simple si quieres escucharla. Ven conmigo, Laura. Déjame explicarte…

—Creo que ya has dicho lo suficiente esta noche — intervino Martin agresivo —. Y por lo que he escuchado creo que he llegado a tiempo. Laura ya no trabajará contigo…

—¡Oh, sí, sí seguiré trabajando! — interrumpió sorprendiendo a los dos hombres. Se limpió las lágrimas con la palma de la mano —. Yo seré quien decida cuándo dejaré la compañía Courtney y no lo haré por verme forzada a ello. Y ahora perdonarme, vuestra discusión ya no me interesa — se levantó.

—¡Laura, por el amor de Dios!

Ni siquiera se volvió para ver a German implorante, manteniendo su dignidad hasta encontrarse a salvo en su habitación.

¡Martin y Felicity Maitland! Apenas podía creerlo y sin embargo sabía que era verdad. Y German la había utilizado para vengarse de ellos. Todo el tiempo había notado algo raro en su relación con él; a veces tan reservado, pero nunca se podía haber imaginado que su actitud, a menudo tan fría podía ocultar semejante crueldad.

Se había propuesto enamorarla, su acoso había sido despiadado, y esa noche probablemente habría conseguido su venganza final: Laura no dudaba que si Martin no hubiese estado allí para revelarle toda la verdad, German y ella estarían haciendo el amor.

Todavía podía oír las voces violentas en la otra habitación, era evidente que los dos hombres seguían discutiendo. Luego la puerta de la entrada fue cerrada con violencia y Laura supo que German se había ido.

Martin llamó a la puerta de su habitación antes de entrar.

—¿Puedo hablar contigo? — le preguntó gentilmente.

—¿Queda algo por decir? — sollozó.

—Creo que sí — se sentó al lado de ella, en la cama.

—¿Por qué has venido, Martin? — su voz se quebró —. ¿Porqué has tenido que echado todo a perder?

—No lo he echado a perder, querida. No había nada que echar a perder, en realidad. Maitland te estaba utilizando. ¿Eso era lo que querías?

Ella se mordió el labio para que dejara de temblar.

—¿Cómo te enteraste… de lo de German y yo?

—Mamá me escribió contándomelo, parecía bastante contenta con vuestra relación Cuando tú me mencionaste que ibas a trabajar en la Courtney me sentí un poco inquietó, ¡pero cuando mamá me informó que estabas saliendo con German Maitland!… tomé el primer avión a casa.

Laura se enjugó las lágrimas, secándose las mejillas con un pañuelo.

—Cuéntame… dime que pasó entre tú y… Felicity.

—No hay mucho que explicar, Maitland se ocupó de ello — Martin suspiró.

—¿Cómo la conociste?

—En una fiesta de la compañía hace tres años.

Laura se atragantó ante semejante ironía. ¿Quién sabe lo qué hubiera sucedido después de la fiesta de la compañía esa noche de no haber estado en casa Martin?

—Ella era muy infeliz con Maitland — prosiguió Martin.

—¿Por qué?

—A Felicity ni siquiera le gustaba hablar de él — movió la cabeza.

—¿Estabais muy… unidos?

—Sí, mucho — confirmó, sonrojándose —. Durante unos tres meses, hasta que Maitland se enteró y le puso punto final. Yo estaba enamorado de Felicity, quería casarme con ella.

—¿Sabes… que murió?

Se puso de pie intempestivamente, cerrando los puños.

—Sí, me… me enteré de ello, Lisa y yo nos mantuvimos en contacto.

—¿Lisa?…

—Lisa Harlow. Ella era la única amiga que teníamos Felicity y yo.

—¿Cómo?

—Ella era nuestra celestina. Felicity y yo solíamos concertar nuestras citas a través de Lisa.

Laura frunció el ceño. Parecía que Lisa quería controlar a la gente que había a su alrededor, siempre en medio de la situación. Aquella mujer había alentado el romance de Felicity con Martin y sin embargo German confiaba en ella, le había encomendado el cuidado de su hija.

—De alguna manera Maitland se enteró — Martin frunció el ceño.

¿Acaso Lisa tuvo que ver en ello también? No era descabellado

suponerlo, después de todo quería a German para ella y si Felicity le dejaba por otro hombre ella tendría libre el camino. Sólo que no había resultado así. Felicity había permanecido con German y le había dado una hija.

—¿Qué sucedió?

—Maitland trató de darme dinero para librarse de mí…

—¡Las cincuenta mil libras! — exclamó.

—¡Sí, maldita sea! Por supuesto, no las acepté y en vez de ello me fui. Felicity era tan dulce... e inocente. Había algo tan... tan puro en ella. Durante toda su vida había sido protegida y consentida, primero por su padre y luego por Maitland, mientras que yo no tenía nada que ofrecerle. Así que me marché a Estados Unidos — su voz estaba llena de amargura —. Y luego Lisa me escribió informándome que Felicity había muerto — su voz se quebró por la emoción —. Debí habérmela llevado conmigo, pero no tenía nada que ofrecerle, no podía proporcionarle el lujo al que estaba acostumbrada. Todo lo que yo le ofrecía era una vida de pobreza. No podía hacerle eso.

—¡Oh, Martin! — se acercó a él, abrazándolo —. ¡Cuánto lo siento! Mamá y yo nunca supimos por lo que, estabas pasando.

Siempre nos has parecido un donjuán.

—Lo era... lo soy, pero amaba a Felicity.

Y ahora ella amaba a German… y él sólo había deseado hacerla sufrir. ¿Cuándo le habría dicho la verdad? ¿Esta noche, después de haberle hecho el amor?

—Maitland es un desgraciado — dijo Martin en tono agresivo, como si adivinara sus pensamientos —. Todo lo que le importa es tomar posesión de la compañía Courtney. No podía permitir que Felicity lo abandonara porque quería hacerse cargo del puesto de James Courtney con el tiempo, así que la dejó embarazada.

Laura se quedó boquiabierta por el odio en la voz de su hermano. ¿Sería verdad todo lo que le estaba contando o sería el producto de la ira de un hombre que había perdido a la mujer amada? Podían ser las dos cosas.

—Mamá no tiene que saber nada de esto — advirtió Martin —. Se llevaría un gran disgusto.

Laura podía comprenderlo.

—¿Entonces cómo le explicamos tu repentina aparición? — preguntó frunciendo el ceño.

Se encogió de hombros.

—Quizá... ¡Ya sé! Dile que nos pusimos de acuerdo para darle

una sorpresa por su cumpleaños, que es la próxima semana. Ella lo creerá.

No resultó extraño que así fuera y el tema de Felicity y German Maitland fue olvidado en cuanto su madre llegó a casa. La señora Jamieson estaba encantada de tener a su hijo en casa aunque sólo fuera por unos días.

Laura llevaba ya varios minutos acostada en su cama cuando recordó el recado de James Courtney para su madre. Ésta todavía permanecía despierta cuando Laura entró en su cuarto.

—¿No es estupendo que tengamos a Martin en casa? — sonrió feliz.

—Sí — convino, expresando más de lo que su madre podía concebir. Si no hubiese regresado en ese momento... pero sí lo hizo y no quería pensar en lo que hubiera sucedido.

La señora pareció notar su preocupación.

—¿Algo anda mal, querida? — preguntó frunciendo el ceño.

—Nada. — le sonrió —. El señor Courtney quedó muy impresionado contigo.

—Es un hombre muy distinguido, ¿no es cierto? — la señora Jamieson se ruborizó.

—Pues ese hombre tan distinguido está loco por ti — dijo Laura provocativamente —. Tanto, que quiere invitarte a salir mañana.

—¡Ah, sí! — exclamó su madre.

—Te va a llamar por teléfono mañana temprano. Se preguntaba si te gustaría pasar el día con él y Natalie.

—Es una niña tan agradable. ¿Llegó German a tiempo?

—Sí, allí estaba. Regresó muy tarde de Manchester — apartó la mirada.

Su madre pareció inquietarse, pero no hizo ningún comentario.

—¿No habréis discutido?

—Bueno, pues... sí — admitió Laura de mala gana —. German se enfadó por el tiempo que pasé con Nigel Jennings — inventó.

—Ya se le pasará. Si está celoso entonces debe ir en serio la cosa — añadió pensativa.

—No.

—Claro que sí, Laura. Un poco de celos no le harán daño. Está demasiado seguro de sí mismo — sonrió.

—No entiendes, mamá. German y yo… no estamos… bueno...

—Ya caerá — le aseguró su madre —. Verás, lo primero que hará mañana será llamarte por teléfono.

—No, no lo hará — Laura negó con la cabeza —. Y no quiero

que lo haga.

—Claro que sí quieres.

—No, no lo deseo. Me, he dado cuenta que prefiero a Nigel Jennings.

—¿Quién es Nigel Jennings? ¿En dónde le has conocido?

—También trabaja en la Courtney.

—¿ Y le prefieres a German? — expresó como si eso no pudiera ser posible.

—Es mucho menos complejo, y…

—Y aburrido, me imagino. No puedes hablar en serio, Laura — la señora Jamieson parecía escandalizada.

—Pues sí — respondió con firmeza.

—Pero Laura...

—Lo siento, mamá, así son estas cosas. Eso no impide que salgas con el señor Courtney — Laura esperaba que Nigel la perdonase por utilizar su nombre, pero sabía que sería más creíble si su madre pensaba que ella estaba interesada en otra persona.

—Por supuesto que no. Pues bien, a mí también me agradó — se sonrojó ante la mirada provocativa de Laura.

—Y por qué no, es un hombre muy atractivo — Laura se dirigió hacia la puerta.

—Laura...

La joven se volvió.

—En cuanto a German.

—Ya te lo he dicho, no pienso volver a verlo.

—Laura…

—Por favor, mamá, estoy cansada, me quiero ir a dormir.

—Es que no entiendo…

—No hay nada que entender. Todo ha terminado entre German y yo — su voz se quebró.

—No lo dices muy convencida.

—Pues, sí, eso es lo que quiero — si no se refugiaba pronto en la intimidad de su habitación rompería a llorar, demostrando que todo era mentira.

—¿Dijo el señor Courtney a qué hora me llamaría? — preguntó la señora.

—Hacia las diez — Laura salió rápidamente hacia su cuarto.

Seguía sin poder creer lo que había pasado. German había interpretado muy bien su papel, su actuación de esa noche como el amante celoso había sido muy convincente.

No sabía cómo se volvería a enfrentar a él, ¡pero lo haría! Y

sería con orgullo. Quizá Nigel no tendría inconveniente en ayudada.

A la mañana siguiente, James Courtney llamó a las diez en punto.

Cuando Martin se levantó, su madre ya se había ido.

—Estaba muy cansado — dijo para disculparse por haberse levantado tan tarde —. ¿No está mamá?.

Laura evitó mirarlo a los ojos, bebiendo su café.

—Va a pasar el día fuera con un amigo — no tenía intención de decirle con quién, ya que no había razón para pensar que James Courtney le agradara más que German.

Martin se sentó frente a ella a la mesa de la cocina.

—Te veo desanimada.

—Tú tampoco pareces estar muy bien — respondió haciendo una mueca.

—Lo siento mucho, hermanita — suspiró —. Es culpa mía.

—Si alguien tiene la culpa soy yo. Debí darme cuenta que German no se interesaría por mí, sin una razón.

—No dijiste en serio eso de que te quedarías en la Courtney.

—Sí, hablé en serio — respondió con firmeza.

—No puedes...

—Sí puedo y lo haré.

—Laura, admito tu temple. Maitland te puede hacer la vida imposible si quiere.

—No trabajo para German, trabajo para James Courtney.

—Él piensa que su yerno es un santo. Adoraba a Felicity, y no logró ver nada malo en German Maitland, a pesar de que sabía lo desdichada que era su hija con él — frunció el ceño.

A Laura le parecía que si Felicity Maitland fue tan infeliz habría dejado a German a pesar de todo. No quería hablar de ese tema con Martin, porque comprendía que él seguía sufriendo por ese motivo y no se había equivocado en cuanto a su antipatía por James Courtney; ¡menos mal que no le había dicho que su madre había salido con él!

Martin se sirvió café.

—Voy a ir a ver a algunos amigos. ¿No te importa quedarte sola?

—No, no te preocupes — lo tranquilizó, preguntándose si Lisa Harlow sería una de esas «amigas» que iba a ver —. ¿ Cuánto tiempo piensas quedarte en Inglaterra?

—No estoy seguro — alzó los hombros —. Lo suficiente para asegurarme de que Maitland permanece alejado de ti.

Laura sonrió apesadumbrada.

—Ya soy mayor, Martin. No volveré a cometer el mismo error.

—Maitland puede ser muy persuasivo — le advirtió con amargura —. ¿Por qué crees que Felicity se quedó a su lado tanto tiempo?

Laura suspiró ya indiferente a las razones por las que Felicity Maitland había hecho todo lo que hizo.

—Martin, ya no tengo cuatro años y tú quince. Soy adulta. Cometeré mis propios errores y aprenderé de ellos — hasta donde recordaba, Martin siempre le había ayudado en todos sus problemas. Ya, era tiempo de que ella se resolviese su vida, sin ayuda de nadie.

Martin por lo visto no tenía tiempo de discutir con ella; se fue a su habitación a cambiarse de ropa antes de salir.

Cuando escuchó el timbre del teléfono, Laura tuvo la sensación de que era German. No respondió. ¿Por qué no la dejaba en paz y aceptaba que había perdido?.

Una hora más tarde llamaron a la puerta con insistencia. Era German, estaba segura, se asomó a la ventana y vio su coche aparcado abajo.

—¡Laura, abre la puerta! — ordenó firmemente —. Sé que estás ahí — añadió de nuevo.

Era imposible que lo supiera a menos que ella le respondiera y no tenía la menor intención de hacerlo.

—¡Laura, por el amor de Dios! — su voz era ronca —. Tu hermano y Felicity no tienen nada que ver con nosotros.

Cielos, si no dejaba de gritar los vecinos empezarían a asomarse.

—¡Vete de aquí! — exclamó.

—Déjame pasar, Laura — dijo en tono persuasivo —. Podemos hablar.

—No tenemos nada que decirnos. Y ahora, si pudieras hacer el favor de marcharte, tengo una cita esta tarde — inventó

—¿Con Nigel Jennings? — gruñó.

—¿Con quién sino? — se burló.

No escuchaba sonido alguno proveniente del otro lado de la puerta, y retenía su respiración esperando la reacción de German. Finalmente, lo oyó alejarse, y abandonar el edificio. Corrió hasta la ventana y le vio entrar en su coche.

Se había marchado y esta vez para siempre. ¿Por qué no se sentía feliz?

Cuando su madre volvió con James Courtney les preparó el té;

acostó a la soñolienta Natalie en su alcoba antes de reunirse con la pareja en el salón.

—¿Habéis pasado un buen día? — sonrió Laura.

—Excelente — le respondió James —. ¿No hay un poco de azúcar? — preguntó deliberadamente, porque ni ella ni su madre la tomaban. ¡Ni tampoco James!

—Yo iré — se ofreció la madre, desapareciendo en la cocina antes de que Laura pudiera detenerla.

—Mi madre parece que se lo ha pasado muy bien — comentó Laura. Está feliz...

—Laura...

—Y por lo visto Natalie también ha disfrutado mucho — la pequeña estaba rebosante de salud, con sus mejillas sonrosadas —. ¿No fueron a…?

—Laura, cállate — gruñó James —. No quiero hablar, en este momento, del día que hemos pasado. Tu madre me ha dicho que tú y German habéis tenido una discusión.

¡Su madre se lo había dicho! Con razón tardaba tanto en traer el azúcar.

—El que hayamos o no...

—No me vengas con que no es asunto mío — la interrumpió James —, porque sí lo es ahora. Dime, ¿qué ha hecho para enfadarte?

Recordando cómo todo el mundo decía que James Courtney idolatraba a su hija, Laura sabía que a ese hombre nunca se le podría contar la verdad. Y su afecto por German era sincero, los dos hombres parecían padre e hijo. James Courtney había perdido a su hija, no merecía perder su recuerdo también.

—German es demasiado arrogante...

—Claro que lo es — la interrumpió impaciente —. No lo consideraría un sucesor digno si no lo fuera. ¿Qué otros defectos tiene, según tu?

—Es autoritario...

James elevó los ojos al cielo.

—Pensé que había intentado violarte cuando tu madre me dijo que estabas disgustada con él.

—¡Siento mucho decepcionado! Yo diría que German es demasiado frío para siquiera tener ganas de violar a alguien.

—Así que eso es — suspiró —. No ha sido suficientemente apasionado contigo. ¿No piensas que quizá te respeta demasiado para intentar algo semejante?

Aquello se alejaba tanto de la verdad, que tuvo ganas de llorar.

—Señor Courtney…

—Llámame James, muchacha. No creo que te cueste mucho esfuerzo, a juzgar por cómo me has contestado en algún momento.

—Lo siento mucho… — se sonrojó.

—Y no me vengas con excusas — dijo con brusquedad —. — No soporto a las mujeres que se pasan la vida pidiendo perdón.

—¡No me la paso pidiendo perdón! — gritó —. Lo que pasa es que…

—¡Laura! — su madre llegó apresuradamente al vestíbulo —. ¡No permito que le hables a James en ese tono!

—No tiene importancia, Joan — intervino —. La mayoría de las jóvenes hablan así actualmente. Ahora, escucha, Laura…

—¡El tema de German está cerrado! — Laura se puso de pie enfadada —. ¡Por lo menos a lo que a mí se refiere!

—Pero…

—Si quiere usted saber algo más, señor Courtney, sugiero que lo discuta con German. Con su permiso — y corrió a su habitación, olvidando que Natalie estaba dormida sobre su cama. La niña parecía tan angelical, sus largas pestañas sobresalían sobre sus regordetas mejillas, sus bracitos estirados en completo abandono, dormía con placidez sin sospechar el caos que su padre había causado en la vida de Laura.

CAPÍTULO 7

CUANDO NATALIE despertó, la llevó al salón, y la sirvió un vaso de leche. German no merecía tener una hija tan adorable.

—Le gustas — comentó James Courtney.

Laura lo miró a los ojos. El humor del hombre se suavizó.

—A Natalie le gusta todo el mundo — respondió Laura, entregando la niña a su abuelo—. Hasta su padre — añadió con amargura.

—Laura...

—Con su permiso — dijo fríamente —. Tengo cosas que hacer en mi cuarto.

—Jovencita, va usted a escucharme.

—Creo que Natalie debe tener hambre — le comentó a su madre, ignorando a James Courtney.

—Pastel — pidió la niña.

—Entiende bien cuando se trata de comida — expresó su abuelo con orgullo.

Laura regresó a su habitación, dejando que su madre y James dieran de comer a la niña. ¿Acaso alguien había amado a otra persona tanto como ella amaba a German? Deseaba que pasase el tiempo para olvidar el dolor que sentía.

Oyó que James se marchaba media hora más tarde y no le extrañó cuando su madre llamó a su puerta pocos minutos después.

—German te ha herido, ¿no es cierto? — preguntó con ternura. Los ojos de Laura se llenaron de lágrimas.

—Si — admitió secamente.

—Eso me imaginé. No te estás comportando como mi Laura.

—Le pediré excusas al señor Courtney el lunes.

—A él también lo tienes preocupado.

—Sí — y sabia que era cierto. Debajo de toda su hostilidad él era muy cariñoso —. ¿Qué tal has pasado el día? — le preguntó para cambiar de tema.

—Estupendamente — respondió Joan, sonrojándose.

—¿Y piensas volver a verlo?

—Pues... creo que sí. ¿Qué piensas tú, querida?

—¿Te sigue gustando?

—Sí.

—Entonces, por supuesto que debes volver a verlo — sonrió Laura. — Esperaba que dijeras eso. ¿Crees que a Martin le parecerá

bien?

—Pues... yo no se lo diría a Martin por el momento. Después de todo, él no te pregunta si te importa con quien sale.

—Supongo que no. Debo estar preocupándome más de lo necesario.

Aun cuando deseaba que su madre fuera feliz, que se volviera a casar, Laura esperaba que no fuera con James Courtney. Si su relación llegaba a ser seria, ella tendría que ver a German más a menudo de lo que querría, porque James lo consideraba como un hijo.

¿Estaría enterado James de la aventura que su hija había mantenido con Martin? No parecía probable; si lo supiera, no habría querido tener nada que ver con ellas.

Apenas vieron a Martin durante todo el fin de semana para poder hablar con él. La mayor parte del tiempo se la pasó visitando amistades, casi todas femeninas, por lo que pudo enterarse Laura.

Decidió salir el domingo para no estar en caso de que German la llamara por teléfono. No sabía si sentirse decepcionada o aliviada cuando su madre le dijo que no la había llamado. Se dijo que era un alivio, pero la punzada que sintió en el corazón lo desmintió.

Para Laura ir a trabajar el lunes por la mañana fue tal vez el mayor esfuerzo de su vida. Debía mostrarle a German que no significaba nada para ella... aunque no fuera cierto. Además, no era una cobarde y no trataría de huir de esa situación.

James Courtney le lanzó una mirada penetrante al pasar por su oficina, pero no dijo nada. Si trató de hablarle a German acerca de su separación, tal vez le habría dicho por segunda vez que no se metiera en asuntos ajenos.

—¿Lo pasaste bien el viernes? — le preguntó Janice.

—Muy bien — contestó sin entusiasmo.

—El señor Maitland estaba muy atractivo. ¡Vaya suerte que tienes! — Janice la miraba ansiosa, queriendo abordar el tema.

—Es cierto — respondió Laura, y volvió a concentrarse en su trabajo.

—¡Qué lástima que llegara tan tarde!

—Sí.

—Supongo que no pudo salir a tiempo de Manchester — siguió preguntando Janice.

—Mira, lo mejor es que sepas que... — Laura alzó la vista y suspiró.

—Laura, ¿podrías venir un instante, por favor? — ordenó una

voz autoritaria.

Se puso pálida y sus ojos se encontraron con los de German. Él también estaba muy pálido y demacrado, muy distinto al hombre seguro de sí mismo al que estaba acostumbrada.

—Laura — repitió, abriéndole la puerta hacia el pasillo.

Ella se levantó deprisa, no queriendo mostrar ningún signo de antagonismo delante de Janice y Dorothy y lo siguió afuera antes de decirle:

—¿Qué es lo que quieres?

—Sabes lo que deseo — extendió las manos para abrazarla.

—No te atrevas a tocarme — ordenó impávida.

—Laura, por el amor de Dios...

—¡Suéltame!

—Permíteme explicarte... — dejó caer las manos.

—Todas las explicaciones necesarias me las dio mi hermano el viernes.

El semblante de German se ensombreció.

—Pues entonces me gustaría que me las dieras a mí también. Aquellas cincuenta mil libras, no sé a que se refiere.

—Sí lo sabes — se burló —. Lo que pasa es que no quieres admitirlo.

—No miento, Laura... — su rostro se puso tenso de ira.

—¡Oh, sí mientes! — rió con amargura —. Me hiciste creer, a todo el mundo le hiciste pensar que amabas a tu esposa.

—¡No! — sacudió la cabeza —. Yo nunca te mencioné eso.

—No hizo falta. Tu manera de actuar, tu aire distante, daba la impresión de que estabas muy apenado. Pero no amabas a Felicity, de otro modo ella jamás habría buscado a Martin — ninguna mujer en su sano juicio preferiría a otro hombre si tuviera a German por esposo, por esposo amante.

—Tienes razón — suspiró German —, no quise a Felicity.

—Y tampoco a mí — hizo una mueca de desdén —. Finges amar a una mujer cuando te conviene, por razones que no puedo entender.

—¡No! — exclamó gruñendo.

—Me das asco — en el fondo de su corazón Laura esperaba que él lo negara, que hubiera otra razón para interesarse en ella. Sin embargo todo había acabado, su última esperanza se había desvanecido —. Ahora, con tu permiso, tengo que volver a mi trabajo...

—Tenemos que hablar, Laura — una vez más la asió del brazo

—, pero no aquí. Sal conmigo esta noche, y...

—No iré a ninguna parte contigo, ni esta noche ni nunca.

—¡Tú me amas! — dijo fieramente, apretando su brazo con los ojos brillantes —. ¡Laura, tú me amas!

—¿De verdad?

German palideció ante la falta de emoción en su voz, sus manos cayeron en actitud de desaliento, frunciendo el ceño perplejo.

—No, no lo creo. Al... al parecer me he equivocado — su voz era cortés —. Lo siento — dio la vuelta y se alejó por el pasillo hacia su oficina.

—¡German!...

Afortunadamente, no oyó su dolorosa llamada, ni vio la desesperación en el rostro femenino cuando desapareció detrás de la puerta. Era evidente que ya no volvería a molestarla.

Laura pasó el resto del día aturdida, aunque por las miradas de compasión que recibía supo que la noticia de su discusión con German ya se había difundido por toda la compañía.

—No ha sido por culpa mía, ¿eh? — preguntó Nigel al acompañarla a su casa aquella noche.

Ambos salieron juntos de las oficinas y como no se sentía con ánimo de ir en autobús aceptó encantada que Nigel la llevara. German había bajado con ellos en el ascensor, y cuando ella aceptó el ofrecimiento, German se enfureció.

Inclinó cortésmente la cabeza para despedirse de ellos antes de entrar en el Jaguar, sin volverse a mirarlos ni una sola vez.

—¿Laura? — insistió Nigel.

Casi habían llegado a su casa y ni siquiera había abierto la boca.

—No, no ha sido por culpa tuya — lo tranquilizó.

—¿Estás segura? — parecía ansioso.

—Completamente segura.

—La otra noche bebí un poquito...

—¡Un poquito! — sonrió por primera vez en el día.

—Suelo aguantar bastante bien el alcohol. El viernes te estuve mirando toda la noche, cómo te volvías a cada rato hacia el pasillo de entrada para ver si llegaba German.

—Yo no...

—Sí, Laura, así era — Nigel suspiró —. Y cuando por fin llegó, tu rostro se iluminó como... bueno, era evidente que te alegrabas de verle. Me resultó irritante. No pude resistir la tentación de lanzarle unos puyazos.

—Estoy avergonzada... — Laura bajó la vista, se mordió el labio.

—No es tu culpa — le tomó una de las manos —. ¿Por qué vienes conmigo si German está interesado por ti?

—Lo estaba. Ya no lo está, y a mí tampoco me interesa él.

—Laura…

—Es la verdad, Nigel. Y para probártelo, te invitaré a cenar. Cocinaré yo misma — lo miró aguardando su respuesta.

—Me encantaría, pero…

—Oh, lo siento — dijo en tono formal —, qué interesada te he debido parecer — sonrió incómoda —. Parece que sólo te estoy invitando porque ya no salgo con German.

—Esa no es la razón por la que no acepto — Nigel aparcó el coche y se volvió a mirarla —. Ya tenía otra cita esta noche, un compromiso familiar.

—Ah, claro…

—Siempre visito a mi suegra una vez por semana — la interrumpió.

Laura se quedó boquiabierta, palideciendo.

—No sabía… Nadie me ha dicho… que estabas casado.

—No, no lo estoy — sonrió —. Estoy divorciado. Por cierto, en términos bastante amistosos, lo cual explica mis visitas a mi suegra.

—Ya veo — nadie le había comentado que Nigel había estado casado, pues recientemente no se hablaba de otra cosa que de ella y German —. ¿Tienes hijos?

—No — la sonrisa de Nigel se volvió más cálida —. No lo sientas, Laura. Tracy y yo nos separamos como buenos amigos. Incluso tengo amistad con su segundo marido, vamos juntos a pescar. Tracy y yo éramos muy jóvenes cuando nos casamos, demasiado jóvenes para darnos cuenta de lo que estábamos haciendo. Al deshacerse el matrimonio un par de años más tarde, creo que a ninguno de los dos nos sorprendió. La ilusión del primer momento desapareció con el paso del tiempo, así ocurre a veces.

—Sí. Pues… bueno, me tengo que ir ya. Gracias por traerme.

La mano de Nigel sobre su brazo la impidió salir del coche.

Si puedes cambiar la invitación a cenar para mañana por la noche, aceptaría encantado — la miró inquisitivo.

—Si estás seguro…

—Lo estoy — asintió con firmeza —. ¿Y bien?

—De acuerdo, para mañana entonces — confirmó ella. Tenía todas las noches libres, ahora que ya no volvería a ver a German.

—¿No te molesta… lo de Tracy y yo? — Nigel frunció el ceño.

—¿Que si me molesta? — Laura parpadeó, perpleja.

—A algunas mujeres les disgusta, en especial por ser amigo de Tracy y de su madre.

—Pues bien, a mí no — sonrió —. Es más, me parece estupendo.

—A mí también — sonrió con timidez —. Y en vez de que te pongas a cocinar mañana, insisto en invitarte a cenar. Después de trabajar todo el día, cocinar será lo último que se te apetecerá hacer.

—Oh, no me importa...

—Insisto, de verdad. ¿A las ocho en punto está bien?

—Perfecto — asintió.

Durante las siguientes dos semanas, Laura vio mucho a Nigel.

Demostró ser un compañero agradable y poco exigente, sus besos de despedida no eran avasalladores, pero tampoco desagradables. Y su nueva amistad con él la ayudó a no pensar en German, quien parecía más distante de la gente que nunca.

En el trabajo podía tratarlo con la fría cortesía debida a cualquier jefe, y sólo ella sabía las amargas lágrimas que derramaba por él noche tras noche. Su amistad con Nigel era ahora el tema principal de conversación. Salir con él era una relación mucho más segura emocionalmente, y si bien ninguno de los dos parecía estar enamorado del otro, ambos lo pasaban bien juntos.

Cuando su madre conoció a Nigel le agradó, aunque no podía entender que Laura lo prefiriera a German.

—Es que no hay comparación — exclamó tres semanas después, mientras Laura se preparaba para una nueva cita con Nigel.

—Exactamente — reconoció, alisándose el vestido.

—¿Exactamente qué? — suspiró la madre —. Si tan sólo hablaras de ello…

—No hay nada de qué hablar...

—No me vengas otra vez con eso, Laura. Hace casi un mes que oigo el mismo cuento y sé que no es cierto. Todas las noches te oigo llorar antes de dormirte — le reveló frunciendo el ceño —. Y eso no es por «nada».

—No sabía... pensé que... — Laura se sonrojó.

—Pensabas que no te oía. Normalmente no lo hubiera hecho. Y es que yo tampoco he dormido muy bien los últimos días.

—¿A causa del señor Courtney?

—Sí — se sonrojó —. Es tan impulsivo.

—¡Oh, mamá, no lo es! Yo le he visto en acción y él nunca hace algo que no esté pensando y calculado hasta el último detalle.

—¿Entonces habla en serio cuando dice que se quiere casar

conmigo cuanto antes? — la señora estaba asombrada.

—Si eso es lo que dice, pues sí, habla en serio.

—¡Oh, santo cielo!… — su madre se dejó caer sobre la cama, con la perplejidad reflejada en su rostro.

—¿Quieres casarte con él? — le preguntó Laura con suavidad.

—Si… quiero decir, no. Pues… ¡ay, no sé! ¿No crees que soy un poco vieja para estar pensando en volverme a casar, en cambiar todo mi estilo de vida?

—No, si le amas. ¿Le amas?

—Pues… ¡A mi edad una ya no se enamora!.

—No digas tonterías — la regañó Laura, ¡James Courtney le había hecho perder la cabeza! —. Puedes enamorarte a los ochenta años.

—¡Espero que no! — respondió la madre con una mueca de disgusto.

—No has contestado a mi pregunta — insistió Laura, conociendo ya la respuesta. Su madre se paseaba últimamente con la felicidad reflejada en el rostro y James había dejado de ser el ogro que siempre había sido, su nueva actitud tierna sorprendía a mucha gente, incluyendo a Laura.

—No puede ser…

—¡Mamá!.

—Me gusta mucho. ¡Pero casarme!… Tengo que pensarlo más detenidamente.

—Y el señor Courtney no quiere darte tiempo para que lo pienses — adivinó Laura.

—No — convino su madre suspirando —. ¡No deja de presionarme para que le dé una respuesta!

—Entonces dale una… dile que si.

—Pero tú…

—Yo no importo cuando se trata de tu felicidad — el señor Courtney hacía feliz a su madre, lo había adivinado desde el principio.

—Y Martin… — había regresado a Estados Unidos hacía dos semanas, ignorando que su madre salía con James Courtney.

—Tampoco él importa — insistió Laura —. Por Dios, ¿acaso piensas que él te va a pedir permiso para casarse?

—No, ya sé que no, pero soy su madre…

—Y ésa es una buena razón para que merezcas ser feliz, tener un matrimonio dichoso. Papá y tú no hacíais buena pareja — Laura siempre había notado la tensión a causa de la carrera de su padre.

Su madre odiaba las largas separaciones y su padre detestaba los largos permisos para estar en la tierra, así que siempre estaban discutiendo sobre el tema.

—¿Y crees que James y yo formamos buena pareja? — preguntó la madre burlona —. No convengo más para ser la esposa de un millonario que para ser la mujer de un marinero.

—La mayoría de las mujeres no considerarían como un inconveniente el dinero del señor Courtney — señaló Laura irónica.

—La mayoría de las mujeres no le aman como yo... me refiero...

—Quieres decir que le amas — sonrió Laura —. Y si tú no aceptas su propuesta yo lo haré en tu lugar. Él... — se interrumpió al oír el timbre de la puerta —. Ese debe ser Nigel.

—O James — corrigió su madre.

—Impaciente por obtener tu respuesta — comentó sonriendo, Laura.

—Tal vez. ¿Puedes ir a abrir la puerta mientras me termino de arreglar? — rogó la señora.

Era James, tan atractivo y distinguido como siempre.

—Pareces un fantasma — se sentó en una silla frente a Laura.

—¿Asumiendo ya los deberes de un padrastro? — se burló.

—¿Te lo ha dicho tu madre? — se sonrojó como un joven.

—¡Oh, sí! — asintió.

—¿Y entonces? — su pregunta era casi un reto.

—Doy mi aprobación.

—¿Ah, sí? — parecía sorprendido.

—Sí — asintió Laura con una sonrisa.

—¡Ah, qué sorpresa!

—¿Esperaba que me opusiera? — su exclamación la hizo reír.

—Para decirte la verdad, no tenía idea de cuál sería tu reacción.

—Y tampoco le importaba mucho — respondió risueña.

—Al contrario, por consideración a tu madre. Tú y tu hermano sois muy importantes para ella. No haría algo con lo que vosotros no estuvierais de acuerdo.

Laura frunció el ceño y se le ensombreció el semblante.

—¿Qué sucede? — preguntó él.

—Yo lo apruebo — respondió ella con lentitud. Pero Martin...

—¿Él no?

—Tal vez no.

—No voy a perder a tu madre — gruñó James —. Ella es lo mejor que he tenido en la vida desde hace años. Después de mi ataque al corazón...

—No sabía — expresó Laura inquieta.

—Eso fue hace años — explicó, tratando de restarle importancia —. No he vuelto a tener ningún problema desde entonces. Y mientras no me exceda no tendré más ataques. No te preocupes, no voy a permitir que tu madre se quede viuda nada más casarnos. Ni siquiera se me ocurriría proponerle matrimonio si pensara que voy a morir pronto, ella se merece algo mejor.

—Sí — convino Laura.

—Yo puedo hacerla feliz — comentó James. — De eso estoy segura.

—¿Sigues pensando que tu hermano no estará de acuerdo?

—No — tenía el horrible presentimiento que cuando Martin se enterara revelaría su relación con la hija de James. ¿Y cómo iba a afectarle?

—No le quedará más remedio que aceptarlo. No quiero un «no» como respuesta y no permitiré que Martin se interponga entre nosotros.

—Espero que tenga razón.

—Claro que la tengo — una vez más la miró con detenimiento —. ¿ Vas a salir?

—¿Por qué? ¿Va a intentar seducir a mi madre aprovechando mi ausencia?.

—Eres una jovencita descarada — James soltó una gran carcajada.

—¿Se refiere a que la seducción no está en el programa?

—Puede ser que trate eso si todo lo demás falla para conseguir una respuesta positiva a mi propuesta de matrimonio — de pronto se puso serio —. Quiero a tu madre de esa forma — expresó con sinceridad —. La amo como cualquier hombre enamorado puede querer y necesitar a una mujer.

—Ya lo sé y ella siente lo mismo. Aunque creo que está un poco escandalizada de sí misma, por su edad.

—¡Si no es más que una chiquilla! ¿Durante cuánto tiempo más piensas hacerle la vida imposible a German? — preguntó de improviso.

—Eh... qué… usted... — la había sorprendido.

—¿Y bien? — insistió.

—¡Métase en sus propios asuntos! — se levantó confusa.

—Es mi asunto, ¿entonces?

—Nadie la hace la vida imposible a German — comentó con los ojos brillantes —. Yo no, al menos.

—¿Y cómo puedes estar tan segura de eso?

—Lo estoy — respondió convencida —. Porque conozco a German mejor que usted…

—No seas ridícula, muchacha. Yo conozco a German...

—Desde el punto de vista profesional — interrumpió Laura enfadada —. Usted no tiene la menor idea de cómo es en realidad.

—Considerando que yo le crié, creo saber perfectamente cómo es él — corrigió James.

—¿Usted lo crió? — preguntó Laura, palideciendo.

—Desde que su padre murió.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hace veinte años. Germán tenía dieciséis en aquel entonces.

—Ya... ya veo — así que German casi había crecido junto a Felicity. ¡Qué extraño! ¿Y cómo había hecho traicionar el amor y la confianza de James, casándose con la hija adorada del hombre que había hecho tanto por él, aun sabiendo que no la amaba? Sus sentimientos hacia German se endurecieron aún más —. Entonces usted sabe qué clase de hombre es — su tono era burlón.

—Por supuesto. Y tú también lo sabrías si fueras lo suficientemente cuerda. Quiero ver feliz a German y por alguna razón tú pareces conseguirlo.

—Usted no sabe lo que dice — Laura volvió la cabeza.

—Sí lo sé — respondió impaciente —. Y tú también lo sabrías si le hubieras visto estos últimos días.

—Parece el mismo de siempre — trataba de aparentar indiferencia.

—¿Cómo? — los ojos de James se entrecerraron.

—¡Frío y calculador!

—Eres una tonta, muchacha — James hizo una mueca de disgusto. En ese momento su madre entró en la habitación, mirando a los dos.

—¿Pasa algo?

—No, por supuesto que no, Joan, ¿verdad, Laura? — su tono era de advertencia.

—No, no sucede nada — sonrió radiante —. Le estaba diciendo al señor Courtney qué suerte va a tener al tenerte por esposa.

Su madre se sonrojó, mirando con timidez a James.

—Creo que eres un poco precipitada, Laura.

—De ninguna manera, Joan — intervino James —. No tengo la intención de aceptar un no por respuesta. Y la boda se celebrará pronto.

—James...

—Pronto, Joan — repitió firmemente.

—Pero si...

—¡Oh, mamá, ríndete por las buenas! — sonrió Laura —. Me imagino tener al señor Courtney...

—James — corrigió con dureza. O papá si quieres.

—Yo creo que… — empezó la madre, indignada.

—Opino que James por el momento — interrumpió Laura, ignorando la objeción de su madre —. Quizá papá más tarde.

—Pero...

—Me parece muy bien — asintió James, también ignorando a Joan —. ¿Decías? — preguntó a Laura.

—Sólo iba a decir que me encantará tenerle de padrastro.

—Supe desde el principio que nos íbamos a llevar bien. Tenía en mente una relación diferente, pero no se puede tenerlo todo.

—Seguro que no — respondió Laura irritada, recordando que él había aprobado que saliera con German —. Creo que me vienen a buscar — dijo aliviada cuando se escuchó el timbre de la puerta.

—El joven Jennings, ¿no es cierto?

—Sí — confirmó.

—Buen tipo...

—Estoy segura de que le alegrará su aprobación — hizo una mueca.

—No he dado mi aprobación, sólo he dicho que es un buen tipo, pero no para ti.

—Qué...

—Anda, corre a abrir la puerta — ordenó rudamente —. Debe estar impaciente por verte. Piensa en lo que te he comentado sobre German.

—No le dedicaré un solo pensamiento. Y ahora, con su permiso.

James no la entretuvo más tiempo y Laura presintió que cuando fuera su padrastro, ¡tendría mucho que decir acerca de German!

CAPÍTULO 8

A JAMES LE hubiera gustado saber que la relación de Laura con Nigel era simple amistad. Hablaban de temas intrascendentes y los besos de despedida que le daba Nigel eran puramente cariñosos. Nigel se había dado cuenta del estado de ánimo de Laura, y ella lo apreciaba por respetar la herida que había sufrido en las crueles manos de German.

Le había sido imposible ocultárselo a Nigel. Ahora que conocía las razones por las que German había salido con ella, deseaba convencerlo de que no había significado nada en su vida. Estaba segura de haberlo logrado.

La noticia de la boda de su madre con James Courtney corrió por toda la compañía, explicando el cambio en la actitud de James. El lunes por la tarde todo el mundo parecía estar enterado y la mayoría acudía a felicitar a Laura, como si hubiese logrado una magnífica jugada. Quizá así lo pareciera; después de todo, no había conseguido a German, pero su madre se casaba con James.

German estuvo fuera de la oficina todo el día, aunque le vio volver al final de la tarde. Tenía su habitual expresión distante.

Debía saber que la boda se celebraría el sábado, James ya se lo habría dicho. Laura tenía la impresión de que su conversación sobre Martin había influido a James en su precipitación por casarse. Cuando fueran marido y mujer, Martin no podría hacer gran cosa. No tenía la menor intención de comunicarle la noticia de la boda hasta después de que ésta se realizara.

—Espérame — le ordenó James a las cinco en punto cuando Dorothy y Janice se disponían a partir —. Quiero discutir algo contigo.

Laura aceptó las joviales buenas noches de las otras secretarias, sintiéndose incómoda por su repentino cambio de relación con James.

—No puedo tener a mi hijastra como mi secretaria auxiliar — le comunicó sin más desde su escritorio.

Laura estaba frente a él, asombrada, pensando que apenas hacia unas semanas sentía miedo de entrar en su oficina, ¡y ahora iba a ser su padrastro! Parecía increíble.

—¿Qué sugiere? — preguntó irónica —. ¿Que presente mi renuncia?

—¡Por supuesto que no! Pensaba en un ascenso.

—El que se case con mi madre no me da derecho a gozar de ningún favoritismo...

—Claro que sí te lo da. Tú vas a ser mi hija y como tal deberías tener un puesto más alto en la compañía que el de mi secretaria auxiliar.

—¿Más alto? Dorothy ha estado aquí durante años, y yo...

—¡Por Dios, muchacha, no tengo la menor intención de despedir a Dorothy! — parecía estar escandalizado —. Soy demasiado viejo como para cambiar de secretaria ahora. Dorothy conoce todos mis caprichos... Deja de reírte, Laura — dijo con brusquedad —. A mi edad tengo todo el derecho de permitirme ciertos caprichos.

—Perdón — agregó ella — si no voy a reemplazar a Dorothy, ¿qué voy a hacer?

—Reemplazar a Diane Holland — declaró James.

Laura se puso pálida, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Debe estar bromeando — repuso ella al fin.

—¿Me has visto bromear alguna vez? — preguntó irónico.

—Pues... no. No quiero ser la secretaria de German...

—No te estoy pidiendo tu opinión, Laura, te estoy comunicando mi decisión... si es que deseas seguir trabajando en esta compañía.

—¡Pero ser la secretaria de German! — Laura tragó en seco.

—¿Hay alguna razón para ese escándalo? — levantó la ceja inquisitivo.

—¡Bien sabe que sí! — lo miró enfadada.

—¿De verdad?

—¡Sí! No puedo trabajar con German. ¡No puedo!

—No trabajarías con él, sino para él.

—¡Con mayor razón! — se puso de pie —. Creo que preferiría irme — se volvió y se dirigió hacia la puerta.

—¿Y cómo crees que se sentirá tu madre?

—¡Eso no es justo! — Laura se volvió encolerizada.

—No creo que nadie me haya acusado nunca de serlo — dijo sarcástico.

—Oh, por favor no me haga caso — imploró con voz ronca —. ¿Qué hará Diane si ocupo su lugar? Estoy segura que usted se da cuenta de que...

—Desafortunadamente, Diane Holland nos deja. Su esposo va a establecer su propio negocio y ella ha decidido ayudarlo.

—Janice…

—Preferiría quedarse conmigo — la interrumpió con satisfacción.

—Oh pero… Debe haber otras chicas en la compañía que harían mejor el trabajo que yo…

—No se lo estoy ofreciendo a ellas, sino a ti. ¿Y bien?

—¿Acaso Ger… el señor Maitland está enterado de esto?

—Sí. German lo sabe.

—¿Y entonces? — tragó en seco.

—¿Y entonces qué? — James arqueó las cejas, irritado.

—Estoy segura de que él, al igual que yo no acepta la idea.

—Yo sigo siendo el director de esta compañía — la expresión de James se endureció —, y como tal, quien toma las decisiones.

—Y usted ha decidido que yo sea la secretaria de German.

—Exactamente — confirmó satisfecho.

—¿Por qué?

—Me parece que acabo de explicar que Diane…

—¿Por qué quiere que yo trabaje para German?

—Eres una magnífica secretaria.

—La verdadera razón — suspiró.

—Muy bien. Si trabajáis los dos juntos todo el día es posible — recalcó el posible —, que recobréis la sensatez.

—¿Por recobrar la sensatez quiere usted decir que podríamos volver a ser … amigos? — inquirió Laura.

—¿No?

—¡No!

—Ya veremos — dijo, haciendo una mueca burlona.

—Sólo por curiosidad ¿cuál fue la reacción de German? — se pasó la lengua por los labios.

—¿Cuál crees tú que fue? — su tono era burlón.

—Dígamelo usted — suspiró impaciente.

—Fue la misma que la tuya.

—¿Él tampoco quiere trabajar conmigo? — se puso aún más pálida.

—No.

—¡Entonces no nos haga esto!

—Ya lo he hecho. A partir de mañana trabajarás con Diane para que aprendas todo lo referente a su trabajo. Ella se va a final de mes — tomó su portafolio —. ¿Quieres que te lleve a casa? — se puso de pie indicando que daba por terminada la conversación.

—No, gracias.

—¿Jennings otra vez? — frunció el ceño.

—El autobús — repuso burlona —. Esta tarde tengo que trabajar hasta las seis … seis y cuarto.

—Entonces quizás nos veamos más tarde.

Laura se fue a su escritorio a terminar el último trabajo que haría como secretaria auxiliar de James.

No podía dejar la compañía, James lo sabía. Eso disgustaría a Joan y en ese momento no quería hacerlo. Nunca la había visto tan feliz y si para que continuara así significaba tener que trabajar con German, lo haría. El hecho de que James supiera que no quería disgustar ahora a su madre le ponía aún más furiosa contra él.

—Laura… — levantó su rostro al escuchar aquella voz.

—German… — estaba demasiado sorprendida para contestarle con formalidad.

El personal de oficina de la compañía Courtney solía trabajar horas extras, sin embargo ella pensó que era la única persona en el último piso. Al parecer se había equivocado, ambos estaban rodeados de un misterioso silencio, como si el ajetreo y el bullicio del día nunca hubiera existido.

German entró en la habitación y cerró la puerta, aumentando la intimidad de la situación.

Ver a German ahora, aquí y a solas, era lo último que deseaba. Mientras lo mantuviera a cierta distancia, rodeados de gente, era capaz de actuar con naturalidad, aunque no exactamente de forma amistosa. Pero frente a frente se sentía incapaz de controlar la situación, porque German estaba tan atractivo como siempre.

—¿Le puedo ayudar en algo, señor Maitland? — preguntó con tono formal, aparentando serenidad.

—Creo que conoces la respuesta — respondió burlón.

Laura se sonrojó ¡tal como él esperaba que lo hiciera!

—Me refiero en calidad de nueva secretaria suya.

—¡Ah! — se reclinó en el borde del escritorio, jugando con el pisapapeles y examinándolo —. ¿James ya te lo ha dicho?

—Sí — su cercanía la ponía nerviosa, hubiera deseado estar lejos de allí.

—¿Ningún comentario? — German arqueó las cejas.

—Ninguno — respondió con rigidez —. ¿Usted?

—No.

—Entonces todo está arreglado — deseaba que él se marchara.

German le asió las manos.

—Puedo pedirle a James que haga otros arreglos si tú lo prefieres.

Laura observó la facilidad con que una de sus manos cubría las dos suyas, una mano fuerte, segura, que sabía cómo acariciarla

hasta perder la cordura.

—Como ya he dicho, ya está arreglado — murmuró ella.

—Ese arreglo puede deshacerse.

—Si usted prefiere que yo no… — se interrumpió, al mirarlo furiosa, había quedado hipnotizada por su rostro tan cerca del de ella. La tomó por los codos y la acercaba cada vez más a él —. Estoy segura… segura de que James… de que él respetaría sus deseos.

—Sí quiero que seas mi secretaria, Laura — le acercó los labios a escasos centímetros de los suyos —. Deseo más, mucho más. ¡Laura!… — exclamó, antes de que sus bocas se fundieran.

Ella olvidó el pasado, la amargura de su separación, todo menos las sensaciones que recorrían su cuerpo. No creyó volver a estar en brazos de German, era una verdadera tortura. No tenía idea de cómo haría para detener esos besos que la destrozaban.

German la acercó más a sí, acariciándole el cuerpo, desabrochándole varios botones de la blusa hasta dejar al descubierto los hombros y besar la suave piel.

Laura se quedó sin aliento cuando las caricias se hicieron más íntimas.

—Abrázame, Laura. ¡Por el amor de Dios, abrázame!

—German…

—Te necesito, Laura — gimió.

Ella comenzó a acariciar el musculoso pecho. Era un estallido de los sentidos de ambos, las exigencias de sus cuerpos habían podido más que su voluntad, se fundían en ardiente deseo, sus bocas parecían insaciables.

—¡Te deseo! — German levantó la cabeza —. Laura, te deseo ahora.

—No aquí y no ahora — gritó desconcertada —. ¡No… no podría, no aquí!

—Ven conmigo — la cogió de la mano esperando su respuesta, después de abrocharle la blusa.

—¡No puedo! Por… por favor. Es un error. Yo no… no sé qué ha pasado. No tenía intención de que esto sucediera.

Estaba tan avergonzada, tan turbada que ni siquiera podía mirarle a la cara. Y su conducta había sido desleal con Nigel y la amistad que le había demostrado en las últimas semanas, amistad que ya no podría corresponder. Si se comportaba así con German, no tenía derecho a salir con Nigel.

El rostro de German se ensombreció, furioso se alejó de ella.

—¿Qué no has tenido intención de que esto sucediera?

¿Entonces cuál ha sido tu intención?

—No lo sé — murmuró, desconcertada.

—Por Dios, Laura ¿estabas jugando conmigo? — preguntó irritado.

—¡No! — le miró asombrada —. Claro que no, tú lo deseabas tanto como yo.

—¿Siempre, German? ¿O sólo desde que te enteraste de que Martin era mi hermano? —Laura hizo una mueca de amargura.

—Claro que sabía que Martin era tu hermano...

—Por supuesto que sí — convino en tono de burla.

—Pero eso no tenía nada que ver.

—¿Nada que ver con qué? — preguntó indignada.

—Con el hecho de que me atraías, de que quería que salieras conmigo.

—¿Esperas que te crea? — Laura movió la cabeza, incrédula.

—Es evidente que no me crees.

—No, no te creo — afirmó con brusquedad.

—Entonces lo lamento, más de lo que puedes imaginar. Buenas noches, Laura — había vuelto a ser el jefe distante.

—Buenas noches... señor Maitland. Llegaré puntual mañana.

—Sí, por supuesto — pareció vacilar, antes de dirigirse hacia la puerta —. Y aquí, entre tú y yo, Laura, admiro tu temple.

—Aquí, entre nosotros, con James como padrastro, voy a necesitarlo — le respondió desconsolada, consciente de que ellos dos no podrían trabajar juntos con una atmósfera tan tensa.

—Si se pone muy intransigente — German pareció sentir su deseo, si no de amistad, al menos de una tregua —, avísame. Te llevo una ventaja de años en cuanto a saber cómo manejar a James.

—Sí, eso me dijo — se daba cuenta de que tenía que andar con cuidado, que en cualquier momento podía estallar de nuevo una discusión si cualquiera de los dos decía una palabra desagradable. Y sin embargo, no les quedaba más remedio que forzar la cortesía si iban a trabajar juntos.

—¿Te contó que fue él quién me crió? — German alzó la ceja.

—Sí.

—¿Te contó algo más? — su expresión se tornó cautelosa.

—¿Qué más tendría que decirme? — Laura frunció el ceño.

—James parece estar jugando a casamentero con nosotros…

—¡No contigo! — exclamó, sonrojándose confusa.

—Temo que sí — asintió con pesar.

—Lo siento. No…

—Mira, no es culpa tuya — la reprendió suavemente —. Cuando a James se le mete una idea en la cabeza, no se la saca ni a golpes. Tu hermano…

—¿Qué sucede con él? — preguntó a la defensiva.

—¿Vendrá a la boda?

—No — respondió aliviada, temía que dijera algo sobre Martin —. No puede cogerse más vacaciones. Además no sabe nada de la boda.

—En ese caso, quizá podría llevarte...

—¿Por qué querrías hacerlo?

—No tendrás compañero.

—Nigel estará conmigo — le dijo en tono formal.

—¡Ah, le sigues viendo! — apretó los labios, la mirada glacial.

—Por supuesto. ¿Y cómo está la señora Harlow?

—Laura… — su mirada reflejó impaciencia.

—¿Está bien?

—Sí. Sin embargo...

—Bien — interrumpió —, y ahora con su permiso, debo terminar mi trabajo. Tengo una cita esta noche.

German recobró la compostura, era de nuevo el arrogante ejecutivo.

—Siento mucho haberte entretenido.

—No se preocupe, señor Maitland — repuso distraída, mirando hacia su trabajo.

—Me llamarás German delante de Diane — le dijo con rabia —. Ahorra tu antipatía para cuando estemos solos.

—Eso haré — respondió, mirándole con odio.

—Por Dios, Laura, tú... ¡Oh, qué diablos! — salió de la habitación dando un fuerte golpe.

Laura se dejó caer exhausta sobre el escritorio. ¡Trabajar con German no iba a resultar, no podía funcionar! ¡Porque aún le amaba!

Como era de esperarse; su madre acogió con agrado la noticia de que Laura trabajara de secretaria de German.

—Es un buen ascenso — le dijo Nigel más tarde aquella noche. Ambos estaban solos en casa de Laura, porque su madre y James habían salido.

Laura se había sentido demasiado fatigada y desanimada para acompañarlos.

—Un poco embarazoso, quizá — prosiguió pensativo.

—¡Un poco! — se mofó —. Va a ser horrible.

—¿Lo sabe German?

—Sí — suspiró, irritada.

—¿No puso ninguna objeción? — Nigel alzó las cejas.

—No mencionó ninguna.

—Hum — apretó los labios.

—¿Porqué ese gesto? — preguntó Laura impaciente, frunciendo el ceño.

—Nada. ¿Queda café? — cambió de tema.

—¿Por qué, Nigel? — insistió Laura, negándose a cambiar de tema.

—¿Significa eso que ya no hay café?

—¡Nigel! Enseguida te traigo más café, pero dime ¿qué insinuabas?

—¿German no puso ninguna objeción a que tú fueras su secretaria?

—No delante de mí.

—Me pregunto por qué.

—No le corresponde a él hacer ninguna objeción…

—Por supuesto que sí. Oye, soy el director del personal, y créeme, si German no te quisiera, no te tendría.

—James…

—Realmente no tiene autoridad sobre German, nunca la ha tenido.

Laura frunció el ceño, perpleja. Entonces, ¿por qué la había aceptado German como secretaria? No quería preguntar sus razones ahora.

—¿Acaso importa? — comentó, tratando de restarle importancia al asunto.

—Ya lo creo. Nunca me contaste por qué os separasteis.

—Por nada importante — evitó mirarle a los ojos.

—¿Si no es importante, por qué no quieres hablar de ello?

—¡Nigel! Por favor, no insistas — suspiró.

—Sí, creo que debo hacerlo — se enderezó en su asiento —. Sabes, Laura, tú me gustas mucho, pero sé que sigues obsesionada con este problema emocional con German...

—¡No es ningún problema emocional! — se sonrojó.

—No. Es más que eso, mucho más. Tengo que ser honesto contigo, Laura, y decirte que he estado pensando en volverme a casar.

—¡Oh! — su corazón le dio un vuelco —. ¿Eh...la conozco?

—Pues sí — le cogió la mano —. Sólo que no ha salido bien.

—¿Te refieres a… mí? — casi ni se atrevía a decirlo.

—No te hagas la sorprendida. Eres guapa, joven, es divertido estar contigo y parecen gustarte los niños — sonrió.

—Pues… sí — frunció el ceño.

—Y lo más importante de todo, me gustas, por no decir otra cosa. Me gustaría casarme y tener hijos antes de convertirme en un viejo. Por desgracia, creo que me he encariñado con una muchacha que está enamorada de otro hombre.

—¡No!

—Laura — dijo en tono de reprimenda —. Tú amas a German y tengo la certeza de que él también te ama.

—¿Por qué todo el mundo…? — se mordió el labio —. Él no me ama.

—¿Quién más piensa lo contrario? — Nigel adivinó el resto de su frase.

—Nadie. Siento que las cosas no hayan salido bien, Nigel. He disfrutado mucho saliendo contigo y…

—¿Quién más, Laura? — insistió.

—Qué más da…

—Tu futuro padrastro, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabes? — sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Por su actitud hacia mí en los últimos días — rió irónico —. Creo que nunca me ha tenido gran estima. Algo le ha estado molestando. ¿También él te quiere para German?

—¿También él? — frunció el ceño.

—German también te desea — explicó apesadumbrado —. Su actitud hacia mí ha sido aún más fría que la de James.

—Te estás imaginando cosas…

—No. Quiero seguir siendo tu amigo, y tal como van las cosas puede que no te reconcilies con German si sigues saliendo conmigo.

—De todas maneras no hay muchas probabilidades de que eso suceda — expresó con amargura —. Sabes, es que no… no éramos las únicas personas comprometidas.

—¿German estaba viendo a otra mujer? — la miró incrédulo.

—Entre otras cosas — asintió.

—¿Cuándo?

—¿Cómo que cuándo?

—Por lo que puedo recordar, os estuvisteis viendo todas las noches durante un tiempo.

—Salvo cuando se fue a Manchester…

—Donde trabajó constantemente. Las reuniones duraban casi

todo el día y la noche. German casi no durmió, y mucho menos vio a otra mujer.

—No era eso — no mencionaría que «la otra mujer» vivía en su casa.

—Déjame adivinar — Nigel alzó la ceja —. Martin ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabes?… quiero decir, ¿de dónde has sacado esa idea?

—Martin y yo éramos amigos cuando trabajó en la compañía Courtney.

—Entonces sabes … sabes acerca… acerca de…

—¿Felicity? Sí. Yo era uno de los pocos en saberlo. German era otro.

—Sí — Laura convino, apesadumbrada.

—No pudo evitar la relación de su esposa con tu hermano.

—¡Hubiera podido evitar castigarme por eso! — se puso de pie muy agitada —. Lo siento Nigel, no he querido gritarte.

—No te preocupes. No entiendo qué es lo que pasa aquí — movió la cabeza —. ¿Qué ha estado imaginando tu confusa cabeza?

—No estoy confusa. Y no me he estado imaginando nada. Martin acusó a German de utilizarme a mí para vengarse de él…

—¿Y qué hizo German?

—Lo negó todo, por supuesto. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Tú crees?

—Pues... sí.

—¿Por qué?

—Porque... bueno, porque...

—No has sido razonable, Laura. Martin se dejó cegar por la ira y el dolor. Si German hubiese salido contigo para vengarse del amante de su esposa, ¿no crees que le hubiera dado gusto decírselo a Martin?

—Pues…

—Piénsalo. Si hubiera querido vengarse, lo hubiera hecho en ese momento.

—Sin embargo, no lo hizo…

—No, no lo hizo. Porque Felicity y Martin no tienen nada que ver con vosotros. Ellos son el pasado y German lo ha enterrado. Él no era muy feliz en aquellos tiempos…

—¡Entonces no debió casarse con una mujer a la no amaba! Sólo aspiraba a apoderarse de la Courtney…

—No necesitaba casarse con Felicity para eso. ¿Quién te metió todas esas ideas en la cabeza? ¿Martin? — preguntó incrédulo .—

¡Válgame Dios, qué amargado debe estar!
—¿Y no debería estarlo? — se indignó Laura defendiendo a su hermano.
—No tanto como para echar a perder tu vida también. German no necesitaba casarse con Felicity para conseguir el control de la compañía Courtney. El padre de German fue socio de James hace mucho tiempo, lo cual le convierte a él en su socio ahora y en su legítimo sucesor.
—No lo sabía, aunque eso explicaría por qué James se hizo cargo de German al morir su padre.
—Parece que hay muchas cosas que ignoras — Nigel se puso de pie —. Y no creo ser la persona apropiada para decírtelas. ¿Adivinas quién es?
—¿German? — Laura tragó en seco.
—Estoy seguro de que ha tratado de explicártelo. Laura, creo que es hora de que le escuches.
—No… no lo sé — se retorció las manos —. ¿Qué pasará si te equivocas?
—¿Qué tienes que perder? Llámalo, sólo son las once. Y por el aspecto que tiene últimamente dudo que esté dormido — se puso su chaqueta, se inclinó y la besó en la mejilla —. No me invites a la boda, soy un mal perdedor.
—Mentiroso — sonrió —. No estarías haciendo esto si lo fueras.
—Quizá no. Haz la llamada.
—Pues… lo pensaré.
—¡Laura!
—No puedo prometer más que eso, podrías estar equivocado.
—Es cierto — asintió —. Pero una llamada telefónica no te va a hacer daño.
—Tengo que trabajar con él mañana.
—Corre el riesgo, Laura — la animó.
Se quedó mirando el teléfono durante media hora después de que Nigel se fuera, aún indecisa en hacer la llamada.
Su madre regresó sola a casa.
—James tiene una cita temprano — explicó —. ¿Ya se ha marchado Nigel?
—Sí... tenía que irse pronto.
—¿Por qué no te has ido a la cama, querida? Ya casi son las doce.
—Sí, ya lo sé — suspiró —. Mamá, ¿has visto a German últimamente?

—Algunas veces — la mirada de su madre se volvió evasiva de inmediato.

—¿Y cómo… cómo te trata?

—¿Qué cómo me trata? No entiendo qué quieres decir.

—Bueno, pues… si es cortés contigo.

—¡Por supuesto que es cortés! Siempre es amable — se sorprendió.

—¿Siempre? — frunció el ceño.

—James y yo, a menudo llevamos a pasear a Natalie, así que en esas ocasiones veo a German. Siempre es gentil conmigo.

—¿También amistoso? — insistió Laura. Si German se sentía agraviado por su familia, eso incluiría a su madre. Podía ser cortés con ella por consideración a James, pero no tenía por qué mostrarse amistoso.

—Muy amistoso — asintió Joan —. Y siempre pregunta por ti.

—Gracias, mamá — respondió radiante —. Ahora quiero hacer una llamada por teléfono.

—¿A estas horas de la noche? ¿A quién… a German?

—Sí.

—Entonces me voy a mi habitación — sonrió y besó su mejilla de Laura —. Creo que haces bien, querida.

—¡Eso espero!

Eran las doce de la noche, muy tarde para llamar a quien fuera, pero si no lo hacía en ese momento, tal vez no lo haría nunca.

Para sorpresa suya, German fue el que contestó el teléfono.

—Es... espero no haberte despertado — dijo con timidez.

—¿Laura? — preguntó extrañado.

—Sí — confirmó con voz insegura.

—¿Sucede algo? Tu madre... James.

—No, ellos... los dos están bien. Yo... me preguntaba... eh. German, si te dijera que estoy dispuesta a escucharte, ahora, ¿qué dirías?

—Diría ¿estás segura?

—Muy segura — respondió convencida.

—Entonces voy para tu casa enseguida. ¿Te parece bien?

—¿Dentro de veinte minutos? — preguntó sin aliento.

—Que sean quince — alcanzó a decirle antes de colgar el auricular.

Ya estaba hecho. Dentro de quince minutos German estaría allí, en la misma habitación que ella. ¿Cuál sería el desenlace de ese encuentro?

CAPÍTULO 9

CUANDO SE oyó el timbre de la puerta quince minutos más tarde anunciando la llegada de German, Laura se había puesto tan nerviosa que no sabía cómo hacer frente a la situación. Había estado mirando ansiosa por la ventana, esperando ver llegar su coche y se apresuró a abrir la puerta antes de que pudiera llamar por segunda vez.

German estaba muy atractivo con sus descoloridos y bien ajustados pantalones vaqueros y su camisa azul marino, desabrochada varios botones, dejando ver el oscuro pelo de su pecho.

—Hola — le saludó con timidez.

—Hola — respondió expectante.

—¿No quieres pasar? — abrió con torpeza la puerta.

—Gracias — caminó hasta el vestíbulo, mirando a su alrededor.

Laura le siguió nerviosa, frotándose las manos sobre sus propios pantalones vaqueros. ¿Y ahora qué le decía? Le había pedido que viniera, ¡Y no sabía cómo empezar!

—No te habré despertado, ¿verdad? — repitió la pregunta que él no había respondido por teléfono.

—No — su mirada no dejaba de escudriñar su sonrojada cara.

Laura se movía de un lado a otro. ¿Por qué no la ayudaba a empezar?

—¿Quieres una taza de café? — le ofreció.

Su semblante empezó a reflejar impaciencia.

—No, gracias — respondió secamente.

—¡Oh! — miró fijamente a la alfombra, preguntándose por dónde empezar.

—¿Qué es esto, Laura, un error? — interrumpió el tenso silencio —. ¿Quieres que me vaya?

—¡No! — gritó implorante, mirando su encolerizado rostro, sus ojos brillaban de impaciencia —. No sé por dónde empezar — confesó afligida.

—Pues entonces mejor te ayudo — suspiró —. ¿Puedo sentarme?

—Sí… hazlo. ¿Estás seguro de que no quieres una taza de café?

—Muy seguro — se sentó en uno de los sillones, estirando sus largas piernas —. Podemos empezar por la razón de que te decidieras a escucharme — entrecerró los párpados, clavando la mirada en ella —. ¿Cuál fue?

—Sólo pensé que...
—¿Dé verdad? ¿Tú sola? — preguntó receloso.
—Bueno... no. Pero...
—¡James! — se puso tenso de pronto.
—No — movió con energía la cabeza —. Fue Nigel.
—¿Nigel te convenció de que me escucharas? — preguntó perplejo.
—No necesité mucha persuasión. Cuando me besaste esta tarde…
—No recordemos eso, Laura — la interrumpió German —. No haría otra cosa que complicar la situación.
¿Cómo podía disimular su amor por él? Si no lo amara tanto no se habría sentido tan herida por la manera en que, según ella, él la había «usado», y no habría deseado verlo ahora. German parecía dar a entender, que ese amor no le interesaba. Él estaba aquí para aclarar los malentendidos del pasado y nada más.
—Nigel piensa que me he equivocado en cuanto a ti, y a tus motivos — Laura se mordió el labio.
—¡Qué gran tipo! — la boca de German se torció en una mueca de desdén.
—Pues sí lo es — respondió en el acto —. No muchos hombres harían… harían… en fin, sí creo que en eso se ha portado como una gran persona.
—Tal vez — se puso de pie —. Creo que esto era un error después de todo. No tengo la menor intención de poner al desnudo mi alma en estas circunstancias. Espero que seas muy feliz con Nigel, es un buen hombre.
—¿Nigel?… — vio a German dirigirse hacia la puerta —. ¡No te vayas!
Se volvió bruscamente, con expresión de enfado.
—¿Qué más quieres de mí, Laura? ¿Qué confiese que te amo? ¿Que admita que te necesito? — se pasó la mano por su alborotado cabello negro —. ¡Dios sabe que son ciertas ambas cosas! Si sólo esperas que me disculpe, lo siento, no tengo nada por qué pedir perdón. ¡Nada! — se volvió para marcharse.
—¡German, por favor! — corrió hacia él, cogiéndole del brazo para impedir que se fuera. Al mirar su inflexible rostro, se dio cuenta de que tenía que explicarle rápidamente la situación o perderle para siempre. Se humedeció los labios nerviosa —. German, has admitido amar — ¡cielos, apenas podía creerlo! —, y necesitar — esto le parecía aún más difícil de creer, porque nunca

había imaginado que German necesitara a nadie —. Pues bien, yo también admito amar y necesitar — le miró implorante.

Sus ojos se posaron fríamente sobre ella, sus labios seguían apretados.

—Nigel debe estar muy contento por ello.

Su falta de comprensión la hizo perder el control.

—¡Qué tonto eres, qué tonto! — exclamó encolerizada, mirándole con aire desafiante mientras el viril rostro se ensombrecía —. ¿Cómo puedes pensar que quiero verte sólo para decirte que estoy enamorada de Nigel?

—¿Por qué no? — respondió con amargura.

—Es a ti a quien amo, a ti a quien necesito. Pero si eres tan tonto como para no darte cuenta de eso… ¡Ay, German! — exclamó, cuando él la levantó del suelo, apretándola contra su cuerpo —. ¡German, bájame!.

—¡Nunca! — le murmuró al oído —. Te amo, confusa y adorable niña. Y me voy a casar contigo.

—¿De … verdad? — preguntó asombrada.

—De verdad. ¿Alguna objeción, señorita Jamieson?

—Ninguna en absoluto, señor Maitland — respondió en su mejor voz de secretaria eficiente.

—Magnífico. Escriba en una nota lo siguiente, señorita Jamieson: La señorita Laura Jamieson y el señor German Maitland anuncian que contraerán matrimonio dentro de una semana.

—¡German, no! — exclamó —. No podemos… no puedo…

—Sí podemos y sí podrás — afirmó arrogante.

—¿Po… podré?

—Sí — asintió German —. ¿A no ser que quieras mudarte a mi casa esta noche?

—No…

—No pareces muy segura — la miró burlón.

—No es eso — Laura volvió la cara.

—¿Entonces qué es? — frunció el ceño.

—¡Todavía no me has besado! — le dijo con voz irritada.

—Oh, Laura — se rió suave y cálidamente —, me acabas de abrir las puertas del paraíso. Y… y casi me da miedo besarte — confesó con voz trémula.

—¿Miedo? — repitió incrédula.

—Sí. ¿Qué pasará si pierdo el control?

—¿Qué pasará si lo pierdes? — Laura se sonrojó.

—Tenemos que hablar…

—Podemos hablar después... mucho después. Ahora sólo me conformo con saber que me amas, lo demás no me importa — le cerró la boca con sus dedos.

—Lo demás bastó para separamos.

—Todo eso lo discutiremos después de que me beses — le miró anhelante.

—¿Serás tan exigente después de qué nos casemos? — preguntó German.

—Espero que sí — el corazón le latía aceleradamente al oír esa palabra.

—¡Cielos, Laura! ¡Me cuesta trabajo creer que esto esté sucediendo! Cuando nos separamos esta tarde sentí como si se hubiera acabado el mundo.

—¿Vas a dejar de hablar? — exigió impaciente. Aunque le agradaba oír las hermosas y maravillosas cosas que le estaba diciendo, ella prefería sentir sus labios sobre los suyos, prefería descubrir su amor —. Y besarme — suplicó.

Sus bocas se encontraron en un beso apasionado, mientras él la bajaba hasta dejarla sobre el suelo, abrazándola con fuerza, para continuar besándole la cara y la garganta.

—Te amo, Laura — le dijo con voz trémula —. Y ninguna otra mujer me ha oído jamás pronunciar estas palabras.

—¿Ninguna? — Laura tragó en seco.

—Nunca — sus labios buscaron nuevamente los suyos.

Sus caricias se volvían cada vez más ardientes, hasta que German la apartó de sí.

—Sentémonos — dijo, aún excitado.

Ya en el sofá Laura se acurrucó en sus brazos, una de sus manos enredada en el negro pelo, haciéndole inclinar su cabeza hacia la suya. Sus labios se encontraron en una muestra de mutuo deseo.

—Hazme el favor, German — suplicó.

—¿Qué crees que estoy haciendo? — preguntó apasionado.

—Te quiero completamente.

—Amor mío…

—Te deseo, German — la había excitado hasta tal punto que no quería detenerse ahora, sino continuar hasta la culminación.

German se había alejado, sudoroso.

—German…

—Ya lo sé, amor mío — la meció con suavidad entre sus brazos —. Tu madre está en su habitación…

—Entonces vamos a tu casa. Pero…Lisa estará allí.

German le levantó suavemente el mentón, mirándola a los ojos.

—Lisa es la nana de Natalie, nada más.

—No me gusta — murmuró.

—Creo que el sentimiento es mutuo.

—Cuando estemos casados… cuando estemos casados, ¿seguirá viviendo Lisa con nosotros? — sabía que la otra mujer no significaba nada para él, pero sabía que Lisa Harlow no sentía lo mismo.

—¿Quieres que se quede?

—No — replicó sin vacilación.

—¿Y Natalie? — frunció el ceño.

—Yo me ocuparé de ella.

—Creo que ha llegado la hora de hablar — German se levantó y fue a sentarse en una silla frente a ella —, y puedo pensar mejor cuando no te toco.

—Sí, debemos hablar.

—Creo que empezaré contándote todo sobre Felicity.

—Sí — le animó a que continuara.

—Antes que nada debo saber si crees que te amo.

—Te creo — reflejaba en sus ojos su propio amor por él —. También yo te amo.

—Dijiste que no me amabas — expresó como evocando un doloroso recuerdo.

—No, no lo dije. Yo sólo puse en duda tal afirmación, y tú pensaste que ya no te amaba.

—Una suposición que con gusto me dejaste creer — le reprochó.

—Felicity — le incitó a que empezase.

—Sí — reconoció de mala gana —. Me fui a vivir con James y Felicity cuando tenía dieciséis años. Tuve lo que podría llamarse un amor platónico por ella en aquel entonces. Felicity era una de esas chicas que madura temprano, y yo… bueno, era un poco lento.

—Nunca lo hubiera creído — se burló Laura para que se relajara.

—Felicity se dio cuenta de mi amor, y disfrutó tomándome el pelo.

Luego, James me mandó a la universidad. Allí recuperé la confianza en mi mismo…

—Experiencia, querrás decir.

—De acuerdo, experiencia — se encogió de hombros.

—¿Fue Lisa una de esas experiencias?

—Sí — suspiró German —. Salimos juntos durante varios meses.

Cuando dejé la universidad todo eso terminó. Volví a casa de James...

—A Felicity...

—Sí. Sin embargo yo había madurado y podía verla tal como era, James jamás la vio así, parecía una superficial mariposa, una mujer incapaz de sentir amor profundo por nadie más que por ella misma. Disfrutaba tratando de que yo me enamorara, para aquel entonces a mí ya no me interesaba. Por desgracia, a James se le había metido en

la cabeza que los dos debíamos casarnos.

—¡Estabas obligado a hacerlo! — gritó Laura.

—No — reconoció con pesar —. En ese momento no veía ninguna razón para no hacerlo. No amaba a ninguna otra mujer, y físicamente nos entendíamos. Felicity y yo éramos amantes en esa época.

—Así que os casasteis.

—No enseguida. Traté de persuadir a James de que Felicity no sería feliz conmigo. En contra a lo que cierta gente cree, el sexo no es todo en un matrimonio. No cabe duda de que cuando eso se echa a perder, arruina toda la relación, pero no debería ser la única base de ninguna unión. Por desgracia, James tuvo un ataque al corazón poco después... ¿lo sabías, verdad?

—Nos lo dijo — asintió Laura.

—En cierto modo, me sentí responsable de ello. Él deseaba tanto que me casara con Felicity… Era una manera de consolidar su antigua asociación con mi padre, me imagino. Entonces fue cuando me casé con ella.

—Por sentimientos de culpa y de deber.

—Me gustaría poder decir eso, sin embargo, no sería del todo cierto. Yo disfrutaba haciendo el amor con Felicity. Ella era muy hermosa, una mujer encantadora, para un hombre joven que apenas iniciaba su carrera. Felicity siempre agradaba a la gente, era capaz de encajar en cualquier medio, podía hablar con cualquier tipo de persona. También era una increíble actriz. En público daba la impresión de ser una esposa tan amorosa que hasta yo mismo llegaba a creerlo a veces. En la intimidad nuestro matrimonio no funcionaba. Yo me comprometí a aparentar que fuera normal, tenía la intención de ser fiel aunque no la amase. Felicity... sabe Dios por qué se casó conmigo. Hubo otros hombres casi desde el principio.

—Luego Martin...

—Sólo uno más de su larga lista. Recuerdas que traté de

decírselo en aquella ocasión, pero no quería hacerlo. Él piensa que Felicity deseaba casarse con él; cuando yo sé perfectamente que la idea ni siquiera se le pasó par la mente. Todos esos hombres no eran sino una diversión para ella. Sentía un placer perverso en contarme todo acerca de ellos. Nuestra propia relación física había terminada hacía bastante tiempo.

—¿Por qué permaneciste con ella si eras tan infeliz?

—Creo que James habría muerto si hubiera averiguado cómo era ella. Él la idolatraba.

—¿Y tú... tú tenías?…

—¿Que si tenía qué? — entrecerró los ojos.

—¿Tenías otras mujeres? — sostuvo la mirada.

—¿Te refieres a Lisa, no es cierto?

—Me refiero a cualquier mujer.

—No.

—¿Quieres decir que?..

—Quiera decir que no — repitió German con voz ronca —. Felicity podía tener todas los amantes que quisiera, yo trabajaba para ocupar mi tiempo.

—¿Y cuando ella murió?

—Entonces hubo otras mujeres, muchas. Tenía las necesidades normales de cualquier hombre y las había reprimido durante demasiado tiempo. Luego conocí a una joven llamada Laura Jamieson — añadió tiernamente —, y todas esas mujeres dejaran de interesarme.

—¿De verdad? — preguntó con timidez.

—Sí, es cierto — sonrió.

—¿Se enteró James de lo de Felicity?

—Espero que no. Aunque no estoy segura.

—Entonces Martin no significó nada para Felicity.

—No más que cualquiera de los otros hombres.

—No entiendo cómo una mujer puede desear a otros hombres, teniéndote a ti.

—Crea que estás un poca enferma — la expresión de German era irónica.

—Tal vez un poco, si amarte con locura puede llamarse enfermedad.

—Se llama el paraíso. Allí te llevaré, amor mío, en cuanto seas mi esposa — advirtió la expresión ceñuda de Laura —. ¿Qué sucede? — preguntó inquieto.

—No entiendo por qué le ofreciste a Martin dinero cuando

sabías que él no significaba nada para Felicity... a menos que fuera para evitar que James sufriera. ¿Fue por eso? — preguntó ansiosa.

—Te lo vuelvo a repetir, yo no le ofrecí ese dinero a Martin — le dijo German con aspereza.

—Pero...

—De verdad, Laura, no fui yo — repitió.

—¿Entonces quién?…

—No tengo la menor idea.

—¡Oh, German, lo siento! Martin debió equivocarse.

—Sí.

—¿Me perdonas? — le miró implorante.

German se inclinó y la acercó a su lado.

—Por supuesto que estás perdonada.

Al besarla, Laura supo que el incidente estaba olvidado, al menos por parte de él. El nombre de Lisa Harlow acudió a su mente con relación al dinero mencionado por Martin, sin saber por qué sospechaba de aquella mujer y cuál habría sido su motivo.

Sabía que German era inocente en aquel asunto y le besó con pasión. La sonrisa que compartieron al separarse sus labios expresaba su total acuerdo.

—Ahora llegamos a la parte cuando Laura Jamieson entró en mi vida — los ojos de German la miraron con malicia.

—¿Acaso recuerdas nuestro primer encuentro? — ella no podía olvidarlo, se había enamorado de él en aquel instante. Dudaba que German hubiese experimentado lo mismo.

—Por supuesto que lo recuerdo. ¿Cómo podría olvidar a la muchacha de diecinueve años de cabello encendido, que trataba de parecer de la edad de Dorothy?

—No trataba de parecer tan vieja... quiero decir... ¡Oh, pobre Dorothy! — exclamó —. No ha sido mi intención decir eso.

—Tampoco ha sido la mía, sin embargo, la juventud de una secretaria no hace desmerecer su capacidad profesional.

—Ya lo sé, pero tuve muchas dificultades para conseguir un trabajo. Si por fin lo obtuve fue en parte por la forma en como me empecé a vestir.

—Creo que fuiste demasiado lejos, mi amor.

—Y ésa es la razón por la que recuerdas aquel encuentro — expresó, malhumorada.

—No — rió German —, lo recuerdo por tu fantástica figura. Cuando entraste con esa bandeja de café te miré por detrás, y me pregunté cuál sería la cara de aquel esbeltísimo cuerpo. ¡Cuando te

volviste!...

—Te decepcionaste — suspiró.

—¿Decepcionarme? — la acarició con ternura —. Me quedé aturdido. Bastó con verte una vez para enamorarme de ti.

—¡No es cierto! — exclamó —. No puede ser.

—Pero lo es.

—Yo también... quiero decir, yo también me enamoré de ti así — explicó excitada —. Pero... no pareciste interesado — frunció el ceño.

—Cuando me dijiste que te llamabas Jamieson, pensé que sería una coincidencia y que no tenías nada que ver con Martin. Mi temor quedó confirmado al revisar tu expediente. Verme comprometido con la hermana del ex amante de mi esposa no era algo que me llamara la atención. Pero ya no podía apartarte de mi mente, incluso te seguí hasta tu casa una tarde. Cuando volviste a salir del edificio al cabo de unos minutos, siendo como la joven que eres, supe cuál sería mi suerte. Luego James hizo los arreglos para que fueras mi secretaria temporal.

—Eso me temía. Estaba segura de que adivinarías lo que sentía por ti.

—Pues no. Si lo hubiese adivinado quizá no habría sido tan fanfarrón contigo. Aquel primer día, cuando Nigel vino a la oficina, viendo la manera en que te hablaba y cómo tú le respondías, supe que no tenía tiempo que perder para convencerte de que salieras conmigo.

—¡Así que me convenciste a toda costa!

—Eras tan terca, empeñada en que no podías salir con tu jefe, que no me quedó más remedio que forzarte.

—A James le encantó eso.

—Así lo hubiera hecho él mismo. Y tú le gustaste, le agradó tu temple.

—Dudo que hubiera aprobado la manera en que sugeriste que me convirtiera en tu amante — le recordó en tono de reproche.

—Tampoco me parece bien ahora — reconoció —. Es que me atemorizabas.

—¿Que yo te atemorizaba? — abrió los ojos sorprendida.

—Así es. Ya te dije que nunca había amado... y, amarte no era algo que me gustara. Me debilitaba, me hacía vulnerable a ti. Así que sugerí la aventura amorosa, para cambiar de táctica. Tú rechazaste la propuesta sin pensarlo dos veces, hasta me presentaste tu renuncia. Y yo, con semejante respuesta, había echado a perder

tu confianza en mí. De alguna manera tenía que volvérmela a ganar.

—¿Fue por eso que no me besaste durante toda la semana?

—Sí.

—No lo podía soportar. Pensé que no te parecía atractiva.

—¡Por lo visto no hay manera de contentar a ciertas mujeres!

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? Me parece recordar un beso muy apasionado en tu oficina — se sonrojó.

—Fue otra vez por culpa de Nigel. Él siempre parecía estar rondándote. Me asustó la idea de que aceptaras ir a la fiesta de la compañía con él.

—Por eso dijiste con arrogancia, que yo iría contigo.

—Y entonces pensé que ya había echado a perder las cosas de nuevo. Estabas tan furiosa. Luego sentiste celos de Olga cuando me oíste hablar con ella por teléfono — sonrió, satisfecho —. ¡Qué bien me sentí! Verte con Nigel me había hecho arder de celos, y al darme cuenta de que tú sentías lo mismo con Olga reanimó mi orgullo.

—Y después te marchaste durante una semana — recordaba lo sola que se sintió.

—¡Qué semana más horrible fue aquélla! Estuve de reunió en reunión, con unas ganas locas de coger el teléfono y hablar contigo, y sabía que eso sólo empeoraría mi anhelo de verte.

—Yo también te eché mucho de menos.

Recibió un largo y delicioso beso por su confesión.

—Cuando por fin volví te encontré en brazos de Nigel Jennings otra vez.

—Yo estaba con James. Nigel sólo me pidió que bailara con él.

—Cualquiera que fuera la razón de que estuvieras con Nigel, no me gustó. Cuando llegamos a tu casa esa noche me sentía desesperado. Te habría hecho el amor allí mismo si Martin no hubiese aparecido.

—Y lo habrías hecho con mi consentimiento, yo también te deseaba.

—Pero no después de que Martin dejara caer su pequeña bomba.

—¡Pobre Martin! Alguien debería decirle la verdad.

—No tú, amor mío — la abrazó con ternura —. Además, por lo que me has dicho, no está sufriendo mucho que digamos.

—¿Te refieres a las otras mujeres con las que sale?

—Ya basta, mi amor — la calló con un beso —. Pensemos en nosotros ahora. Ya hemos hablado todo lo necesario.

—Sí — se acercó más a él.

—¿Te das cuenta de que ya son casi las dos de la mañana?

—¿A quién le preocupa? — le besó en el cuello.

—A mí no. He oído decir que tu nuevo jefe es una especie de tirano.

—¿Dónde has oído semejante cosa?

—Alguien lo mencionó — le sonrió.

—Me sorprende que alguien se atreva siquiera a mencionarlo.

—Hay una persona que sí se atreve, el jefe de tu jefe.

—¡Oh, James! — asintió —. No me preocupa que mi nuevo jefe sea un tirano conmigo — le dijo maliciosamente.

—¿Y por qué? — German alzó las cejas.

—Sé cómo… suavizarlo.

—¿De verdad?

—¡Oh, sí!

—¿Podrías hacerme una… demostración?

—Con mucho gusto — sonrió.

Eran casi las dos y media cuando German insistió en marcharse.

—Pasaré a recogerte por la mañana — se puso de pie.

—Me parece que llegaré a la oficina flotando — Laura lo contemplaba embelesada.

—¿Tú también? — sonrió, inclinándose para darle un beso de despedida. Se apartó lo necesario para mirarla, cogiéndole el rostro entre sus manos —. No dejarás que nada cambie tu determinación de casarte conmigo? ¿Ni Martin, ni nada?

—No.

—¿Me lo prometes? — insistió.

—Sí, te lo prometo — ahora estaba segura de que nada podría volverlos a separar.

CAPÍTULO 10

SOLO LA madre de Laura y James fueron los que se enteraron acerca de la inminente boda, porque ambos decidieron que el matrimonio del sábado bastaba como acontecimiento sensacional por el momento. Habría tiempo suficiente para anunciar la otra boda cuando volvieran de su luna de miel.

Joan y James no se opusieron a la prisa con que querían casarse Laura y German, sino que lo animaron.

Laura siguió trabajando para James. Iba a dejar la compañía Courtney la víspera de su boda, y una muchacha estaba siendo adiestrada coma secretaria de German. Laura le hacía bromas a German.

—Después de todo, tal vez hubiera sido mejor que fueras mi secretaria — dijo mientras pasaban una tranquila velada en casa de German.

—Me parece que no corres ningún peligro con Marie — sonrió ella.

—Ya también pienso lo mismo — hizo un gesto de desagrado —. ¡No estoy seguro de poder soportar durante mucho tiempo sus tonterías!

—¡No seas cruel!

—No lo soy. Sin embargo su actitud infantil hacia mí puede ser molesta.

—¡Es mayor que yo!

—No lo parece. Cada vez que le dirijo la palabra me mira con esas fervientes ojos azules. Es muy incómodo.

—¡Pobre German! — se burló.

—Pobre de ti, pequeña sinvergüenza — la atrajo hacia sí y la besó con pasión.

—Ger... Oh — Lisa estaba en la puerta de la habitación —, no quería... interrumpir — se expresó dulcemente, cambiando la expresión al ver a Laura alisarse la ropa — te llaman por teléfono en el estudio.

—Lo siento, mi amor — le sonrió a Laura, poniéndose de pie —. No tardo.

Lisa no se movió de su lugar después de que German salió hacia su estudio. Se dirigió a Laura.

—Te crees muy lista, ¿verdad?

—Si usted lo dice — contestó tranquilamente.

—¡No me hables en ese tono condescendiente! ¡Tal vez pienses que te has librado de mí, verás que la que se irá serás tú!

Era evidente que German le había comunicado que sus servicios como nana de Natalie ya no serían necesarios dentro de pocas semanas.

—Lisa… — empezó a decir Laura.

—No te casarás con él, te lo garantizo.

—Entiendo que le moleste tener que separarse de Natalie... — la certeza de Lisa la estremeció.

—No estoy molesta, Laura — comentó en tono burlón —.Porque no me voy a separar de ella. Y cuando sea su madrastra conseguiré alguien que cuide a esa mocosa, nunca me han gustado los niños.

—Es mejor que acepte que German y yo nos vamos a casar dentro de una semana — ya tenían la licencia de matrimonio y todo estaba arreglado. Le había asombrado la facilidad con que German se había encargado en solucionar todos los problemas.

—¿Tú crees? — Lisa sonrió, con una desagradable y burlona mueca —. Yo no.

—Ya ha dicho suficiente, señora Harlow. Ahora, le ruego que se marche.

—No seré yo quien me vaya, serás tú. Y te aseguro que no volverás. Sabes, German no ha sido totalmente honesto contigo.

—Me dijo que habían sido amantes... años atrás.

—No me refería a eso... — Lisa hizo una mueca de desdén.

—¿Entonces qué?... — Laura la miró asombrada.

—Espera y verás — expresó Lisa segura de si misma.

—¿Que espere y vea? Pero si...

—Antes de la boda destruiré tu confianza en German. Arreglaré todo para que así sea — y salió de la habitación.

Laura se quedó temblando, muy pálida. Sabía que su primer encuentro con esa mujer después de que German le dijera lo de su matrimonio no sería muy agradable, pero no había esperado amenazas... que parecían ciertas.

Laura no abrigaba ninguna incertidumbre. Ella amaba a German, y sabía que él la amaba. Se lo demostraba en cada mirada, en cada caricia.

Hasta ahora habían guardado el secreto, aunque la mayoría de los empleados de la compañía sabían que Laura dejaría de trabajar dentro de una semana.

German entró en la habitación.

—James — se mofó —. Creo que le ha dado un ataque de

nervios prematrimonial.

—¡No me digas!

—Es la tercera vez que me llama para preguntarme si me dio o no el anillo que debo llevar mañana — rió German, sentándose con ella en el sofá.

—Mi madre está igual de nerviosa — sonrió Laura.

—¿Estoy siendo injusto contigo negándote toda la excitación de una gran boda? — la miró ceñudo, acariciándole dulcemente la frente —. Tengo tantas ganas de que seas mi mujer, que no podría esperar mucho tiempo.

—Y yo que pensaba lo larga que puede parecer una semana.

—¿Ah, sí? — preguntó riendo.

—Sí — asintió.

Laura recibió un largo y apasionado beso.

—Me llegas directamente a la cabeza — murmuró German.

—¿A la cabeza? — se burló.

—Eres una jovencita desvergonzada — sonrió él —. Por cierto, he invitado a Nigel a la boda.

—¿Va a venir? — lo miró asombrada.

—Vendrá con Janice.

—¿De verdad? — exclamó sorprendida.

—¿Estás celosa? — preguntó arqueando las cejas.

—¡Sabes perfectamente que no! — exclamó indignada —. ¡Cómo piensas eso cuando sabes lo mucho que te quiero, German! — gritó en tono de reproche, viendo cómo se reía de ella —. No le veo la gracia — dijo malhumorada.

—Sólo estaba comprobando, mi amor. Nigel me hizo pasar muchos sinsabores, pensé que ibas a casarte con él.

—¿Cómo puedes decir eso, cuando tú eres el único hombre que he amado?

—Demuéstramelo, Laura — invitó con ternura —. Demuestra cuánto me quieres.

El beso que le dio para demostrarle cuánto le amaba duró varios minutos, y para entonces se habían olvidado de todo menos de ellos mismos.

Laura lloró en la boda de su madre, estaba muy emocionada al notar las miradas de orgullo que James le dirigía a su nueva esposa. Joan estaba tan tímida como cualquier otra novia.

Envió un telegrama a Martin después de la ceremonia, pero conforme pasaban los días y no llegaba respuesta alguna, imaginó que su hermano estaba dejando morir tranquilamente el pasado.

La víspera de su boda German y ella recibieron una sorpresa. El personal de la compañía les regaló un reloj de pie. Laura estaba demasiado emocionada para poder expresar su agradecimiento, German estaba tranquilo y pronunció un cálido y gracioso discurso agradeciendo el regalo.

—No podía dejar que te salieras con la tuya tan fácilmente — le comentó Nigel mientras ella recogía todas sus cosas de su escritorio.

—¿Tú has sido el que ha difundido nuestro compromiso? — exclamó boquiabierta.

—Me declaro culpable — reconoció con malicia.

—¡Y yo que pensaba que eras un amigo! — estaba emocionada con el regalo.

—Lo soy, ¿por qué otra razón habría aceptado asistir a la boda?

—Estoy muy contenta de que hayas decidido venir.

—No me la perdería por nada en el mundo, nos tuviste a todos en suspenso.

—¡Me tuve a mí en suspenso!

—Ya lo sé — sonrió —. A propósito, ¿sabías que Janice anhela casarse y tener hijos?

—¡No me digas!

—Sí, en serio — rió con suavidad.

—¡Qué coincidencia.! No olvides invitarnos a German y a mí a la boda.

—¿No habrás estado jugando a la celestina, Laura?

—Yo no — negó con la cabeza.

—Entonces ha debido ser German.

—No sería capaz de hacerle eso a un amigo soltero — dijo él entrando en la oficina.

—Para recuperar a Laura, sí — respondió Nigel secamente.

German sólo sonrió, sin negar ni admitir la fechoría.

—¿Lista para salir, mi amor? El coche nos está esperando.

—¿A qué hora debemos llegar Janice y yo al Juzgado mañana? — preguntó Nigel.

—A cualquier hora antes de las dos y media. Sino, llegaréis demasiado tarde. No voy a retrasar mi boda con Laura por nada del mundo.

—Ganó el mejor… el mejor para Laura, en todo caso — añadió Nigel burlón.

—Pero quizá no para Janice — German inclinó la cabeza, riéndose.

—Es demasiado pronto para decirlo — Nigel se encogió de

hombros —. Si ya os vais, bajaré con vosotros en el ascensor.

Al salir del edificio, Laura se quedó boquiabierta del asombro, German se paró en seco, y Nigel comenzó a reír a carcajadas.

El coche de German había sido decorado con globos y papel de seda. Un gran cartel colgado de la parte trasera: «Recién casados».

—¡Nos has entretenido arriba a propósito! — acusó Laura a Nigel.

—Bueno…

—Se me había olvidado que la gente sigue haciendo estas cosas — murmuró German, volviéndose sonriente a Nigel —. Te lo agradezco. El regalo, el coche, todo ha sido un detalle muy bonito. ¿Laura?

—¡Me encanta! — rió aliviada —. ¿Tú crees que a James le gustará que le vayamos a recibir al aeropuerto en él?

—Le encantará. Le hará sentirse de nuevo como un adolescente. Se fueron directamente al aeropuerto sin quitarle nada al coche. James y Joan estaban radiantes, profundamente enamorados; saltaba a la vista que su matrimonio era feliz. El único comentario que James hizo sobre el coche fue: «¡Ridículo!».

Laura había estado viviendo en casa de James desde la boda la semana anterior.

Pasó la velada tranquilamente en compañía de su madre y de James, preguntándose si German estaría tan nervioso como ella.

Joan, y James pensaban volver a Barbados el domingo, y no volverían hasta dentro de un mes. German y ella pasarían su luna de miel en Grecia, pero sólo unos días porque la compañía no podía estar sin los dos directores.

El día de su boda amaneció soleado y radiante. Pasó casi toda la mañana en la peluquería y su peinado quedó perfecto para el tocado y el velo que llevaría complementando su vestido de gasa blanco.

Joan y James iban a ser sus testigos y éste último estaba tan nervioso como cualquier padre cuya hija está a punto de casarse.

Cuando se oyó el timbre de la puerta a la una de la tarde, Laura acudió a abrir:

—¡Martin! — exclamó al ver a su hermano esperando afuera —. German — dijo, mirando su rostro sombrío —. ¿Qué sucede, mi amor?

—Creo que es mejor que pasemos — comentó German —. Tu hermano tiene algo que deciros.

—Por supuesto — frunció el ceño —. Adelante.

—¿Podrías llamar a tu madre y a James? — pidió German. Laura observó el rostro pálido y ojeroso de su hermano.

—¿Estás enfermo? — preguntó preocupada.

—No — musitó —. Mira Maitland, mejor olvidemos todo el asunto.

—No — el tono de German era inflexible.

—Mira, nos vamos y…

—No — repitió German —. Si la verdad ha de saberse, y yo creo que sí, entonces debe ser ahora, antes de que Laura se convierta en mi esposa.

—¿Qué sucede? — gritó Laura —. ¿Cuál es el problema?

—Sólo llama a tu madre y a James, mi amor. Y recuerda, te amo.

—Yo también te amo — expresó perpleja —. Pero no entiendo...

—Muy pronto lo entenderás — le aseguró sombrío.

Su madre se alegró de ver a Martin y James le estrechó la mano de buen humor. Ambos ignoraban por completo el motivo por el que German estaba tan ceñudo y Martin tan nervioso.

—No deberías estar aquí, German — se burló Joan —. Trae mala suerte ver a la novia antes de la boda.

—Es posible que no haya boda... — respondió él, con una sonrisa forzada.

—German....

—¡Que no haya boda! — la exclamación de Joan interrumpió su protesta.

—No seas tonto, muchacho — intervino James —. Por supuesto que la habrá.

—¿German? — preguntó Laura con un nudo en la garganta.

—Escucha lo que Martin tiene que decir — le respondió distante.

—¿Y bien? — se volvió hacia su hermano.

—Estoy dispuesto a olvidar que alguna vez lo supe, Maitland. Tú eres bueno para ella… — Martin miró a German.

—Así lo creía — replicó German con frialdad. Sin embargo Lisa ha creído conveniente decirte la verdad.

—¡Lisa! — exclamó Laura —. ¿Qué tiene ella que ver con esto?

—Todo — admitió con pesar su hermano —. ¡Cielos, es una desgraciada! No entiendo cómo pudiste reprimirte para no pegarla — le manifestó a German —. Has sido demasiado bueno con ella al despedida sin más.

—¡Diles! Cuéntales lo que te contó Lisa esta mañana. ¡Vamos!

Martin se humedeció los labios nervioso, mirando a cada uno de ellos con temor.

—Soy… soy el padre de Natalie — levantó la cabeza, desafiante —. Yo soy el verdadero padre de Natalie.

Ante la gravedad de lo que acababa de decir Martin, todos permanecieron en silencio, pasmados, escandalizados. Una extraña quietud llenó el salón.

—¡Fuiste tú! — exclamó por fin James palideciendo.

Su esposa acudió de inmediato a su lado.

—¿Cómo pudiste? — Joan se volvió a su hijo —. ¿Cómo puedes decir semejante mentira?

James cerró los ojos, respirando profundamente.

—No está mintiendo, Joan — declaró con voz trémula.

—¿Qué no está mintiendo? — frunció el ceño —. ¿Pero cómo?…

—Su hijo estaba enamorado de mi esposa — German intervino por primera vez desde que Martin había revelado el terrible secreto.

—Y yo pensé que ella me amaba — añadió Martin con amargura —. ¡Qué tonto fui!

Laura humedeció sus labios de pronto resecos, preguntándose cuándo terminaría esa pesadilla.

—¿Tú sabes la verdad ahora, Martin?

—Oh, sí. Lisa me lo contó todo. Y la infame gozó cada minuto de su relato.

—Laura — la voz de su madre era firme —, ¿sabías tú algo de… esto?

—No todo — respondió German en su lugar —. Esta última afirmación es tan perturbadora para Laura como para usted.

¿Pero acaso lo era? German le había dicho que hacía años que no tenía contacto físico con Felicity y nunca había negado tal declaración. Natalie fue concebida de alguna manera, lo cual indicaba que era la hija de otro hombre. Y German se había ocupado de ella como si fuera su propia hija, la había amado a pesar de todo. Así se explicaba el rechazo, en algunas ocasiones, hacia la niña.

—No, no lo es — aseguró acudiendo a su lado y estrechándole la mano —. Te admiro por lo que hiciste — le dijo tiernamente —. No debió ser nada fácil.

—¿Tú sabías que Natalie no era tuya… desde el principio? — preguntó James.

—Por supuesto — asintió German —. ¿Pero, y tú, cómo lo sabías? — entrecerró los ojos, perplejo.

James Courtney suspiró profundamente.

—Felicity me lo dijo.

Esta vez fue German quien palideció.

—¿Entonces sabías... sobre... sus...?

—¿Otros hombres?' — añadió James —. Al principio no. Fue a causa de una aventura con un hombre casado por lo que tuve mi ataque al corazón. Cuando ella estuvo de acuerdo en casarse contigo pensé que por fin sentaría cabeza. Me di cuenta de que no erais muy felices, aunque delante de mí actuabais tan bien que no sabía exactamente el verdadero estado de vuestro matrimonio. Me preocupaba un poco el hecho de que no tuvierais hijos, aunque en estos días muchas parejas prefieren esperar. Y un día Felicity me vino a ver diciéndome que estaba embarazada — parecía estar muy lejos, en el pasado —. También me reveló que tú no eras el padre, pero que no tenías que enterarte nunca.

—¡Por Dios! — gruñó German —. Sabía perfectamente que no podía ser mío. Hacía años que no la tocaba.

—Puedo explicar por qué actuó así Felicity — intervino Martin —. Ella sabía que si os separabais, su padre probablemente la desheredaría.

James asintió.

—En efecto, la amenacé con hacerlo.

—Felicity sabía que si los dos trataban de proteger a German para no herirlo con la verdad, ésta nunca saldría a la luz, y que, cuando naciera el niño ella podría seguir llevando su ritmo de vida, haciéndoos creer que uno estaba protegiendo al otro.

—Odio admitirlo — expresó con pesar James, sin embargo mi hija era una diabólica desalmada.

—Si — Martin por fin parecía haberlo comprendido también —. Cuando Lisa me contó lo de Natalie, yo... bueno, en fin, admito que tuve la loca idea de llevármela a los Estados Unidos conmigo.

German se puso tenso al lado de Laura.

—¡Nunca! Yo siempre la he admitido como hija mía.

James movió la cabeza.

—German, no tienes por qué seguir cargando con esa responsabilidad. Ahora me doy cuenta de que a lo largo de los años tú has hecho cosas… cosas que sólo te han traído desdicha, para ocultarme la vida que llevaba mi hija. Sin embargo es demasiado…

—¡Demasiado! — Laura de pronto se puso a defender a German.

Podía sentir su sufrimiento, cómo se estaba desgarrando por dentro.

—Natalie es la hija de German, lo ha sido desde el día que nació. ¡Y si tenemos que pelearnos por ella en los tribunales, Martin, lo haremos!

—Amor mío…

—¿Martin? — lo incitó con furia a responder, ignorando a German por el momento.

Su hermano la contemplaba boquiabierto. Laura nunca le había hablado de ese modo.

—Antes de que Maitland expusiera sus objeciones, estaba a punto de decir que sabía que eso no saldría bien — y agregó con calma —. Natalie le pertenece, lo reconozco.

—Debiste aceptar el dinero cuando se te ofreció — mencionó James, despacio.

—¿El dinero? — reaccionó al momento German —. ¿Qué sabes tú sobre ese dinero?

—Yo fui quien se lo ofrecí, muchacho. No con mi nombre, por supuesto. Le encargué el asunto a un abogado.

—¡Así que fue usted! — exclamó Laura. James era la última persona en quien habría pensado.

—Sí. No sabía que se trataba de tu hermano, desde luego. Nunca me enteré de los detalles, no conocía la identidad del padre del niño. Hice que Felicity lo arreglara todo con mi abogado. Le aterraba la idea de que el padre lo averiguara todo y le echara a perder sus planes — hundió la cara entre sus manos —. Fue culpa mía que ella fuera como era. Cuando su madre murió al darla a luz, la consentí en exceso, le di siempre todo lo que quería. Y se volvió un ser egoísta, incapaz de amar a nadie, salvo a sí misma.

La madre de Laura intervino.

—Hija, ¿podrías llevar a todos al salón? Quiero estar a solas con James.

—Joan…

—Insisto, James. Laura, por favor.

La mano de Laura seguía estrechando firmemente la de German cuando pasaron a la otra habitación.

—¿Darás tu autorización para que podamos adoptarla legalmente? — le preguntó a su hermano.

—Laura…

—German, por favor. Natalie es nuestra, tuya y mía, y Martin no tiene ningún derecho sobre ella. Una breve aventura no le convierte en un padre — le miró amorosa.

—Tienes razón — continuó Martin —. A mi manera soy tan

malo como lo era Felicity. Creí que quería casarme con ella, sin embargo si hubiese acudido a mí diciéndome que estaba embarazada dudo que hubiera cumplido mi propósito. Soy un poco como era papá, Laura. Necesito una chica en cada puerto. Y por supuesto no podría criar a una niña.

—¿Así que das tu autorización para una adopción? — preguntó German.

—Sí, lo haré. Sólo hay una cosa… supongo que vosotros no quisierais volverme a ver, pero me gustaría visitar a Natalie de vez en cuando. Sólo como tío — añadió —. Por supuesto si no estáis de acuerdo…

—Mientras sea como tío no tengo ninguna objeción — aceptó German.

Laura le apretó la mano antes de volverse hacia su hermano.

—¡Gracias! — exclamó, profundamente conmovida.

—¿Y mamá? …

—Ya lo aceptará. Dale tiempo, nada más.

—Tiempo… eso es lo que todos necesitamos.

Un años puede parecer un lapso muy corto cuando se es feliz, y a pesar del disgusto de aquella tarde de su boda, Laura había sido dichosa con German cada día de su matrimonio.

Natalie aprendía algo nuevo constantemente. Su última gracia era despertarlos a las seis de la mañana cantando la última canción que había aprendido en la guardería.

Ese día los tres salieron a comer juntos. Natalie, por supuesto, no comprendía la importancia de aquel día, pero sus padres sí. Hoy la niña se había convertido oficialmente en hija suya. Su adopción se había llevado a cabo y su tío Martin gozaba de particular aceptación por parte de la niña.

German levantó su copa de champán.

—Por ser al fin una familia.

—Por todos nosotros — hizo eco Laura, bebiendo la burbujeante bebida —. ¡Qué lástima que mamá y James no estén acompañándonos! — ayudó a Natalie a beber su zumo de naranja.

—Ahora que al fin se ha retirado, es natural que quisieran pasar algún tiempo en los Estados Unidos con Martin, especialmente hoy. ¿Alguna otra cosa que lamentes, mi amor? — la miró con ansiedad, reflejando su felicidad.

—Ninguna. ¿Y tú?

—Sólo una... que no estemos en un lugar donde podamos disfrutar de nuestra intimidad — su expresión rebosaba

sensualidad.

—¡German! — sonrió, mirando a su alrededor.

Él le cubrió las manos con las suyas.

—Espero que sepas cuánto te quiero —, expresó apasionado.

—Lo sé.

—No tenía idea de cómo reaccionarías al enterarte de que Martin era el padre de Natalie — revivía su dolorosa incertidumbre —. Tenía la intención de decírtelo después de la boda, y cuando él apareció… ¡Oh, Dios, pensé que te había perdido!

—Jamás me perderás — le aseguró.

German miró a su hija con ternura.

—Qué alegría saber que es nuestra por fin. Siempre pensé que Martin regresaría algún día, averiguaría lo de Natalie y me la quitaría — su semblante se ensombreció —. Por eso no quería encariñarme demasiado con ella.

—Lo sé, amor mío — le apretó la mano —. Todo ha terminado.

—Apenas está empezando para nosotros. Espero que cuarenta o cincuenta años sean suficientes.

—¿Para qué? — frunció el ceño.

—Para amarte, para ser amado por ti, para estar simplemente contigo.

—Siempre nos queda la eternidad. — Laura sonrió con lágrimas en los ojos ante la sinceridad de su amor.

—Eso espero — murmuró con fervor.

—Así será, German. Así será.